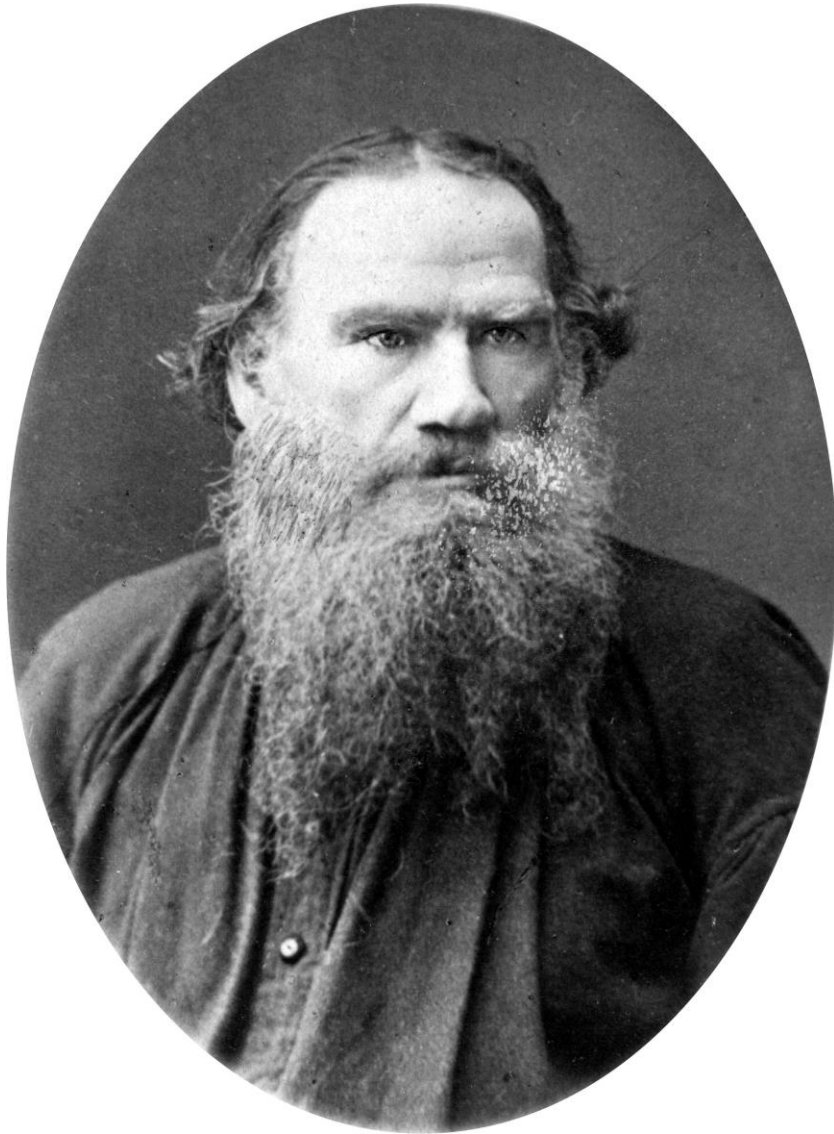


# LEÓN TOLSTÓI

**Cuentos selectos**



**Biblioteca Digital MinerD Dominicana Lee**

# ¿CUÁNTA TIERRA NECESITA EL HOMBRE?

## 1

La hermana mayor, casada con un comerciante y establecida en la ciudad, fue a la aldea para visitar a su hermana menor, la esposa de un campesino. Mientras compartían el té, la mayor no paraba de elogiar la vida en la urbe; residía allí con sus hijos en una casa pulcra y espaciosa, comía dulces, bebía lo que le apetecía y acostumbraba a ir de paseo y asistir a los teatros.

La hermana menor, algo dolida, comenzó a desairar la vida de los comerciantes, realzando la de los campesinos.

—Nunca cambiaría mi vida por la suya. Nuestra existencia es monótona, pero desconocemos el miedo. Es cierto que vosotros vivís mejor; pero si en ocasiones vendéis mucho, en otras os exponéis a la ruina. Como dice el refrán: «Las pérdidas y las ganancias son hermanas gemelas». A veces puede suceder que uno sea rico hoy y mañana se vea obligado a mendigar. La vida de un campesino es más segura; no seremos nunca ricos, pero siempre tendremos para comer.

—¡Pero de qué manera! ¡Acompañados de cerdos y terneros! Vivís sin comodidades, y por más que se esfuerce un hombre, terminaréis muriendo entre el estiércol que os rodea. Y vuestros hijos tampoco podrán disfrutar otra cosa —replicó la hermana mayor.

—¡Qué le vamos a hacer! Lo exige nuestro trabajo. A cambio, no tenemos que doblegarnos ante nadie y no tememos a nadie. En la ciudad vivís rodeados de tentaciones. Hoy os encontráis bien, pero tal vez mañana el diablo tiene a tu marido con los juegos de cartas, la bebida o cualquier otra cosa por el estilo. Entonces todo irá mal. ¿No suceden acaso cosas así?

Pajom, el marido de la hermana menor, sentado sobre la estufa, estaba escuchando la conversación de las mujeres.

—Es la pura verdad —exclamó—. Cuando uno está acostumbrado desde pequeño a trabajar la madre tierra, no hay tontería que pueda sorberle el seso. El único inconveniente es que tengamos escasas tierras. Si pudiésemos tener todas las que queremos, no temeríamos ni al mismo diablo.

Tras tomar el té, las mujeres hablaron de moda, recogieron la vajilla y se acostaron.

El diablo se encontraba detrás de la estufa y oyó la conversación. Se alegró de que la mujer del campesino indujera al mismo a jactarse de que, de tener tierras, no temería al diablo.

Pensó: «Me parece bien. Te proporcionaré mucha tierra y así podré apoderarme de ti».

## 2

Una propietaria, dueña de ciento veinte *desiatinas*[1], vivía junto a los campesinos.

Los trataba bien y nunca los había perjudicado. Pero cierto día contrató como administrador a un soldado retirado que comenzó a ponerles multas una y otra vez. Por más cuidado que Pajom tuviera, siempre se metía algún caballo en un campo de avena, alguna vaca entraba en el huerto o las terneras se adentraban en los prados, y se veía constantemente obligado a pagar multas.

Pajom las abonaba, pero luego reñía y pegaba a los suyos. Sufrió mucho aquel verano a causa del administrador. Cuando llegó la época de encerrar el ganado, sintió un intenso alivio a pesar de que debía proporcionarles el pienso. Ese invierno se dispersó el rumor de que la propietaria pretendía vender sus tierras y que las quería comprar el posadero del camino real. Los mujiks[2] al enterarse de todo ello se desanimaron: «El posadero acabará con nosotros a fuerza de multas. Estaremos aún peor que con nuestra ama. No podremos vivir sin esta tierra», comentaron. Así pues, fueron a ver a la propietaria para suplicarle que no le vendiese la tierra al posadero, asegurándole que estaban dispuestos a pagar un mayor precio por ellas. La propietaria accedió. Los campesinos se reunieron en consejo para intentar comprar la tierra entre todos, pero no llegaron a un acuerdo. Era como si el diablo interviniese; no había forma alguna de llevar el asunto a buen puerto. Entonces tomaron la decisión de comprar parcelas por separado y que cada uno comprase la extensión de terreno que pudiera. La propietaria también accedió a ello. Pajom se enteró de que su vecino había adquirido veinte *desiatinas*, que había abonado la mitad y se había comprometido a pagar la otra mitad en varios años, lo que le llenó de envidia. «Van a comprar toda la tierra y me quedaré sin una sola parcela», pensó. Entonces le dijo a su mujer:

—Todos están comprando tierras. Nosotros también deberíamos comprar unas cuantas *desiatinas*. No podemos continuar así. El administrador nos destruirá a base de multas.

Estuvieron meditando sobre la forma de comprar las tierras. Tenían ahorrados cien rublos, vendieron un potrillo y la mitad de sus colmenas, pusieron a trabajar como obrero a su hijo y pidieron prestada una cantidad de dinero a su cuñado. Así reunieron la mitad del dinero que necesitaban.

Entonces Pajom fue a examinar las tierras y eligió quince *desiatinas* que incluían una parte de bosque, y se fue a ver a la propietaria. Tras discutir sobre el precio, llegaron a un acuerdo y Pajom le entregó una señal. Entonces fueron a la ciudad con el fin de firmar el contrato de venta. Pajom le entregó la mitad del dinero, y se comprometió a pagar la otra mitad en el plazo de dos años.

Y así fue como compró aquella tierra. Compró grano y lo sembró. Obtuvo una buena cosecha, tan buena que en un año pudo pagar las deudas a la propietaria y a su cuñado. Desde ese momento se hizo propietario. Araba, sembraba, segaba, talaba los árboles y llevaba a pastar a sus animales en sus propias tierras. Cuando salía a pasear por los prados, se quedaba deslumbrado. Hasta la hierba y las flores le parecían diferentes en su tierra. Antes, al pasar por aquellos parajes, le parecía que no tenía nada de extraordinario. Ahora, en cambio, se le antojaban con cualidades asombrosas.

### 3

Pajom estaba muy contento con su vida. Todo habría sido perfecto si no hubiese sido porque los campesinos comenzaron a hollar de mieses sus campos y sus prados. Pajom

les pidió que no lo hicieran, pero no le hicieron caso; los pastores bien dejaban entrar sus vacas en los prados, bien dejaban a los caballos pisotear los sembrados. En un principio, Pajom los echaba de allí y luego perdonaba a los campesinos, pero llegó un día en que se hartó y fue a dar sus quejas a las autoridades de la aldea. Pajom sabía que los mujiks no actuaban así intencionadamente, sino por una falta material de espacio. A pesar de todo ello se decía: «No es posible dejarlos. Me echarían a perder toda la cosecha. Debemos darles una lección».

Dio sus quejas una vez tras otra, y pusieron multas a algunos campesinos. Los vecinos comenzaron a aborrecerlo y, en ocasiones, hollaban a propósito sus campos sembrados. Una vez, uno le robó diez tilos para utilizar su corteza. Mientras paseaba por el bosque, Pajom advirtió que en el suelo algo blanqueaba y había unos troncos en el suelo. ¡Si al menos hubiesen talado los tilos de los extremos, dejando unos cuantos aquí y allá! Pero no, ¡los habían talado todos seguidos! Pajom se enfadó mucho. «Si logro enterarme de quién ha sido, me vengaré con todas mis armas», pensó. Después de darle muchas vueltas, decidió que solo podía ser Siomka. Se dirigió a su corral, pero no encontró pruebas, y lo único que logró fue pelearse con él y así se convenció aún más de su culpabilidad. Presento una denuncia. Enjuiciaron a Siomka, pero lo absolvieron al no haber pruebas en contra. Entonces Pajom se enfadó aún más y riñó con los jueces y con el *starshiná*[3]. «Estáis de acuerdo con los ladrones. Si fueseis honrados, no podríais absolverlos». Desde entonces Pajom vivía en la tierra más holgadamente, pero con más estrecheces en el mundo. Por aquellos días, corrió el rumor de que los campesinos emigraban con el fin de instalarse en nuevos lugares. «No tengo por qué abandonar mis tierras, pero si unos cuantos vecinos se fueran de aquí, tendríamos más espacio. Compraría sus tierras y viviríamos mejor. De otra manera, estaremos con estrecheces», pensó.

Cierto día que se encontraba en su hogar, entró un viajero. Pajom le ofreció comida y una cama para pasar la noche. Intercambiaron algunas palabras y Pajom le preguntó de dónde venía. El viajero le contestó que regresaba de más allá del Volga, donde había estado trabajando. Aseguró que algunos campesinos habían acudido a establecerse allí. «Se han inscrito en el ayuntamiento y les han dado diez *desiatinas* de tierra a cada uno. Es una tierra tan fértil que el centeno crece altísimo; no se podría ver a un caballo de pie; y es tan grueso que con cinco puñados se puede formar un haz. Uno de los campesinos que era extremadamente pobre al llegar, ahora posee seis caballos y dos vacas», acabó diciendo el viajero.

Pajom sintió cómo se le llenaba de gozo el corazón. «¿Por qué debo pasarlo aquí mal, con estrecheces, si puedo vivir a gusto en otro sitio? Venderé mis tierras y todos mis animales, y con el dinero me construiré una casa y formaré una granja. Es un pecado vivir con estos agobios. Debo enterarme personalmente de todo esto», pensó.

Preparó todas sus cosas y, al principio del verano, emprendió el camino. Se dirigió a Samara por el Volga en un vapor, y recorrió después cuatrocientas *verstas*[4] a pie. Cuando llegó, comprobó que todo lo que le había dicho el viajante era cierto. Los campesinos vivían con holgura, cada uno poseía sus diez *desiatinas* de tierra y el ayuntamiento acogía a los nuevos con alegría. Si alguno de ellos tenía dinero podía comprar, además de la parcela asignada, la cantidad de tierra que quisiera con derecho a perpetuidad. Las mejores tierras costaban tres rublos la *desiatina* y podían comprar toda la que deseasen.

Enterado de todo ello, Pajom regresó a su casa a principios del otoño. Vendió sus tierras y obtuvo un beneficio, vendió los animales, pidió la baja en el ayuntamiento y, al llegar la primavera, se trasladó junto con su familia al nuevo lugar.

Una vez allí, se inscribió en el ayuntamiento de una buena aldea. Obsequió a los ancianos con unas copitas y arregló sus documentos. Para las cinco personas de su familia le asignaron cincuenta *desiatinas* de tierra en diferentes campos, más unos terrenos para pasto. Pajom se construyó una casa y compró animales. Solo con esas tierras concedidas ya tenía tres veces más que antes. Además, era una tierra muy fértil. Su vida en la nueva aldea era diez veces mejor que la anterior. Podía mantener a todos los animales que quisiese.

En un principio, mientras construía la casa y se instalaba en ella, estaba pletórico. Pero no tardó en sentirse incómodo también allí. Durante el primer año sembró trigo en la tierra concedida y tuvo una buena cosecha. Le habría gustado sembrar una cantidad mayor, pero las tierras que servían para ello eran escasas. Allí se siembra el trigo en una determinada tierra, que se cultiva un par de años, y luego se la deja descansar con el fin de que esté en condiciones para producir una cosecha nueva. Son muchos los aldeanos que quieren tener esas tierras, pero no hay suficientes para todos. Por ello surgen disputas. Los más ricos las cultivan, pero los pobres las alquilan a los comerciantes para poder pagar las contribuciones. Pajom alquiló las tierras por un año. La cosecha le fue bien, pero el campo se encontraba muy lejos de la aldea, a unas quince verstas. Se dio cuenta de que en aquella región los campesinos y los comerciantes vivían en granjas, y que se enriquecían. «Me vendría muy bien adquirir aquí una parcela de terreno a perpetuidad y construir una casita de campo», pensó. Desde aquel momento no hizo más que pensar en la manera de comprar una parcela de tierra a perpetuidad.

Así vivió durante tres años. Tuvo unas cosechas de trigo magníficas y así ganó dinero. Pero no le gustaba tener que arrendar las tierras, porque a cualquier lugar donde hubiese una buena parcela también acudían otros campesinos, y si no acudía a tiempo, se quedaba sin ella. Así pues, al tercer año adquirió unos prados a medias con un comerciante, pero cuando ya los había labrado, tuvieron un juicio y perdió todo su trabajo. Entonces Pajom pensó: «Si la tierra fuese mía, no debería rebajarme ante nadie ni tendría más disgustos».

Intentando informarse de dónde podía comprar tierras a perpetuidad, se encontró con un mujik que vendía quinientas *desiatinas* a un precio muy asequible, pues se acababa de arruinar. Entró en tratos con el mujik. Tras un amplio regateo, llegaron a un acuerdo de mil quinientos rublos, mitad al contado y mitad a plazos.

Cierto día, un comerciante se detuvo en casa de Pajom para dar pienso a sus caballos. Le ofreció té y empezaron a charlar. El comerciante le contó que venía del territorio de los bashkirios, donde acababa de comprar cinco mil *desiatinas* de tierra por solo mil rublos. Pajom le hizo un montón de preguntas. El comerciante le dijo:

—Lo único que he hecho ha sido halagar a los ancianos. Les he regalado vestidos, alfombras y té por un total de cien rublos, y he obsequiado con un buen vino a los bebedores.

Así pude comprar los terrenos a razón de veinte kópeks[5] la *desiatina*.

Le enseñé a Pajom el contrato de venta.

—La tierra está situada a lo largo de un riachuelo y es de las fértiles.

Pajom siguió preguntando y el comerciante concluyó:

—No es posible recorrer todo ese territorio en un solo año. Pertenece a los

bashkirios, que son tan inocentes como los corderitos. Sus tierras se pueden comprar por muy poco dinero.

«¿Por qué gastar mil quinientos rublos en quinientas *desiatinas* y contraer una deuda cuando allí, por la misma cantidad, podrías ser el dueño de no sé cuánta tierra?», pensó Pajom.

## 5

Después de averiguar el camino para ir a aquellas tierras, Pajom se dispuso a viajar allí. Dejó su casa en manos de su mujer y se marchó, en compañía de un peón. Al pasar por la ciudad, compró una caja de té, buen vino y todo lo que el comerciante le había recomendado. Recorrieron quinientas versts, y tras siete días llegaron al campamento de los bashkirios. Allí todo era como el comerciante le había contado. Los bashkirios vivían en plena estepa, a lo largo de un riachuelo, en tiendas de campaña de fieltro. Ni cultivaban la tierra ni comían pan. Su ganado pastaba en las estepas. Los potros se ataban junto a las tiendas de campaña y un par de veces al día llevaban a las yeguas allí para ordeñarlas, y preparar *kumys*[6] con su leche. Las mujeres elaboraban quesos y los hombres no hacían más que beber *kumys* y tés, comer cordero y tocar la flauta. Todos se mostraban sanos y alegres y se pasaban todo el verano en una fiesta continua. Los bashkirios eran muy ignorantes y no hablaban ruso, pero eran muy acogedores con los forasteros.

En cuanto vieron a Pajom, salieron de sus tiendas a recibirlo. Tenían un intérprete. Pajom le dijo que quería comprar tierras. Los bashkirios se alegraron bastante. Condujeron a Pajom a una tienda muy confortable donde lo invitaron a sentarse entre alfombras y cojines de plumas. Mientras se instalaba le ofrecieron té y *kumys*. También le dieron carne de oveja. Pajom sacó entonces los regalos que había llevado en el carro y los repartió entre ellos. Muy contentos, ellos hablaron entre sí y ordenaron después a su intérprete que tradujera sus palabras.

—Me piden que te diga que te han tomado cariño y que nuestra costumbre es darle a los huéspedes lo que le plazca y devolverle regalo por regalo —dijo—. Tú nos trajiste regalos; ahora debes decirnos lo que te gustaría tener para que podamos ofrecértelo.

—Lo que de verdad me gusta es vuestra tierra —respondió Pajom—. En nuestro país no tenemos espacio y, además, la tierra se encuentra agotada. En cambio, vosotros poseéis enormes extensiones de buena tierra. Jamás vi nada igual.

El intérprete tradujo las palabras de Pajom. Los bashkirios discutieron entre ellos. Pajom no entendía lo que decían, pero entendió que estaban contentos por sus gritos y risas. Finalmente se quedaron observando a Pajom mientras le decía el intérprete:

—Me piden que te comunique que, por todos tus regalos, te darán con mucho gusto la tierra que quieras. No tienes más que señalar con el dedo la tierra que te guste para que sea de tu propiedad.

Los bashkirios volvieron a hablar entre ellos y Pajom preguntó al intérprete qué decían.

—Unos están diciendo que es necesario consultar al *starshiná*; creen que no es posible tomar la decisión sin su consentimiento. En cambio, otros opinan que se puede hacer —le explicó el intérprete.

## 6

Los bashkirios se encontraban en plena discusión cuando de repente apareció un hombre con un gorro de piel de zorro. Todos se callaron y se pusieron en pie.

—Es el *starshiná* —dijo el intérprete.

Pajom cogió el mejor vestido que traía y cinco libras de té para ofrecérselas al *starshiná*. Este aceptó los regalos y se colocó en el asiento de la presidencia. A continuación los bashkirios comenzaron a hablar con él. Tras escucharlos un largo rato, el *starshiná* realizó un movimiento de cabeza para que se callaran y, dirigiéndose a Pajom, pronunció las siguientes palabras en ruso:

—Puedes coger toda la tierra que te agrade; poseemos mucha.

«¿Cómo hacerlo? Es necesario cerrar un trato porque si no, tal vez alguien pueda reprocharme un día que la tierra no es mía y me la quiten», pensó Pajom.

—Les agradezco sus buenas palabras. Ustedes tienen muchas tierras y yo no necesito más que una parcela. Me gustaría saber cuál será la mía y para eso es preciso delimitarla y cerrar un trato en la forma debida. Porque nuestras vidas no dependen de nosotros, sino de Dios. Ustedes sin duda son buenas personas, y me dan esa tierra, pero podría ser que sus hijos decidan quitármela.

—Tienes razón —contestó el *starshiná*.

—Oí hablar que les visitó un comerciante y que ustedes le vendieron tierras firmando un contrato. Me gustaría hacer lo mismo —les dijo Pajom.

El *starshiná* lo comprendió.

—Podemos hacerlo. Tenemos un escribiente. Iremos a la ciudad para levantar un acta de venta y ponerle los sellos necesarios.

—¿Cuál será el precio? —le preguntó Pajom.

—Nuestro precio es único: mil rublos por jornada.

—¿Qué medida es esa? ¿Cuántas *desiatinas* tiene? —Preguntó Pajom, que no lo había entendido.

—No sabríamos hacer el cálculo. Nosotros vendemos por jornadas. El terreno que puedas recorrer en una jornada será tuyo, y su precio será de mil rublos.

—Se puede recorrer mucha tierra en un día —exclamó Pajom con sorpresa.

—Pues será toda tuya —replicó entre risas el *starshiná*—. Pero con una condición; si no vuelves al punto de partida ese mismo día, perderás el dinero.

—¿Cómo marcaremos los lugares por donde paso? —preguntó Pajom.

—Nos colocaremos en el lugar que elijas como punto de partida y allí permaneceremos mientras des la vuelta. Además te llevarás una azada para hacer señales donde quieras. En los extremos colocarás unos jalones, y luego trazaremos con los arados un surco de uno a otro. Puedes dar la vuelta que quieras; pero debes llegar al punto de partida antes de que se ponga el sol. Todo lo que logres abarcar será tuyo.

Pajom se alegró mucho al oír aquello. Se decidió que partiera al amanecer. Después de hablar unos instantes, bebieron *kumys*, comieron cordero y volvieron a tomar té. Acomodaron a Pajom una vez anochecido entre cojines de plumón y se dispersaron. Acordaron que se reunirían de madrugada para llegar antes de que saliera el sol al lugar señalado.

Pajom se tendió sobre unos cojines de plumas, pero fue incapaz de conciliar el sueño, pensando en la tierra sin cesar. «Recorreré una extensión enorme. Posiblemente cincuenta verstas en una jornada, pues en esta estación el día es tan largo como la noche. Cincuenta verstas es mucha tierra. Arrendaré la peor parte a los otros campesinos y cultivaré el resto con mis propias manos. Compraré dos yuntas de bueyes y contrataré a dos mozos. Sembraré cincuenta *desiatinas* y dejaré para pastos el resto», se decía.

No pudo pegar ojo durante toda la noche. Pero se quedó adormecido antes del amanecer. Soñó que estaba acostado en la tienda de los bashkirios y que oía a alguien riendo desde el exterior. Quiso comprobar quién reía así. Cuando salió fuera vio al *starshiná* de los bashkirios que, mientras se sujetaba con ambas manos la barriga, lanzaba unas carcajadas estruendosas. Pajom se apartó de él preguntándole:

—¿De qué te ríes?

Entonces se percató que el *starshiná* era el mismo negociante que había ido a su casa y le había hablado de aquellas tierras. Pero en cuanto le preguntó: «¿Hace mucho que estás aquí?», se dio cuenta que no era él, sino el primer mujik que venía de más allá del Volga. Al final advirtió que tampoco era este, sino el propio diablo en persona, con sus cuernos y las patas de macho cabrío. Estaba sentado, riendo a carcajadas ante un hombre muerto que yacía sin zapatos y en mangas de camisa. Pajom examinó minuciosamente al hombre muerto y vio que era él mismo. Se despertó entonces horrorizado. «¡Menudas cosas se sueñan!», se dijo. Vio que comenzaba a clarear a través de la puerta abierta. «Debemos despertar a las gentes, pues ya es hora de ponerse en camino», pensó. Se levantó, despertó a su peón, que estaba durmiendo en el carro, le ordenó que enganchara y luego se encaminó a despertar a los bashkirios.

—Es hora ya de que marchemos a la estepa a medir la tierra —les dijo.

Los bashkirios se reunieron para esperar al *starshiná*. Cuando llegó, se pusieron todos a beber *kumys* y le ofrecieron a Pajom un té, pero este no quiso perder el tiempo.

—Si nos hemos de ir, hagámoslo enseguida, ya es hora —dijo.

## 8

Los bashkirios se reunieron. Unos se montaron a caballo, otros en carromatos, y partieron. Pajom se instaló en su propio carro con su peón, armados con un azadón. Llegaron a la estepa al iniciarse la aurora. Subieron a una colina, se bajaron de los carros, descabalgaron y se agruparon.

El *starshiná* se acercó a Pajom y, señalándole la tierra con su mano, le dijo:

—Toda esta tierra que puedes abarcar con tu vista es nuestra, de nuestra propiedad. Elige la parte que quieras.

Brillaron los ojos de Pajom. Toda aquella tierra era fértil, llana como la palma de una mano y negra como semilla de adormidera. Los valles se encontraban cubiertos de hierba de muchas clases que llegaba hasta el pecho.

—Esta será la señal del punto de partida —dijo el *starshiná*, quitándose la gorra para colocarla en el lugar determinado—. Partirás desde este punto y volverás al mismo sitio. La tierra que abarques en tu recorrido será de tu propiedad.

Pajom sacó su dinero, lo metió en la gorra del *starshiná* y después se quitó el caftán. Solo conservó la *podiovka*[7], se ciñó bien el cinturón, colgó de él una bolsita de pan y una botella de agua, se arregló las botas, y cogiendo el azadón de manos del peón se dispuso a



marcharse. Durante un buen rato estuvo pensando en la dirección que debía tomar. Pero como aquella tierra era buena en su totalidad, creyó que daba igual y decidió ir hacia levante. Se colocó de cara al lugar donde debía de salir el sol, y esperó a que apareciera. Pensó que no debía perder un solo minuto. Sería sin duda más fácil caminar con la fresca. En cuanto salió el sol, Pajom emprendió su camino con el azadón al hombro.

Comenzó a andar con un paso uniforme, ni lento ni rápido. Cuando recorrió una versta se detuvo, cavó un agujerito, colocó allí los jalones de manera que se pudieran ver bien y continuó su camino. Animado, aceleró su paso. Tras recorrer un buen trecho, cavó un nuevo hoyo.

Luego volvió la cabeza y pudo ver perfectamente la colina iluminada por el sol, y en ella a los bashkirios al lado de sus carros, cuyas ruedas lanzaban intensos destellos. Calculó que ya había recorrido unas cinco verstas. Sintió calor, se quitó la podiovka y, echándosela al hombro, continuó su camino. Recorrió otras cinco verstas. Apretaba el calor. Al mirar al sol, Pajom se percató que ya era la hora del almuerzo.

«Ya ha transcurrido la cuarta parte de la jornada y aún es pronto para dar la vuelta. Me voy a descalzar», se dijo. Se sentó y se quitó las botas, las colgó de su cinturón y reemprendió la marcha. Podía así caminar más ligero. «Recorreré otras cinco verstas más y torceré luego a la izquierda. Este es un lugar magnífico; me da lástima abandonarlo. Cuanto más avanzo, mejor me parece», pensó. Y continuó su camino andando en línea recta. Al volver la cabeza, apenas pudo ver el cerro. Los hombres que en él estaban semejaban hormigas y el brillo de las ruedas ya era imperceptible.

«Ya he recorrido bastante por este lado, ahora debo torcer. Además, estoy cansado y tengo sed», se dijo Pajom. Y, deteniéndose, cavó un hoyo algo más grande y colocó los jalones. Luego, quitándose la botella que llevaba al cinto, bebió algo de agua y se encaminó hacia la izquierda. Después de andar un buen rato, llegó a un sitio cubierto de una hierba muy alta. Hacía mucho calor.

Empezó a sentirse fatigado. Miró al sol y se percató de que era la hora de comer. «Debo descansar», se dijo. Se sentó, comió algo de pan y bebió agua; pero no se atrevió a acostarse por miedo a quedarse dormido. Pasado un ratito, reemprendió la marcha. En un principio caminó a buen paso. La comida le devolvió las fuerzas. Pero apretaba el calor y tenía sueño. Sin embargo, siguió andando. Pensaba que se trataban de unas horas de sufrimiento a cambio de muchos años de una buena vida.

Ya había recorrido mucho espacio en aquella dirección y se disponía a girar de nuevo hacia la izquierda cuando de repente divisó un valle y sintió lástima de abandonarlo. «Aquí se dará el lino estupendamente», pensó continuando en línea recta. Una vez que rodeó el valle, cavó un agujero y giró de nuevo, estableciendo así la segunda esquina. Al volver la cabeza, vio el cerro envuelto en la niebla y pudo difícilmente vislumbrar a los bashkirios que se habían quedado en él. Debía estar separado de aquel lugar unas quince verstas. «Los dos lados que he recorrido son demasiado largos y tendré que acortar el tercero», se dijo. Nada más emprender esa nueva dirección, aceleró el paso. Miró cómo el sol estaba declinando. Tan solo había recorrido dos verstas del tercer lado, y la meta se encontraba a quince. «Aunque mi finca sea irregular, es necesario que realice una línea recta, no sea que me extienda demasiado. De todas formas, me bastará con esta tierra», se dijo. Se apresuró a cavar un nuevo hoyo y se fue derecho hacia el cerro.

Sentía mucho cansancio. Se encontraba sofocado, tenía doloridos los pies por caminar descalzo y le flaqueaban las piernas. Le habría gustado poder descansar, pero no podía hacerlo porque entonces no llegaría a la meta antes de la puesta de sol. Y el sol no esperaba, seguía bajando a cada momento. «Dios mío, ¿no me habré equivocado? Tal vez haya intentado abarcar demasiado espacio. ¿Qué futuro tendré si no llego a tiempo?» Volvió la vista hacia el cerro y miró al sol otra vez. Todavía faltaba mucho para llegar a la meta y el sol se encontraba ya cerca del horizonte.

Aunque estaba cansadísimo continuó avanzando y cada vez aceleraba más su paso. Finalmente, viendo que todavía estaba lejos de la meta, optó por comenzar a correr.

Tiró la podiovka, las botas, la botella de agua y la gorra, conservando solo el azadón. «¡Ay! ¡He sido demasiado ambicioso! Lo he echado todo a perder; no voy a poder llegar antes de que se ponga el sol», pensó. Y del miedo se le cortó el aliento. Su ropa, empapada de sudor, se le pegó a la piel, se le secó la boca. El pecho se le dilató como un fuelle de fragua; el corazón le golpeaba cual martillo; no sentía sus propias piernas. Sintió miedo. «No vaya a morirme de cansancio», pensó. Tuvo miedo de caerse muerto, pero no era capaz de detenerse. «Si no me paro ahora, después de todo lo que he recorrido, me dirán que soy bobo». Continuó corriendo, y cuando ya se encontraba muy cerca, oyó silbar y gritar a los bashkirios, enardeciéndose. Reunió sus últimas fuerzas para continuar con su carrera mientras el sol descendía al horizonte, volviéndose rojizo y grande. No tardaría en desaparecer. Pero Pajom ya estaba muy cerca de su meta. Ya podía ver a los hombres animándole y haciéndole gestos. Ya podía divisar el gorro de piel de zorro y el dinero que había puesto encima, y ya podía ver al *starshiná* que, sentado en el suelo, sostenía su barriga entre las manos. En aquel preciso momento recordó el sueño que había tenido. «He logrado mucha tierra pero no sé si Dios me dejará vivir en ella. ¡Ay! Creo que todo está perdido nunca podré llegar», se lamentó.

Observó que el sol ya había llegado al horizonte y uno de sus bordes ya empezaba a desaparecer. Acopió todas sus fuerzas y corrió tan deprisa que las piernas apenas le obedecían. Cuando llegó al cerro se percató que de pronto había oscurecido. Volvió la cabeza para ver como el sol ya se había ocultado. Se horrorizó. «Todos mis esfuerzos no han valido para nada», pensó.

Estaba dispuesto a detenerse, pero pudo ver que los bashkirios lo animaban con silbidos. Entonces llegó a comprender que, aunque no pudiese ver el sol desde abajo, aún era visible desde el cerro. Tomó aliento y siguió subiendo. Era aún de día allí. Lo primero que pudo ver fue el gorro. Junto a él estaba sentado el *starshiná*, que reía mientras se sujetaba la barriga. Pajom recordó el sueño que había tenido y su horror fue tal que le flaquearon las piernas. Cayó de bruces y alcanzó el gorro con las manos.

—¡Eres un valiente! ¡Menuda cantidad de tierra lograste! —exclamó el *starshiná*.

El criado fue corriendo para levantarlo, pero Pajom sangraba por la boca: había muerto.

Los bashkirios chasquearon las lenguas para demostrar que sentían la muerte de Pajom. Su peón cavó una fosa de tres *arshines*, la longitud aproximada del cadáver, y enterró a su amo.

# LO QUE MUEVE A LOS HOMBRES

(MIJAÍL, APRENDIZ DE ZAPATERO)

## 1

En cierta aldea vivía hace muchos años un zapatero con su mujer y sus hijos. Tenía alquilada una habitación en la casa de un mujik, pues no poseía hogar ni tierras y apenas ganaba lo suficiente para mantener a su familia. El pan no era barato y el trabajo estaba mal remunerado; la comida ya se llevaba todo lo que podía ganar y solo poseía, para él y su mujer, una chaqueta muy raída. Llevaba dos años buscando dinero para poder adquirir unas pieles de carnero con que hacerse una nueva chaqueta.

Cuando llegó el otoño del segundo año ya había reunido tres rublos que su mujer guardaba en un cofre. Además, en una aldea vecina, le adeudaban cinco rublos y veinte kópeks. Cierta mañana el zapatero decidió ir a comprar las pieles. Se puso la chaqueta de su esposa y una túnica de paño encima y guardó los tres rublos en el bolsillo, cogió el bastón y se fue tras desayunar.

«Cobraré esos cinco rublos que los mujiks me deben —pensó—. Los sumaré a los tres que ya tengo y compraré las pieles para la chaqueta».

Cuando llegó a la aldea se acercó a la casa de un mujik, pero no se encontraba en ella. La mujer del mujik dijo que su marido le llevaría el dinero esa misma semana; pero no le pagó ni un solo kópek.

En otra de las casas le aseguraron que carecían de dinero para pagarle y tan solo le dieron veinte kópeks por un arreglo. El zapatero tomó la decisión de comprar las pieles a crédito, pero el comerciante no quiso fiarle.

—Cuando me traigas el dinero podrás llevarte lo que quieras —le dijo—. Ya sabemos lo que luego cuesta cobrar.

El pobre zapatero no logró nada. Aparte de esos veinte kópeks, solo le dieron un par de botas para remendar. Desilusionado, marchó a la taberna y se gastó los veinte kópeks en bebida, y sin poder comprar las pieles inició el camino de regreso a casa. Por la mañana había sentido frío, pero después de tanta bebida, entró en calor sin necesidad de chaqueta alguna. Caminaba deprisa, golpeando la tierra endurecida por la helada con su bastón. Se sentía contento y murmuraba mientras le daba vueltas a las botas de fieltro: «Tengo calor sin la chaqueta; seguro que es porque he bebido un poco, tengo la barriga llena de vino. ¿De qué me serviría una chaqueta nueva? Estaré bien si me olvido de mi miseria. ¡Estoy hecho un mozalbeta! ¿Qué importa el resto? Puedo subsistir perfectamente sin la chaqueta; voy a pasarme sin ella toda mi vida. Pero mi mujer se pondrá muy triste y con motivo. Uno trabaja todo el día para ellos, corre, sufre, y además tiene que escuchar: «¿No has traído dinero? ¡Pues vete al demonio!»».

»¿Qué se puede hacer con veinte kópeks? Gastarlos en vino en la taberna, nada más. Y luego te dicen: «¡La miseria!» ¡Allá ellos con su miseria! ¿Qué puedo hacer yo con la mía? Ellos poseen una casa, animales y todo lo necesario. ¿Y yo? Tan solo me tengo a mí mismo. Ellos pueden comerse el pan que sus tierras le producen; yo tengo que comprarlo. No me queda otra que reunir tres rublos cada semana. Y al llegar a casa... ya se han

comido el pan y debo gastar otro rublo y medio. ¡Si al menos me pagaran lo que me deben!».

Y así llegó el zapatero a la pequeña iglesia situada en un recodo del camino y detrás de ella le pareció ver algo blanco. Ya anochecía y no pudo distinguir bien.

«¿Qué hay allí? En este lugar no había ninguna piedra blanca. ¿Será acaso una vaca? No, no me parece una vaca. A juzgar por su cabeza, se podría decir que se trata de un hombre. Pero, ¿por qué es tan blanco? Y, ¿por qué iba a estar ahí?».

Semión se acercó hasta distinguir con claridad lo que era. ¡Sorprendente! En efecto, sí era un hombre. ¿Vivo o muerto? Estaba sentado completamente desnudo, inmóvil, apoyado en el muro de la iglesia. El zapatero sintió miedo.

«Lo han matado, le han quitado sus ropas y lo han abandonado aquí —pensó—. Si me encuentran al lado suyo, no veré nunca el fin de mis penas».

El zapatero se alejó con rapidez, dejando la iglesia atrás. Ya no podía ver al hombre. Pero, pasado un rato, no pudo evitar volver la cabeza; el hombre ya no estaba apoyado en el muro, se movía y le pareció que lo miraba fijamente.

Cada vez más asustado, el zapatero se persignó pensando si debía volver allí o huir.

«Si me acerco, puede ocurrirme algo malo —pensó—. ¿Quién sabrá de qué clase de hombre se trata? Es sospechoso haberlo encontrado aquí; tal vez se me eche encima y no sea capaz de escaparme. Aunque no me matase, podría hacérmelas pasar canutas. Pero ¿cómo dejar a un hombre desnudo? Aun así no puedo quitarme la ropa para vestirlo. ¡Darle mi única ropa! ¡Dios me libre!».

El zapatero se puso a andar más deprisa. Pero se detuvo de repente, recriminándose:

«Semión, ¿qué haces? Un hombre puede morir abandonado y tú tienes miedo y huyes. ¿Acaso te has enriquecido? ¿Tienes miedo de que te quitan tus tesoros? ¡Venga, Semión, eso no está bien!».

## 2

Volvió sobre sus pasos inmediatamente y se encaminó directamente hacia aquel hombre.

Una vez a su lado, comenzó a examinarlo. Era un hombre joven y fuerte; su cuerpo no tenía señales de golpes ni de heridas; pero estaba muerto de frío y asustado. Seguía apoyado sobre el muro de la iglesia y no miraba a Semión. Se encontraba tan débil que no encontró fuerza para levantar los párpados.

Semión se inclinó ante él, y aquel hombre se reanimó de repente, abriendo sus ojos volvió la cabeza y lo miró. En cuanto vio aquella mirada, el zapatero sintió cierto amor por aquel desconocido. Se quitó las botas, el cinturón y la túnica.

—¡Vamos! —exclamó—. No perdamos el tiempo hablando. ¡Vístete enseguida!

Cogió al desdichado en brazos, lo puso en pie y miró su cuerpo, que era delicado y blanquecino, mientras su rostro conservaba una dulce expresión.

Le puso la túnica sobre los hombros, pero el joven no sabía ponerse las mangas. Semión se las puso y le abrochó la túnica, ciñéndosela con el cinturón. Después se quitó su vieja gorra para cubrirlo..., pero sintió frío en la cabeza. «Estoy totalmente calvo; él en cambio posee una larga y rizada cabellera», pensó y se cubrió de nuevo.

«Será mejor que le ponga las botas», pensó. Y, arrodillándose ante el desconocido, se las calzó.

—Ya estamos preparados, hermano —dijo Semión—, pero muévete un poco y así podrás entrar en calor. Nada tenemos que hacer aquí. Ya podemos marcharnos.

Pero el desconocido permaneció inmóvil y en silencio, mientras miraba a Semión con una dulce expresión.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no me hablas? No podemos pasar el invierno aquí. Debemos volver a casa. Coge mi bastón y apóyate en él si no tienes fuerzas. ¡Venga, vámonos!

El desconocido caminó sin problemas, sin quedarse detrás. Iban los dos juntos, y, de repente, Semión le preguntó:

—¿De dónde eres?

—No soy de aquí.

—Lo supongo. ¿Qué hacías allí, al lado de la iglesia?

—No puedo decírtelo.

—¿Alguien te asaltó?

—No, no me ha asaltado nadie. Dios me castigó.

—Ya se sabe que todo viene de Dios. ¿Dónde ibas?

—Iba a cualquier lugar; me da lo mismo.

Semión estaba bastante sorprendido. «No parece un mal hombre y tiene una dulce voz. Pero no me cuenta nada de sí mismo. ¡Cuántas cosas incomprensibles!», pensó.

—Bien, vas a acompañarme y, al menos, podrás calentarte en mi casa.

Semión siguió camino adelante y su compañero caminaba a su lado con paso uniforme. Se levantó un ligero vientecillo que atravesaba la camisa de Semión. Como ya había pasado el efecto del vino, empezó a sentir algo de frío. Apretó el paso y resopló.

«¡Me las he arreglado muy bien! Salí para comprar las pieles de una chaqueta y vuelvo sin una mísera túnica. Y además vuelvo con un hombre desnudo. Matriona no va a alegrarse mucho, sin duda», pensaba. Al acordarse de su mujer, se irritó.

Pero cuando se volvió de nuevo hacia el hombre, recordó su mirada cuando se encontraba junto a la iglesia y su corazón se inundó de alegría.

### 3

La mujer de Semión había terminado sus quehaceres pronto. Había encendido el fuego de la chimenea, llevado el agua necesaria, dado la comida a sus niños y había comido ella también. Luego se quedó sumida en sus pensamientos. Pensaba si resultaría mejor cocer el pan ese mismo día o el día siguiente. En el armario aún quedaba una barra de pan y, suponiendo que Semión hubiese comido en la aldea y no fuese a cenar aquella noche, habría suficiente para el siguiente día. Observó el pan. «No, hoy amasaré. Además me queda poca harina y lo mejor será que lleguemos así al viernes», tomó la decisión.

Después de guardar el pan, se sentó junto a la mesa para coser una camisa de su esposo. Pensaba en Semión mientras cosía. «Con tal de que no lo engañe el mercader... ¡Es tan inocente el pobre...! Es incapaz de engañar a nadie; en cambio, hasta un niño podría engañarlo a él. ¡Ocho rublos! ¡Es una respetable cantidad! Con ese dinero se puede comprar una buena chaqueta. No será de primera calidad, pero sí será una buena chaqueta. ¡Sufrimos tanto por el frío el pasado invierno! No puede ir una a lavar al río si no está bien abrigada. Semión se ha puesto toda la ropa de invierno de que disponemos, incluso mi chaqueta. No puedo salir de casa en estas condiciones... ¡Cuánto tarda! Ya debería haber

vuelto. ¿No habrá entrado en la taberna?

Apenas pronunció esas palabras, escuchó los pasos de su marido en la entrada. Dejó su costura y salió enseguida. Llegaban dos hombres: Semión y un joven descubierto calzado con botas de fieltro.

Por el aliento de su esposo, Matriona se percató de que había bebido.

«Me lo temía», murmuró. Pero al fijarse de que llegaba sin túnica, con las manos vacías, callado y lleno de miedo, sintió cómo se le encogía de angustia el corazón. «Se debe haber gastado todo el dinero en bebida. Habrá recogido en la taberna a ese despojo y, por si no fuera suficiente, me lo trae a casa. ¡Lo que nos faltaba!».

Matriona permitió que los dos hombres pasaran y los siguió sin decir una palabra. El desconocido era un chico joven, pálido y delgado, que llevaba una túnica sobre su desnudo pecho. Estaba en silencio, inmóvil y la mirada baja.

«Es un mal hombre, pero está atemorizado», pensó la mujer. Y se encaminó a la estufa en espera de ver en qué acababa todo.

Semión se quitó la gorra y se sentó junto a la mesa.

—Matriona, ¿no piensas darnos de cenar? Estoy aún en ayunas —dijo.

Sin volverse, la mujer gruñó entre dientes. Escondida tras la estufa, observaba a veces a Semión, a veces al desconocido, moviendo la cabeza significativamente.

El zapatero se percató de que su mujer estaba enfadada. Pero, ¡qué iba a hacer! Sin darle la menor importancia, cogió por el brazo al chico y le dijo:

—Siéntate hermano. Vamos a cenar.

El forastero le obedeció sin decir palabra.

—Mujer, ¿no has preparado la cena para esta noche?

—¡Desde luego que sí! —replicó enfadada Matriona—. Pero no para ti. Ya tienes suficiente con lo que has bebido. ¿Conque ibas a comprar una chaqueta y vuelves sin túnica! Y por si no fuera suficiente, ¡me traes a un vagabundo desnudo! No, no tengo comida para vosotros, ¡borrachos!

—¡Es suficiente, Matriona! No hay que mover la lengua tanto para no decir nada agradable. Sería mejor que me preguntaras por la identidad de este hombre.

—Antes dime dónde has perdido el dinero —contestó su mujer.

Semión se metió la mano en el bolsillo y sacó los tres rublos.

—Aquí lo tienes. Trifonov no me pagó, pero prometió hacerlo mañana.

Matriona se encabritó aún más. ¡Sin chaqueta nueva y la túnica vieja la lleva un vagabundo que, para colmo, has traído a nuestra casa! Y cogió el dinero para guardarlo en un lugar seguro.

—No tengo comida —gritó—. No puedo preparar comida para todos los vagabundos.

—¡Contén esa lengua y escúchame, Matriona!

—¿Yo? ¿Cómo quieres que escuche las tonterías de un estúpido que está borracho? ¡Qué razón tenía cuando no quería casarme contigo! Mi madre me proporcionó ropas y tú las has vendido para beber. Tenías que comprarte una chaqueta, pero te has gastado el dinero en vodka.

Semión trató en vano de explicar que tan solo se había gastado veinte kópeks en bebida y la manera en que había encontrado a aquel vagabundo. Matriona no le dejó decir una sola palabra. Cada vez que intentaba decir algo, ella le decía dos palabras. Le echó en cara cosas que habían sucedido hacía más de diez años. Habló, habló, habló y, al final, comenzó a gritar tirándole de la manga.

—¡Devuélveme mi chaqueta! Es la única que tengo y me la has quitado, perro sarnoso. ¡Que te lleve el diablo!

Semión iba a quitarse la chaqueta, pero su mujer le dio un tirón y las costuras se rompieron. Cuando Matriona se apoderó de ella, se la puso por encima de la cabeza y se marchó hacia la puerta. Pero se detuvo de repente, atacada por un acceso de rabia. Sintió la necesidad de desahogarse y de saber quién era aquel desconocido.

#### 4

—Si este hombre fuese bueno, no iría completamente desnudo; al menos llevaría una camisa. Y si hubieras cometido una buena acción al traerlo, me habrías dicho ya dónde lo encontraste.

—¡Pues hace rato ya que quería decírtelo! Cuando pasé delante de la iglesia vi completamente desnudo a este muchacho. Se estaba congelando. No estamos en verano. Dios me ha puesto en su camino. Si no me lo hubiese encontrado, habría fallecido esta noche. ¿Qué quieres que hiciera? Lo he vestido como he podido y me lo he traído a casa. Tranquila, Matriona; ponerse así es un pecado. Todos tenemos que morir.

Matriona intentó replicar. Miró de pronto al desconocido y no fue capaz de decir nada. El chico permanecía inmóvil, sentado en su banco. Su pecho se agitó. Era como si intentara no ahogarse con grandes esfuerzos. Tenía cruzadas las manos sobre las rodillas, la cabeza gacha y los ojos cerrados.

Semión preguntó con dulzura:

—Matriona, ¿es que Dios no está presente en tu corazón?

Cuando oyó estas palabras, la mujer miró al desconocido, que alzó los ojos hacia ella y se emocionó. Entonces fue hasta la estufa para preparar la cena. En la mesa puso una vasija, bebida y el último pan.

—Come —dijo.

Semión condujo al chico hasta la mesa.

—Acércate, hermano.

El desconocido cortó un trocito de pan, lo mojó y empezó a comer.

Matriona se sentó al otro lado de la mesa y, apoyando la barbilla en las manos, se quedó contemplando al forastero. La invadía una compasión desmesurada y se dio cuenta de que lo amaba. De inmediato el desconocido se puso más contento y comenzó a sonreír, mirando a la pobre mujer. Cuando terminó de comer, Matriona quitó la mesa y le preguntó:

—¿De dónde eres?

—No soy de aquí.

—¿Qué hacías al lado de la iglesia?

—No puedo decirlo.

—¿Quién te quitó la ropa?

—Me castigó Dios.

—¿Estabas desnudo del todo?

—Sí, y me estaba congelando. Semión me encontró y tuvo compasión de mí. Me puso la túnica y me pidió que viniera con él. Tú también te has apiadado de mi miseria; me diste de comer y de beber. ¡Que Dios os bendiga!

Matriona se levantó y abrió el cofre y sacó una camisa vieja que acababa de remendar para que Semión se la pusiese el día siguiente. Cogió también unos viejos

calzones y dio ambos al forastero diciéndole dulcemente:

—Veo que careces de camisa, ponte esta. Puedes acostarte donde quieras, en el banco o sobre la estufa.

Tras quitarse la túnica, el desconocido se puso los calzones y la camisa, y se acostó en el banco. Matriona apagó la vela y, tras coger la túnica, se acostó en la estufa junto a Semión. Se arrojó con la túnica, pero fue incapaz de conciliar el sueño. Estaba muy preocupada por el desconocido. También pensaba que se había comido todo el pan que les haría falta al día siguiente y que se había quedado los calzones y la camisa de Semión. Se encontraba triste e inquieta. Pero cuando recordó la sonrisa del desconocido, se estremeció de la alegría. No pudo dormirse durante mucho tiempo. Semión tampoco podía.

—Semión —dijo su mujer tirando de la túnica.

—¿Qué?

—Nos hemos comido todo el pan. Hoy no he amasado. ¿Qué vamos a hacer mañana? ¿Tendré que pedirle a Melania prestado?

—Nos arreglaremos. No nos faltará comida. Se hizo el silencio.

—Parece un buen hombre, ¿por qué no nos dice quién es?

—Se lo han prohibido con seguridad.

—¡Semión!

—¿Qué?

—Nosotros damos, pero nunca nos da nadie. El zapatero no fue capaz de contestar.

—¡No hables más! —exclamó mientras se volvía al otro lado.

Al rato, Matriona y Semión se quedaron dormidos.

## 5

Semión se despertó pronto. Los niños aún dormían y Matriona salió a pedir pan a la vecina. El forastero permanecía sentado en el banco, con los ojos fijos en las alturas, con una mirada más serena que en la víspera.

Bien, hermano. La barriga exige pan y el cuerpo vestidos. Hay que alimentarse y ganarse el sustento. ¿Sabes trabajar? —le dijo Semión.

—No sé hacer nada de nada.

Muy asombrado, Semión abrió los ojos desmesuradamente.

—Se puede aprender cualquier cosa con buena voluntad

—dijo.

—Todo el mundo trabaja. Yo haré lo mismo.

—¿Cómo te llamas?

—Mijaíl.

—¡Pues bien, Mijaíl! Nada sabes hacer; eso es un tema tuyo. Pero hay que vivir. Si haces todo lo que te mande, te daré de comer.

—¡Qué Dios te lo pague! Enséñame cómo trabajar.

—Semión cogió cáñamo y comenzó a retorcer un hilo.

—Fíjate bien, no es muy difícil.

Mijaíl observó con mucha atención y, cogiendo el cáñamo, empezó a retorcer hilos. Aprendió enseguida todo lo que le enseñó Semión: cortar, coser, usar el punzón, poner las suelas, marcar las costuras... Al cabo de tres días, Mijaíl era capaz de hacer cualquier trabajo con tal destreza que se podría decir que llevaba cien años haciendo zapatos. Apenas



comía y no perdía un minuto. Cuando finalizaba su faena, permanecía inmóvil en un rincón, en silencio y con la mirada perdida en lo alto. Hablaba generalmente poco, ni reía ni salía nunca. Tan solo le vio sonreír una vez; justo el primer día, cuando la mujer le dio de cenar.

## 6

Día tras día, semana tras semana, pasó un año entero. Mijaíl siguió viviendo en casa de Semión y trabajaba con él. Llegó a hacerse famoso; nadie hacía unas botas tan buenas como Mijaíl, el ayudante de Semión. Era conocido en veinte leguas a la redonda. Semión comenzó a ganar dinero.

Cierto día de invierno, Semión y su ayudante se encontraban trabajando cuando un coche empujado por tres hermosos caballos que hacían sonar sus cascabeles con alegría se paraba ante la casa. Un criado se apeó del pescante y abrió la portezuela. Cubierto por una magnífica chaqueta, un caballero bajó del coche y subió los peldaños de la escalera. Matriona le abrió la puerta y el señor tuvo que agacharse para entrar. Tocaba casi el techo con la cabeza. Asombrado, Semión lo saludó. Nunca había visto a un hombre semejante. Semión era gordo, Mijaíl delgado, y Matriona parecía un viejo tronco seco. Parecía pertenecer a otro mundo. Observando aquel rostro grueso y rojizo, y ese cuello de toro, se podía decir que estaba fundido en bronce.

Respirando con profundidad, el señor se quitó la chaqueta y se sentó en un banco.

—¿Cuál de vosotros es el maestro?

—Yo soy, excelencia —respondió mientras se acercaba Semión.

El señor llamó a su criado:

—Fedia; tráeme el cuero.

El criado trajo un paquete que puso encima de la mesa.

—¡Ábrelo!

El criado no tardó en obedecer.

—¿Lo ves, zapatero? —exclamó el señor mientras le enseñaba el cuero.

—Sí, excelencia.

—¿Sabes qué tipo de género es?

—De primera calidad —declaró después de examinar el cuero Semión.

—¡Claro que lo es! ¿Qué sería si no, estúpido? No has visto en tu vida otro semejante. Es cuero alemán, ¿comprendes? Cuesta veinte rublos.

—¿Cómo quiere que haya visto algo semejante, señor?

—repitió intimidado Semión.

—¿Puedes hacerme unas botas con este cuero?

—Claro que sí, excelencia.

—Dices que sí, pero ¿te has dado cuenta de para quién vas a trabajar y con qué género? Quiero unas botas que me duren un año y que, tras haberlas utilizado un año entero, no se rompan ni deformen. Si eres capaz de hacerlas de esa manera, toma el cuero y empieza a cortarlo; si no, deja el asunto. Pero óyeme bien. Te advierto que si las botas se estropean antes de un año, te mandaré a prisión; en cambio, si me duran un año, te pagaré diez rublos.

Semión vaciló, asustado. No sabía qué hacer. Miró a Mijaíl y lo interrogó con la mirada. Como no le hacía caso, le dio un codazo y le dijo en voz baja:

—¿Lo acepto?

Mijaíl hizo un gesto afirmativo y el zapatero adquirió el compromiso de confeccionar unas botas que no se rompieran ni se deformaran antes de un año.

Entonces, el señor llamó a su lacayo y le mandó que le descalzase el pie. Luego, se lo tendió a Semión y dijo:

—Tómame las medidas.

El pie de aquel señor era tan grande que Semión se vio obligado a cortar otra hoja de papel, pese a que la primera era enorme. Tomó las medidas de la planta del pie, del tobillo, y al ir a medir la pantorrilla, el papel no alcanzó para dar la vuelta completa: su pantorrilla era tan gruesa como una viga.

Mientras Semión tomaba las medidas, el señor reparó en Mijaíl.

—¿Quién es? —le preguntó.

—Es mi oficial, el que va a hacer las botas.

—Ten mucho cuidado, ¿eh? Deben durar un año.

Semión miró a Mijaíl y se percató de que no le prestaba mucha atención al señor. Su mirada apuntaba más arriba, por encima de él, como si viese algo, y... de repente, sonrió dulcemente.

—¿De qué te estás riendo, majadero? —exclamó el señor—. Sería mejor que te preocuparas de que mis botas estén para la fecha que las quiero.

—Sus botas estarán para cuando las necesite —respondió Mijaíl.

—Eso espero —exclamó el señor poniéndose la chaqueta.

Y se fue hacia la puerta. Pero, olvidando que debía agacharse, dio con la cabeza contra una viga y abandonó la casa restregándose su frente, enfurecido, mientras lanzaba juramentos.

—Es tan fuerte como un roble —exclamó Semión nada más salir el señor—. Ha roto una viga y ni siquiera lo ha sentido.

—Es normal que sea tan fuerte, con la vida que tiene. Parece de bronce y a la muerte le costará poder sorprenderle.

## 7

—Hemos aceptado el encargo. Dios quiera que no nos suponga un disgusto. El cuero es muy caro y el carácter del señor es muy violento —le dijo Semión a Mijaíl—. ¡Con tal que no nos equivoquemos! Tu vista es mejor que la mía y tu pulso más firme. Aquí están las medidas. Corta las botas y yo las coseré.

Mijaíl obedeció. Cogió el cuero, lo desenrolló y empezó a cortar las botas. Matriona lo observaba; y, como conocía bien el oficio, se dio cuenta de que Mijaíl cortaba de manera distinta a como lo debía hacer.

Aquello la sorprendió, pero no dijo palabra.

—Es posible que no haya comprendido bien qué tipo de botas ha encargado ese señor. Mijaíl sabe muy bien lo que hace; no debo entrometerme.

El chico preparó el calzado y lo cosió a modo de sandalias. La mujer del zapatero se sorprendió aún más que antes y a punto estuvo de decírselo, pero no lo hizo. Y llegó la hora de la comida. Al levantarse, Semión vio que Mijaíl, que nunca se había equivocado, había hecho unas sandalias en lugar de unas botas.

—Has estropeado el cuero —exclamó muy enfadado—. ¿Qué le diré a ese señor?

¿Dónde encontraré un cuero igual a este? ¿Qué has hecho? ¡Ay! ¡Amigo mío, me acabas de arruinar por completo, me has arruinado! Ese señor me ha encargado unas botas, y ¿qué has hecho?

En ese mismo momento se oyeron unos fuertes golpes en la puerta de la casa.

A través de la ventana vieron al criado del señor atando su caballo a la argolla de la puerta. Semión le abrió. El criado venía muerto de cansancio.

—Buenas noches, maestro —exclamó jadeando.

—Buenas noches. ¿Qué desea?

—Mi señora me manda a buscar las botas.

—¿Las botas?

—Sí. El señor no las necesitará para nada. Ya no necesitará más botas. Ha muerto.

—¡Cómo dice!

—Ni siquiera pudo volver a casa. Falleció en el camino. Cuando llegamos, abrí la portezuela del coche y lo vi tendido en el fondo, rígido completamente. ¡Qué trabajo nos costó sacarlo de allí! La señora me ha dicho: «Ve a casa del zapatero para pedirle que haga unas sandalias de difunto en lugar de las botas que el señor le encargó. Que se dé prisa para que te las puedas traer».

Cogiendo las sandalias y los recortes de cuero que habían sobrado, Mijaíl lo envolvió todo y le entregó el paquete al criado.

—¡Adiós! ¡Que Dios os proteja!

## 8

Transcurría un año tras otro. Ya hacía seis años que Mijaíl vivía en casa de Semión. Su existencia siempre era la misma; nunca salía, casi no hablaba y solo había sonreído en dos ocasiones: cuando la mujer del zapatero decidió darle de cenar y durante la visita del señor. Semión no encontraba palabras de alabanza para su ayudante. No le preguntaba ya de dónde procedía.

Tan solo temía que Mijaíl se fuera.

Cierto día se encontraban todos reunidos. Los niños estaban jugando encaramándose a los bancos para observar por las ventanas; Matriona calentaba su plancha para planchar la ropa, Semión arreglaba unos zapatos y Mijaíl daba el punto final a un tacón. Uno de los niños se apoyó en un hombro del oficial, que estaba cerca de la ventana y, mirando a la calle, le dijo:

—Mira, tío Mijaíl; viene una señora con sus dos niñas. Y vienen aquí. Una de ellas es coja.

Al oír estas palabras, Mijaíl abandonó su trabajo y se levantó para observar a través de la ventana. Semión se sorprendió sobremanera. El chico nunca había mirado fuera; pero estaba pegado a los cristales en aquel momento. El zapatero también se acercó a la ventana. Así era, se acercaba una señora bien vestida, con dos niñas que llevaban sus abriguitos de piel y unos pañuelos de lana en la cabeza. Las niñas se parecían tanto entre sí que habría sido imposible distinguirlas a no ser porque una de ellas cojeaba, arrastrando su pierna.

La señora se detuvo ante la casa del zapatero. Abrió la puerta y dejó pasar delante a sus dos niñas.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué desea?

La mujer se sentó y las dos niñas se arrimaron a ella, algo intimidadas ante aquellos desconocidos.

—Necesito unos zapatos para mis hijas.

—Nunca hemos fabricado zapatos para niños; pero uno puede hacer lo que quiera con buena voluntad. ¿Les hacemos unos zapatos o unas botitas con vuelta? ¿Qué prefiere? Mi oficial es muy hábil.

El zapatero se percató de que Mijaíl no dejaba de mirar fijamente a las niñas. Eso lo asombró. Es bien cierto que las dos niñas eran bonitas, tenían los ojos negros y sonrosadas las mejillas, y sus abrigos y pañuelos eran bastante graciosos. Pero resultaba raro que Mijaíl las mirase como si ya las conociera.

Semión habló con la mujer y comenzó a tomar las medidas a las niñas.

—Toma las medidas de esta. Harás un zapato para el pie cojo y tres para el otro. Al ser mellizas, los tienen iguales —dijo la señora poniendo en sus rodillas a la cojita.

—¿Por qué está coja? ¿Es de nacimiento? —le preguntó el zapatero.

—No. Su madre le produjo la cojera.

—¿No son tuyas las niñas? ¿Usted no es su madre?

—preguntó Matriona interviniendo en la conversación, presa de la curiosidad.

—No. Yo no soy su madre y ni siquiera soy de su familia. Las he adoptado.

—Las quiere mucho aunque no sean de su propia sangre.

—¿Cómo no iba a quererlas? Las he criado con mi propia leche. Yo también tenía un hijito, pero Dios me lo arrebató. Aunque no lo quería tanto como a estas.

—¿Quién era su madre?

## 9

La mujer nos contó lo siguiente:

—Desde hace seis años son huérfanas. Enterraron al padre un martes y su madre murió el viernes siguiente. Al nacer ya eran huérfanas de padre, y la madre tan solo vivió un día a su nacimiento. Mi marido y yo vivíamos entonces en su misma aldea. Eran nuestros vecinos; nuestras casas estaban una junto a la otra. Su padre trabajaba en un bosque y le cayó encima un árbol con tan mala fortuna que, volviendo a su casa, falleció.

»Tres días después su mujer dio a luz. La pobre se encontraba sola, sin una comadrona ni nadie que la ayudara. Por la mañana fui a visitarla y me la encontré fría. ¡Pobre! Al morir cayó encima de esta pequeña y le lesionó el pie. Llegaron los demás vecinos, la amortajaron, le hicieron un ataúd y le dieron sepultura. Todos los vecinos eran buena gente. Las criaturas se quedaron solas. ¿Qué podíamos hacer? Yo era la única mujer que estaba criando a un niño en la aldea. Mi hijo había nacido ocho semanas antes. Decidí hacerme cargo de las niñas.

»Los mujiks se reunieron. Discutieron el caso y me dijeron: «María, puedes llevarte a las pequeñas y críalas mientras tomamos la decisión de qué hacer con ellas». Ya le había dado el pecho a una, pero no a la cojita, pues creía que no iba a sobrevivir. Pero luego me lo reproché. La pobre gemía y sentí lástima. ¿Por qué dejar sufrir a aquel angelito? Le di también el pecho y decidí criar a los tres. Yo era joven y fuerte. Me alimentaba bien y tenía leche en abundancia. Y el Señor decidió aumentármela. Solía dar el pecho a dos a la vez; cuando uno de ellos se hartaba, cogía el tercero. Dios me permitió que crecieran fuertes y sanos.

»Pasados dos años, mi hijo murió y el Señor no me ha dado más. Pero, de todos modos, la suerte nos acompañó. Compramos algunos bienes y acudimos a establecernos aquí. Ahora vivimos en el molino, el del comerciante. Nos ganamos bien el sustento. La vida nos sonríe..., pero no volví a tener hijos. ¿Qué hubiese hecho sin estos angelitos? ¡Estaría tan sola! ¿Cómo podría no quererlas? ¡Son mi único tesoro, mi única posesión!

La mujer estrechó contra su pecho a las niñas, cubrió a la cojita de besos y se enjugó los ojos inundados de lágrimas.

—«Se puede vivir sin padre ni madre, pero no sin Dios», como dice un proverbio ruso.

Tras hablar de esa manera, la mujer se despidió. Semión y su esposa la acompañaron a la puerta. Cuando volvieron, se encontraron a Mijaíl inmóvil, con los brazos cruzados, los ojos fijos en lo alto y una sonrisa en sus labios.

## 10

—¿Qué estás haciendo, Mijaíl? —preguntó el zapatero mientras se acercaba.

El chico se levantó y, tras quitarse el mandil e inclinarse ante los dueños de la casa, dijo:

—Perdón, mis amados bienhechores. Dios me ha perdonado. Perdonadme también vosotros.

Entonces el zapatero y su mujer vieron como una luz resplandeciente irradiaba del propio Mijaíl.

—Veo que tú no eres un hombre como el resto —le dijo Semión inclinándose ante él—. No tengo derecho a preguntarte ni a retenerte a mi lado. Pero te suplico que me digas algo. ¿Por qué te encontrabas tan sombrío, tan atemorizado, cuando te encontré y te traje a mi hogar? ¿Por qué te calmaste cuando Matriona te ofreció la comida? En ese momento sonreíste y te tranquilizaste. Luego, cuando llegó aquel señor a encargar las botas, sonreíste una segunda vez y te serenaste aún más. Y ahora que ha venido esa mujer con sus niñas, has vuelto a sonreír y resplandecer. Dime Mijaíl, ¿por qué esa luz irradia de ti y por qué has sonreído tres veces?

—Mi cuerpo resplandece porque he expiado mi culpa —respondió Mijaíl—. Dios me había castigado y me perdona ahora. Sonreí en tres ocasiones porque debía conocer tres palabras divinas. Conocí la primera cuando tu esposa se compadeció de mi desnudez y miseria. Sonreí entonces por primera vez. Cuando aquel señor vino a encargar las botas, sonreí una segunda vez porque entonces se me reveló la segunda palabra. Y ahora, al ver a esas niñas, me he enterado de la tercera y he vuelto a sonreír de nuevo.

—Dinos por qué Dios te había castigado y qué palabras son las que debías conocer, para que nosotros también las sepamos —le suplicó Semión.

—El Señor me castigó por ser desobediente. Yo antes era un ángel del cielo y le desobedecí. El Señor me envió a la Tierra a buscar un alma, el alma de una mujer. Descendí a la tierra y vi a una mujer enferma que yacía en su cama. Acababa de parir dos niñas. Las dos pequeñas lloraban al lado de su madre, que estaba demasiado débil para amamantarlas. Cuando me vio, la mujer se dio cuenta de que Dios reclamaba su alma. Entonces comenzó a llorar y me suplicó: «Ángel de Dios, mi esposo murió hace tres días porque un árbol le cayó encima mientras trabajaba en el bosque. No tengo ni madre ni hermanas, ni ningún familiar. Mis hijitas solo me tienen a mí. No te lles mi alma desdichada. Permíteme que pueda

criar a mis hijitas; déjame que las vea crecer. Estas niñas no pueden criarse sin una madre...».

Me apiadé de aquella mujer y la obedecí. Puse a una de las niñas junto a su seno y a la otra entre sus brazos. Subí al cielo, y cuando pude estar en presencia del Señor, le dije: «No te he podido traer el alma de la mujer que acaba de dar a luz. El padre de las niñas ha muerto. Esa mujer tiene dos mellizas y me ha suplicado que le permitiese vivir el tiempo necesario para criarlas. No podrán vivir sin su padre y sin su madre. No he sido capaz de traer su alma».

«Ve a buscar el alma de esa madre», me ordenó el Señor. «Un día llegarás a conocer tres palabras divinas. Entonces conocerás lo que hay en los hombres, lo que no les es dado y aquello que los mueve. Cuando conozcas esas tres palabras regresarás al cielo».

Bajé a la tierra y me tuve que llevar el alma de aquella desgraciada mujer. Las niñas se desprendieron de ella, su cadáver cayó hacia la izquierda y le magulló el pie a una de ellas. Cuando sobrevolaba la aldea llevándome el alma de aquella mujer, un torbellino me sorprendió, sentí que un gran peso me doblaba las alas y mientras su alma ascendía al cielo, yo caí en la tierra y me quedé tendido junto a un camino, ya sin fuerzas.

## 11

El zapatero y su esposa entonces comprendieron quién era aquel desconocido al que habían dado de comer y acogido en su hogar. Se pusieron a llorar de alegría y de emoción.

—Me encontraba solo en el camino. Solo y desnudo. Hasta el momento no había conocido miseria humana alguna, ni el frío ni el hambre. Pero me acababa de transformar en un hombre y sentí hambre y frío e ignoraba qué debía hacer. Vi entonces una iglesia consagrada a Dios y quise refugiarme en ella, pero su puerta estaba cerrada. Me senté en el umbral para refugiarme del viento. La noche se acercaba. Padecía mucho por el hambre y temblaba de pies a cabeza por el frío. Todo el cuerpo me dolía. De repente oí unos pasos por el camino. Llegaba un hombre con unas botas en la mano. Estaba hablando solo. Era la primera vez que yo veía el rostro de un hombre mortal desde que yo también era hombre, y aquella cara me llenó de terror. Volví la cabeza. Oí como decía: «¿Cómo podré alimentar a mi mujer y a mis hijos? ¿Cómo proteger en invierno del frío nuestros miembros ateridos? Y pensé: «Perezco de frío y hambre y aquí está este hombre que tan solo piensa en sus necesidades. Pasa junto a mí y no se le ocurre ayudarme». El hombre me vio y, frunciendo el entrecejo, adoptó una terrible expresión y pasó de largo... Me sentí desesperado. De repente oí que regresaba. Lo miré y no me parecía el mismo. La muerte estaba antes reflejada en su rostro, y ahora tenía una faz reluciente y en ella descubrí la imagen de Dios. Se me acercó y, tras vestirme, me cogió de la mano para llevarme a su casa. Su mujer se encontraba en el umbral de la puerta y empezó a hablar. Era mucho peor que el hombre. Sus labios emitieron un hálito mortal que me privó de respiración... Me sentí desfallecer. Aquella mujer pretendía echarme al frío de nuevo, a la muerte y a la agonía. Comprendí que si lo conseguía, ella también moriría. Pero su marido de repente le habló de Dios. Y a continuación la mujer se transformó. Me dio de comer y, como me observaba, alcé mis ojos para mirarla; la muerte se había transformado en un ser vivo y reconocí el rostro de Dios. Entonces recordé las palabras del Señor: «Sabrás lo que hay en los hombres», y me di cuenta de que lo que hay en los hombres es amor. Por mi dicha con la revelación de una de las tres palabras divinas, sonreí por primera vez. Pero aún no había conseguido enterarme

de todas; aún no sabía lo que nos es dado a los hombres ni aquello que los hace vivir.

Pasé todo un año a vuestro lado. Aquel señor vino a encargar unas botas que durasen todo un año sin romperse ni deformarse. Lo miré y a su lado pude ver a uno de mis compañeros: el ángel de la muerte. Nadie pudo verlo salvo yo. Lo conocía bien y me constaba que, antes de ponerse el sol, se llevaría su alma. Pensé:

«Ese hombre se provee para un año, pues ignora que va a fallecer antes de la noche». Fue entonces cuando me percaté de la segunda palabra de Dios: «Sabrás lo que no es dado a los hombres».

Ya sabía lo que hay en los hombres y en aquel mismo momento me enteré de lo que no les es dado: no saben lo que necesitan realmente. Y sonreí una segunda ocasión.

Pero aún ignoraba lo que mueve a los hombres. Y he vivido a vuestro lado esperando día a día la revelación del Señor, la tercera palabra divina. Seis años después vino la mujer de las mellizas. Entonces las reconocí y supe cómo habían sobrevivido. Pensé: «La madre me suplicó que no me llevara su alma, preocupada por las niñas, y yo la obedecí pensando que esas huérfanas se morirían de hambre. Pero una persona extraña las recogió y las mantiene».

Cuando esa mujer lloró enternecida, acariciando a aquellas niñas que había recogido, vi la imagen de Dios en ella. Y así comprendí lo que mueve a los hombres. Comprendí entonces que el Señor acababa de revelarme la tercera palabra y que así me concedía su perdón. Y sonreí una tercera ocasión.

## 12

El ángel se despojó de su terrena envoltura y se llenó de luz. Ojo humano alguno era capaz de soportar su esplendor. Elevando una voz que no parecía salir de él, sino del cielo, aquel ángel pronunció las siguientes palabras:

—Comprendí que el hombre no vive de sus propias necesidades. Vive por el amor.

»No le fue dado a una madre saber lo que haría vivir a sus hijos; al señor no le fue dado saber lo que necesitaba; a ningún ser humano le es dado saber si vivirá y si le harán falta unas botas por la noche o si fallecerá y necesitará unas sandalias.

»En lo referente a mí, cuando bajé a la tierra convertido en un hombre, no seguí viviendo para cuidar mi cuerpo, sino porque hubo amor en un hombre y una mujer. Se compadecieron de mí y me amaron. Esas dos huerfanitas no subsistieron porque se pensara en ellas, sino porque una mujer tenía el corazón lleno de amor. Los hombres no viven porque se preocupen de sí mismos, sino porque en su corazón hay amor.

»Antes ya conocía que Dios era quien daba la vida a los hombres y que quería que viviesen. Pero ahora sé que no quiere que vivan solos, y por ello oculta a cada cual lo que les hace falta. Pretende que cada uno viva para los demás y le revela tanto lo que es útil para él como para sus semejantes. Así comprendí que los hombres, que creen que viven gracias a sus propios cuidados, viven en realidad solo por el amor. Aquel que vive en el amor vive en Dios y Dios también vive en él, ya que Dios es amor.

Entonces el ángel cantó alabanzas al Señor y la casa se estremeció; el techo se abrió y una columna de fuego se elevó desde la tierra al cielo.

El zapatero, su mujer y sus hijos se arrodillaron. El ángel subió al cielo batiendo sus alas.

Cuando Semión volvió en sí, la casa había recobrado su aspecto habitual y tan solo

quedaban en ella él y los suyos.



# EL PRISIONERO DEL CÁUCASO

## 1

Un oficial de nombre Jilin estaba destinado en el Cáucaso. Cierta día recibió una carta de su casa. Su anciana madre le decía:

*Querido hijo, he envejecido mucho últimamente y me gustaría volver a verte antes de morir. Ven para despedirte de mí. Tras mi muerte, podrás volver al servicio. Te he buscado una novia; es una chica buena e inteligente y posee una dote. Si te gusta, puedes casarte con ella y quedarte para siempre aquí.*

Jilin empezó a pensar: «Así es, mi madre ya es muy mayor. Tal vez no encuentre otra ocasión para poder verla. Lo mejor es que vaya ahora. Además, si me satisface esa novia que me ha encontrado, me casaré con ella».

Fue a ver a su coronel para pedirle un permiso. Se despidió de sus compañeros, invitó a vodka a sus soldados y se preparó para partir.

En aquellos momentos había una guerra en el Cáucaso. No se podía transitar por los caminos ni de día ni de noche. Apenas un ruso se alejaba de la fortaleza, los tártaros lo mataban o se lo llevaban a las montañas prisionero.

Dos veces a la semana, los soldados que ejercían de guías escoltaban a la gente que hacía el trayecto de una fortaleza a otra.

Era verano. Por la madrugada se habían reunido algunos carros al abrigo de la fortaleza, y se pusieron en camino en cuanto llegaron los soldados. Jilin montaba a caballo, y sus cosas iban en uno de los carros que formaban el convoy.

Debían recorrer veinticinco verstas. El convoy avanzaba despacio; tan pronto se paraban los soldados como se rompía el eje de una de las ruedas o se detenía un caballo, y tenían que esperar.

Ya era mediodía y el convoy solo había recorrido la mitad del camino. Se levantaban columnas de polvo, hacía mucho calor y el sol abrasaba. No había lugar dónde refugiarse.

Atravesaban un camino en la estepa desierta, sin árboles ni arbustos.

Jilin se había adelantado y se detuvo para esperar el grueso del convoy. Oyó el sonido de la corneta; el convoy se volvía a parar. Y entonces pensó: «Estoy tentado de irme solo. Tengo un buen caballo. Si los tártaros me atacaran, podría huir. ¿O tal vez no deba hacerlo?».

Mientras tanto se le acercó, montado en su caballo, el oficial Kostylin, que llevaba un fusil.

—Vámonos los dos solos, Jilin. No puedo más. Tengo hambre y hace un calor insoportable. Mi camisa ya está empapada de sudor —dijo.

Era un hombre alto, grueso y estaba muy colorado.

—¿Está tu fusil cargado? —le preguntó Jilin tras pensar unos segundos.

—Sí.

—Bueno, pues vámonos entonces. Pero no debemos separarnos por ningún motivo.

Cabalaron a lo largo del camino. Mientras atravesaban la estepa, charlaban mirando a ambos lados. Cuando llegaron al extremo, el camino desembocó en un

desfiladero.

—Debemos subir a esa montaña para otear, no vayan a sorprendernos —dijo Jilin.

—¿Para qué? Sigamos adelante —le respondió Kostylin. Pero su compañero no estuvo de acuerdo.

—No, espérame aquí. Subiré un momento a otear.

Azuzando a su caballo, Jilin se encaminó hacia la izquierda de la montaña. El caballo que montaba era de raza —había pagado cien rublos por él cuando todavía era un potro y él mismo se había encargado de domarlo—. Condujo a la cumbre de la montaña a Jilin como si fuese sobre alas. Desde ese punto Jilin divisó a la distancia de una *desiatina* a unos treinta tártaros montados a caballo. Volvió grupas, pero los tártaros ya lo habían visto y se lanzaron tras él, sacando los fusiles de sus fundas. Jilin llegó hasta el pie de la montaña a galope tendido y le gritó a Kostylin:

—Prepara tu fusil.

Mientras tanto, Jilin se dirigió mentalmente a su caballo: «Amigo mío, sácame de este aprieto. Si tropiezas, estoy perdido. Si logro llegar hasta donde está Kostylin, no me rendiré».

Pero en vez de esperar a su compañero, al ver a los tártaros, Kostylin emprendió una veloz carrera hacia la fortaleza. Azotaba sin cesar los flancos de su caballo. Tan solo se podía ver la cola de este, que se agitaba en medio de una nube de polvo.

Jilin comprendió que la cosa era seria. Kostylin se había llevado el fusil y él no podía defenderse con su sable. Entonces espoleó el caballo para reunirse con los soldados. Pero entonces salieron media docena de tártaros para cortar el paso. El caballo de Jilin era bueno, pero los de los tártaros aún eran mejores y además sus jinetes cabalgaban con la intención de rodearlo. Quiso frenar su caballo y volver atrás, pero no le fue posible; se había desbocado y avanzaba en dirección a los tártaros. Uno de ellos, de barba roja, que montaba sobre un corcel gris, iba hacia él lanzando gritos de guerra, rechinando los dientes y con su fusil en la mano.

«Conozco bien a esos demonios; si me cogen me meterán en un calabozo y me azotarán. No debo rendirme con vida...», pensó Jilin.

No era corpulento, pero sí muy audaz. Desenvainó su sable y fue a caballo en dirección al tártaro de la barba roja. «Lo aplastaré bajo los cascos de mi montura o lo atravesaré con mi sable», pensó.

Pero antes de recorrer diez pasos, los tártaros dispararon desde atrás e hirieron a su caballo, que se desplomó de golpe, aplastando una de las piernas de Jilin.

Cuando quiso levantarse, dos apestosos tártaros habían llegado ya y, agarrándolo por los brazos, se los torcieron a su espalda. Jilin se soltó, pero de inmediato otros tres que acababan de descabalar le golpearon en la cabeza con la culata de sus fusiles. La vista se le nubló y se mareó. Tras atarle las manos a la espalda lo arrastraron hasta sus monturas. Le quitaron el gorro, las botas, el dinero y el reloj, y le rompieron el uniforme. Jilin giró la cabeza. Su pobre montura se había tendido sobre un costado, tal y como había caído, y agitaba sus patas sin poder incorporarse. De su cabeza manaba un manantial de sangre que cubrió aquel polvoriento lugar formando una mancha enorme.

Uno de aquellos tártaros se acercó al caballo para quitarle la silla. Como seguía pataleando, desenvainó su cuchillo y lo degolló. El caballo emitió un sonido gutural y, tras estremecerse, dejó esta vida.

Los tártaros se llevaron la silla y los arreos. El de la barba roja montó; colocaron a Jilin en la grupa de su montura, atándolo mediante una correa a la cintura de aquel tártaro, y

emprendieron la marcha hacia las montañas.

Jilin iba sentado detrás del tártaro, y cada vez que daban un tumbo, restregaba su rostro contra su apestosa espalda. Lo único que era capaz de ver era aquella espalda robusta, el cuello surcado por las venas y la nuca afeitada de aquel jinete. Jilin tenía una herida en la cabeza y la sangre coagulada en la frente, pero le resultaba imposible colocarse en una postura más cómoda y no podía secarse la sangre. Tenía tan fuertemente atados los brazos a la espalda que hasta las clavículas le dolían.

Cabalgaron mucho tiempo, hasta llegar a las montañas. Vadearon un río, desembocaron en un camino y se internaron en un desfiladero.

Jilin hubiese deseado ver el camino que seguían, pero tenía los ojos llenos de sangre y no podía volver la cabeza.

Comenzaba a hacerse de noche. Vadearon un río más y emprendieron el ascenso hacia una pedregosa montaña. Se percibía un olor a humo y se escucharon ladridos. Tiempo después llegaron a una aldea y los tártaros se apearon de los caballos; un grupo de niños rodeó a Jilin y, mientras lanzaban alegres gritos, comenzaron a arrojarle piedras.

Uno de los tártaros disolvió a la chiquillería y, tras bajar a Jilin del caballo, llamó a uno de los sirvientes. Se trataba de un nogái[8]. Poseía unos pómulos salientes y una camisa destrozada que dejaba su pecho al descubierto. El tártaro pronunció unas palabras y, poco después, el sirviente trajo unos grilletes. Tras desatar a Jilin, le ajustaron los grilletes y se lo llevaron a una cuadra, donde lo metieron a la fuerza y lo encerraron con llave. Jilin cayó sobre un montón de estiércol.

Permaneció durante un rato en la misma postura en que cayó y luego, a tientas, buscó en medio de la oscuridad un lugar más blando para tenderse.

## 2

Se pasó casi toda la noche sin pegar ojo. Las noches eran cortas en esa época. Cuando advirtió a través de una rendija que empezaba a amanecer, se levantó y, tras agrandarla un poco, empezó a mirar al exterior.

Por aquella rendija pudo ver el camino que descendía desde la montaña. A su derecha había una chocita tártara y dos árboles junto a ella. En el umbral estaba echado un perro negro y una cabra deambulaba alrededor con sus cabritillos. Una joven tártara vestida con una blusa de color, pantalones y botas, llevaba sobre su cabeza, cubierta con un pañuelo, un cántaro metálico repleto de agua. Se mecía mientras andaba y, de vez en cuando, se inclinaba hacia un chiquillo con la cabeza rapada, vestido solo con una camisita, al que llevaba cogido de la mano.

La chica entró en la choza y, al poco tiempo, de allí salió el tártaro de la barba roja del día anterior, con un blusón de seda, un puñal de plata en el cinturón y unas babuchas en sus pies desnudos. Se cubría con un gorro alto, de piel de cordero negra y echado hacia atrás. Se desperezó acariciándose la barba. Tras un ratito dijo unas palabras al sirviente que allí se encontraba, y se fue.

Luego, dos chicos montados a caballo fueron hacia el abrevadero. Sus caballos tenían los hocicos mojados. Varios chiquillos con las cabezas rapadas y que solo vestían con una camisita, se agruparon junto a la cuadra entreteniéndose mientras metían unas ramitas secas por la rendija. Jilin les gritó. Asustados, los chicos echaron a correr mientras chillaban, y Jilin no pudo ver más que sus desnudas piernecitas.

Jilin estaba sediento y sentía la garganta totalmente reseca. «Si al menos alguien viniese a verme...», se dijo. De repente oyó cómo abrían la puerta de la cuadra. Era el tártaro de la barba roja, acompañado de otro algo más bajito, moreno, de ojos radiantes negros, buen color y una pequeña barba. Su sonriente rostro emanaba alegría. Iba vestido mejor que su compañero. Llevaba un blusón de seda azul con bordados, un enorme puñal de plata al cinto, y calzaba unas babuchas de piel rojiza bordadas en plata. Sobre ellas llevaba otras babuchas de una piel más gruesa. Iba cubierto con un gorro alto de piel de cordero blanca.

Al entrar, el tártaro de la barba roja dijo unas palabras como regañando, se apoyó en el quicio de la puerta y, mientras jugaba con el puñal, lanzó de reojo a Jilin una mirada de lobo. Mientras, el moreno —un hombre de rápidos y toscos movimientos que parecía andar sobre unos resortes— se acercó a Jilin y, de cuclillas, le dio unas palmaditas en el hombro. Dejando sus dientes al descubierto, empezó a balbucear algo en su idioma. Guiñaba los ojos, chascaba su lengua y repetía: «Ruso bueno, ruso bueno».

Jilin no le entendió.

—Beber, dadme agua —dijo.

—Ruso bueno —repitió el tártaro mientras reía, y continuó luego hablando en su propia lengua.

Jilin hizo unas señas con los labios y las manos para pedir algo de beber. El tártaro moreno lo comprendió, se puso a reír y, asomándose a la puerta, gritó:

—¡Dina!

—Acudió corriendo una chica delgada, de unos trece años, muy parecida al tártaro moreno. Parecía su hija. Tenía también los ojos negros y radiantes, y era muy guapa. Llevaba una blusa azul y suelta, de anchas mangas, con unos lazos rojos en el escote, las bocamangas y el bajo, pantalones y, sobre las babuchas, otras babuchas más de tacón alto. En el cuello llevaba un collar de monedas rusas. Estaba descubierta y, del extremo de una negra trenza, le colgaba una cinta con plaquitas metálicas y un rublo de plata.

El tártaro pronunció unas palabras y la chica salió corriendo para regresar con una jarra metálica. Se la ofreció a Jilin y se sentó en cuclillas, tan encorvada que sus hombros quedaron por debajo de sus rodillas. Observó a Jilin mientras bebía como si estuviese contemplando a una fiera.

Cuando Jilin le devolvió la jarrita, la chica saltó hacia atrás, como si fuera una cabra montesa. Hasta su padre se echó a reír. Después dijo algo y la muchacha se marchó con la jarra. Volvió tras un rato con un pan sin levadura en una tablita redondeada, y se sentó en cuclillas a mirar a Jilin, igual que había hecho antes.

Al cabo de un rato se fueron los tártaros cerrando la puerta con llave. Poco después llegó el criado y le dijo a Jilin:

—¡Aida, amo Aida!

El tampoco sabía hablar ruso. Jilin entendió que lo invitaba a ir a algún sitio.

Siguió al sirviente. Cojeaba por los grilletes. Al salir pudo ver una aldea tártara de unas diez casas y una mezquita con su alminar. En la entrada de una de las casas había tres caballos ensillados que unos chicos sujetaban por las bridas. El tártaro moreno salió a la puerta de la casa e hizo señas para que condujesen allí a Jilin. Sin parar de reír y hablar en su idioma, volvió a entrar. El sirviente llevó a Jilin al interior de la casa. Estaba muy bien acondicionado con las paredes, muy lisas, recubiertas de arcilla. En la del fondo había unos cojines multicolores y en las de los lados colgaban tapices valiosos, fusiles, pistolas y sables en vainas de plata sobre ellos. Una de las paredes tenía una estufa muy bajita, a ras

de suelo, que estaba tan liso como una era. En el rincón del fondo había unas alfombras de fieltro y, sobre ellas, tapices y cojines. Allí, reclinándose en unos cojines, estaban sentados varios tártaros que calzaban babuchas. Eran el moreno, el de la barba roja y otros tres invitados más. Ante sí tenían una tablita redonda llena de tortas, un tazón con mantequilla derretida y una jarra de cerveza tártara. Comían con las manos, por las que la grasa les chorreaba.

El tártaro moreno se puso en pie de un salto y ordenó que sentaran a un lado a Jilin en el suelo raso, no en la alfombra. Volvió a su sitio y continuó obsequiando a sus invitados con tortas y cerveza. Después de ordenar a Jilin que se sentara, el sirviente se sacudió las babuchas, las colocó al lado de otras que estaban junto a la puerta y tomó su asiento en la alfombra de fieltro, cerca de su amo. Se le caía la baba mientras lo veía comer.

Cuando terminaron, entró una mujer con una blusa igual que la de la muchacha, pantalones y un pañuelo en la cabeza. Se llevó el tazón y las tortas para traer una cubeta y una jarra de cuello estrecho llena de agua. Los tártaros se lavaron las manos, se pusieron en cuclillas y leyeron unas plegarias. Después conversaron en su lengua y, al final, uno de los invitados se volvió hacia Jilin y en ruso le dijo:

—Kasi-Mohamed —dijo el de la barba roja— te ha hecho prisionero y te ha entregado a Abdul-Murat —señalando al moreno— y este último ahora es tu dueño.

Jilin guardó silencio. Abdul-Murat se echó a reír y señalando a Jilin, le repitió:

—Soldado ruso, ruso bueno.

—Abdul-Murat te ordena que escribas una carta a tu hogar para que envíen el dinero del rescate. En cuanto lo recibamos, te pondré en libertad —dijo un intérprete.

—¿Cuánto dinero? —preguntó Jilin tras reflexionar unos segundos.

Los tártaros hablaron entre sí y el intérprete tradujo:

—Tres mil monedas.

—No pueden pagar tal cantidad —dijo Jilin.

Abdul-Murat se levantó de un salto y, entre gestos, dijo a Jilin unas palabras figurándose que las entendía. El intérprete tradujo:

—¿Qué cantidad puedes ofrecerle?

—Quinientos rublos —contestó Jilin tras pensárselo.

Los tártaros comenzaron a hablar a toda prisa, todos a la vez. Dirigiéndose al de la barba roja, Abdul gritaba tan excitado que salpicó con saliva a su interlocutor. Este frunció sus cejas y chasqueó la lengua.

—El amo asegura que quinientos rublos no son suficientes —explicó el intérprete cuando todos hubieron callado—. Acaba de pagar doscientos por ti. Te han entregado como parte de una deuda. No te pondrá en libertad por menos de tres mil rublos. Si te niegas a escribir esa carta, te encerrarán y te azotarán.

«Si me dejo intimidar ante ellos la cosa empeorará», pensó Jilin, y poniéndose de un salto en pie, exclamó:

—Dile a ese perro que si me quiere asustar no escribiré a mi casa ni le daré un solo kópek. No os he temido nunca y no pienso hacerlo ahora, ¡perros!

Cuando el intérprete tradujo aquello los tártaros comenzaron a hablar todos a la vez. Tras una larga discusión, el tártaro moreno se acercó a Jilin y le dijo:

—Ruso *djiguit*, ruso *djiguit*.

Esa palabra significa «valiente» en tártaro. El tártaro moreno se volvió a echar a reír y dijo unas palabras en su lengua que el intérprete tradujo:

—Que sean mil rublos.

—No pienso dar más de quinientos. Y si me matáis, os quedaréis sin nada —respondió Jilin manteniéndose firme.

Los tártaros platicaron entre sí y mandaron después al sirviente a alguna parte.

Mientras esperaban, dirigían miradas a la puerta o a Jilin. El sirviente regresó, seguido de un tipo alto y grueso que iba descalzo y vestido con harapos.

Llevaba también grilletes.

Jilin dejó escapar un «¡ah!» al reconocer a Kostylin. También había sido capturado. Colocaron a ambos prisioneros juntos y permanecieron mirándolos en silencio. Jilin contó lo que le había pasado; Kostylin dijo que su caballo se negó a seguir avanzando, que el fusil se le había encasquillado y que Abdul lo había hecho prisionero.

Este se puso en pie y dijo algo mientras señalaba a Kostylin. El intérprete explicó que ambos pertenecían ahora al mismo dueño, y que el que primero le diera el dinero del rescate obtendría antes su libertad.

Tú tienes mal genio; por el contrario, tu compañero está tranquilo y ya ha escrito una carta a su casa para que le manden cinco mil monedas. Ahora le daremos buenos alimentos y lo trataremos bien.

—Mi compañero puede hacer lo que le venga en gana. Puede que sea rico. Yo no —respondió Jilin—. Mantendré mi palabra. Podéis matarme si queréis, aunque no sacaréis con ello ningún provecho. No pienso pedir más de quinientos rublos.

Todos se mantuvieron callados por un rato. De repente, Abdul cogió un pequeño cofre y, sacando de él una pluma, un trozo de papel y un frasquito de tinta, dio a Jilin una palmada en el hombro y le hizo señas para que escribiera. Aceptaba sus quinientos rublos.

—Dile que nos dé buena comida, que nos vista y nos calce como es menester, que nos permita estar juntos para que estemos más a gusto, y que nos quite estos grilletes —le dijo al intérprete Jilin.

Tras pronunciar estas palabras, se quedó mirando al amo y se puso a reír. Este también rio, escuchó al intérprete y respondió:

—Les proporcionaré las mejores ropas y unas buenas botas como si fueran a contraer matrimonio. Los alimentaré como a príncipes. Pueden vivir juntos en la cuadra si quieren. Pero no les podemos quitar esos grilletes porque entonces se escaparían. Se los quitaremos de noche. —Y acercándose a Jilin le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo—: Si tú bueno, yo bueno también.

Jilin escribió la carta, pero puso mal las señas para que no llegara a su destino. «Me escaparé», pensaba.

Llevaron a la cuadra a los prisioneros, les pusieron hojas de maíz secas, les dieron agua en una jarra, pan, dos chaquetas y dos pares de botas usadas. Sin duda se las habían quitado a soldados muertos. De noche les quitaron los grilletes y cerraron con llave la puerta de la cuadra.

### 3

Jilin y su acompañante vivieron así durante un mes. El amo no paraba de reírse.

—Tú, bueno, Iván. Yo, Abdul, bueno.

Los alimentaban tan solo con pan de harina de mijo, sin levadura, cocido como si fueran tortas y, en ocasiones, con la masa sin cocer.

Kostylin volvió a escribir a su casa. Esperaba con gran impaciencia recibir el dinero

y se encontraba muy triste. Se pasaba el día entero sentado en la cuadra contando el tiempo que faltaba para recibir la contestación o, a veces, dormía. Por el contrario, Jilin sabía que su carta nunca llegaría y no volvió a escribir.

«¿De dónde sacaría mi madre tanto dinero para poder rescatarme? Vive tan solo con lo que yo le mando. Para reunir quinientos rublos se arruinaría hasta el fin de su existencia. Me lograré escapar con la ayuda de Dios», se decía.

Y tan solo podía pensar en la forma de huir.

Paseaba silbando por la aldea o permanecía sentado en cualquier rincón. Hacía labores manuales: modelaba muñecos de barro y trenzaba cestos de mimbre. Era un maestro en cualquier clase de tarea manual.

En cierta ocasión hizo un muñeco vestido con un blusón tártaro y lo colocó en el tejado de la cuadra. Cuando las mujeres iban por agua, la hijita del amo, que se llamaba Dinka, lo vio y llamó a sus amigas. Todas dejaron sus jarras en el suelo y contemplaron riendo el muñeco. Jilin lo bajó del tejado y se lo ofreció. No se atrevieron a cogerlo pese a que continuaban riendo. Jilin entonces lo dejó allí y se volvió a la cuadra para esperar a ver qué sucedía.

Dinka se acercó, miró a su alrededor y, tras agarrar el muñeco, se echó a correr.

A la mañana siguiente, Jilin pudo ver cómo Dinka salía de su casa con el muñeco en los brazos. Estaba adornado con cintas rojas y le estaba cantando una nana mientras lo mecía como a una criatura. La madre salió poco después, la riñó y, quitándole el muñeco, lo hizo trizas y la mandó al trabajo.

Jilin confeccionó otro muñeco aún mejor para entregárselo a Dinka. En cierta ocasión, ella le llevó una jarrita que dejó en el suelo. Se sentó después a su lado y, entre risas, miró a Jilin señalando la jarrita.

«¿Por qué se reirá de esa manera?», se preguntaba Jilin. Cogió la jarra y se puso a beber pensando que era agua, como de costumbre. Pero Dinka le había traído leche.

—Está muy buena— le dijo tras bebérsela.

La muchacha se puso muy contenta y, poniéndose de un salto de pie, comenzó a palmear.

—Bueno, Iván, bueno —dijo. Le quitó a Jilin la jarra de las manos y salió corriendo.

Desde aquel día Dinka le traía a diario una jarrita de leche a escondidas. Los tártaros suelen elaborar un queso de leche de cabra, que secan sobre los tejados de las casas. La niña cogió la costumbre de llevarle también a Jilin un queso de esos de vez en cuando. Una vez en que el amo acababa de degollar un cordero, Dinka ocultó un trocito en una de sus mangas y se lo entregó al prisionero. Tenía la costumbre de dejarle las cosas que le traía y ponerse después a correr de inmediato.

Un día se produjo una fuerte tormenta y, durante una hora, llovió a cántaros. Los riachuelos se desbordaron. En los vados el agua subió más de dos metros y la corriente arrastró piedras enormes. Los arroyos discurrían por todas partes. Los truenos retumbaban entre los montes. Tras amainar la tormenta, por la aldea quedaron varios arroyos. Después de insistir mucho, Jilin consiguió que su amo le proporcionase un cuchillo. Construyó un mecanismo con unas tablitas, con un eje y una rueda, y con unos trocitos de tela que le habían proporcionado las niñas, logró vestir a dos muñecos —hombre y mujer— que aseguró a ambos lados de la rueda. Puso el mecanismo en un arroyo. La corriente provocó el giro de la rueda, con lo que los muñecos comenzaron a dar saltos. Toda la aldea fue a contemplarlo: niños, mujeres y hasta hombres. Todos chascaban sus lenguas y decían:

—¡Menudo ruso! ¡Menudo ruso!

Abdul poseía un reloj estropeado. Llamó a Jilin y, tras mostrárselo, chascó su lengua.

—Déjame. Puedo arreglarlo —dijo Jilin.

Cogió el reloj, lo desmontó con el cuchillo y, tras repararlo, se lo devolvió al tártaro. Andaba igual que antes. Abdul, loco de alegría, le regaló a Jilin una vieja y destrozada casaca. Jilin la aceptó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al menos se taparía con ella por las noches.

Desde aquel momento, Jilin se hizo fama de buen artesano. Empezaron a llegar gentes de aldeas cercanas, trayéndole pistolas, fusiles y relojes, para que los arreglara. El amo le proporcionó todo tipo de herramientas.

Cierta día, el tártaro cayó enfermo y llamaron a Jilin para que lo curara. No tenía ni la más remota idea de lo que debía hacer. Lo examinó y se dijo: «Puede que se cure solo». Regresó a la cuadra y cogió algo de agua mezclada con arena. Así, en presencia de los tártaros, pronunció unas palabras ante la jarra de agua para entregársela a Abdul y que bebiera. Por fortuna para él, Abdul se curó.

Jilin comenzaba a entender la lengua tártara. Algunos se fueron acostumbrando a él. Cuando era necesario, solían gritar: «¡Iván, Iván!» Pero otros lo miraban de reojo como si fuera una fiera.

Al tártaro de la barba roja no le gustaba Jilin. Fruncía el ceño en cuanto se lo encontraba y le volvía la mirada, o lo llenaba de insultos.

Había un viejecito que vivía al pie de la montaña y solía visitar la aldea. Jilin tan solo lo veía cuando iba a rezar a la mezquita. Era bajito de estatura y llevaba una toalla en forma de turbante sobre su gorro. Poseía una barba y bigotes blancos y cortos como el plumón, la tez de color ladrillo y surcada por las arrugas, la nariz ganchuda como la de un buitre, unos ojos grises con expresión cruel y la boca desdentada, que dejaba asomar dos colmillos. Andaba apoyado en un bastón y miraba a su alrededor como si fuera un lobo. En cuanto veía a Jilin, comenzaba a lanzar gruñidos y le volvía la mirada.

En una ocasión Jilin se encaminó al pie de la montaña para ver dónde vivía el viejo. Al final de un sendero, vio un jardín cercado por una tapia lleno de cerezos y melocotoneros y, en medio de todos ellos, una chocita con el tejado plano. Jilin se acercó y observó unas colmenas de paja a cuyo alrededor revoloteaban y zumbaban enjambres de abejas. El viejo se encontraba de rodillas ante una de las colmenas. Mientras se subía a la tapia para poder ver mejor, Jilin hizo ruido con sus grilletes. El viejo se percató, lanzó un grito, sacó la pistola que llevaba en el cinto, y disparó a quemarropa. Jilin tan solo pudo ocultarse detrás de una de las piedras.

El viejo fue a dar las quejas al amo de Jilin. Abdul lo llamó y le preguntó sonriendo:

—¿Para que fuiste a casa del viejo?

—No quería hacerle daño alguno. Solo quería ver cómo vivía.

El amo tradujo al viejo las palabras de Jilin, y este, encolerizado, dijo algo, dejando ver sus colmillos. Jilin no lo comprendió todo, pero pudo deducir que exigía que Abdul matara a los rusos en lugar de tenerlos en la aldea. Cuando el viejo se fue, Jilin le preguntó al amo quién era aquel sujeto.

—¡Se trata de un hombre importante! —exclamó el amo—. Fue el primer *djiguit* del lugar. Ha matado a muchos rusos. En su época fue muy rico: tuvo tres mujeres y ocho hijos. Todos vivían en la misma aldea. Llegaron los rusos, destruyeron su aldea, y mataron a siete de sus ocho hijos. El que sobrevivió se entregó a los rusos y el viejo hizo lo mismo. Vivió



entre ellos tres meses y, cuando encontró a su hijo, lo mató y consiguió huir. Desde entonces no ha vuelto a pelear y ha marchado a orar a la Meca; por eso lleva el turbante. No le gustan los rusos. Me ha exigido que te mate, pero no puedo hacerlo, porque ya he pagado dinero por ti y, además, porque te tengo afecto. No soy capaz de matarte y ni siquiera te proporcionaría la libertad si no hubiese empeñado mi palabra en hacerlo —concluyó riendo. Después añadió en ruso—: Tú, Iván, bueno, y yo, Abdul, también bueno.

#### 4

Jilin vivió de esa manera durante un mes. De día paseaba por la aldea o hacía labores manuales, pero en cuanto llegaba la noche y se recogían los aldeanos, se ponía a cavar un agujero en la cuadra. Le costaba mucho esfuerzo hacerlo porque estaba lleno de piedras que debía cortar con una sierra. Al final consiguió hacer un agujero debajo del muro lo suficientemente grande para poder salir por él. «Necesito examinar muy bien el lugar para ver la dirección que debo tomar. Porque no me la dirá ningún tártaro», pensó.

Para hacerlo eligió un día en que el amo había salido de viaje. Tras comer, salió de la aldea con la intención de subir a una montaña. Desde su cumbre quería observar los alrededores. Pero el amo, al marcharse, había dado la orden a su hijo de que siguiera a Jilin sin perderlo de vista un solo segundo. El chico corrió tras Jilin y le gritó:

—¡No te vayas! Papá me ha ordenado que no salgas de aquí. Si no me obedeces, llamaré a los de la aldea.

—No pienso ir muy lejos; tan solo pretendo subir a esa montaña para buscar unas hierbas que necesito para poder curar a los enfermos. Ven conmigo, no podré escaparme con los grilletes. Mañana te construiré un arco y unas flechas —terminó Jilin.

El chico aceptó y se marcharon juntos. Parecía, a simple vista, que la montaña estaba cerca, pero no fue fácil llegar a ella con los grilletes puestos. Jilin anduvo largo tiempo y apenas pudo llegar a la cumbre. Se sentó y empezó a estudiar el lugar. Hacia el sur, más allá de la cuadra, se divisaba un barranco donde pastaba una manada de caballos y, aún más allá, otra aldea. Al otro lado de la aldea se elevaba una montaña muy escarpada y, poco después, otra más. Entre las dos montañas se extendía un bosque y, a lo lejos, una cadena de montañas, más elevadas a medida que se alejaban, cubiertas todas de una nieve blanca como el azúcar. Entre todas las montañas nevadas sobresalía una. Por oriente y occidente también se divisaban montes y, por todos lados, columnas de humo provenientes de las aldeas localizadas en los valles. «Toda esa región debe ser de su propiedad», pensó Jilin. Y empezó a observar la parte de los rusos.

Había un riachuelo al pie de la montaña y una aldea toda rodeada de huertos. En las orillas del río las mujeres, que semejaban muñecos por la distancia, lavaban la ropa. Entre las dos últimas montañas discurría un valle en el que se distinguía, muy lejos, una columna de humo. Para poder orientarse, Jilin intentó recordar el sitio por el que salía el sol y dónde se ponía mientras vivía en la fortaleza. Y le pareció que la fortaleza estaba en aquel valle. Tenía que dirigirse hacia aquellas dos montañas.

El sol comenzó a declinar. Las montañas, cubiertas de la blanca nieve, se tiñeron de rojo. Los montes, ya oscuros, se ensombrecieron todavía más. El valle sobre el que se levantaba la columna de humo y aquel en el que debía estar la fortaleza rusa se iluminaron con los rayos del sol poniente. Jilin observó atentamente y divisó unas humaredas, lo cual confirmó sus suposiciones. Se hacía tarde. Se oyó la llamada del muecín. Los rebaños

empezaron a recogerse y se oía mugir a las vacas por todas partes. El chico insistió en que debían volver, pero Jilin no quería irse de allí.

Al regresar, Jilin pensó: «Ahora que ya conozco los alrededores, llegó el momento de escaparme». Estaba dispuesto a la fuga esa misma noche. Era una noche muy oscura, sin luna. Por desgracia, al anochecer volvieron los tártaros. Habitualmente volvían con ganado y muy contentos, pero en esta ocasión no habían capturado animal alguno y, en cambio, portaban un cadáver atado a una de las sillas: era el hermano del tártaro de la barba roja. Todos estaban muy excitados y se juntaron para enterrar el cadáver. Jilin salió para poder ver lo que hacían. Envolvieron al fallecido en un lienzo blanco y lo condujeron al extremo de la aldea, depositándolo en la hierba, al pie de unos plátanos. Llegó el muecín, los viejos se reunieron, se colocaron unas toallas sobre sus gorros a manera de turbante y, tras descalzarse, se sentaron ante el cadáver en cuclillas.

El muecín estaba al frente de todos ellos. Tras él había tres viejos con turbante y después un grupo de tártaros. Todos estuvieron en silencio con las cabezas inclinadas durante largo rato. De repente, el muecín levantó la cabeza para decir:

—Alá.

Tras pronunciar esta palabra, bajó la cabeza y todos se sumieron otra vez en un profundo silencio mientras permanecían inmóviles.

El muecín volvió a levantar la cabeza y dijo:

—Alá.

Todos repitieron «¡Alá!» y guardaron silencio de nuevo. Los tártaros estaban tan inmóviles como el cadáver. Tan solo se oía el rumor de las hojas que agitaba el viento. Después el muecín recitó una plegaria y todos se pusieron en pie. Levantaron el cadáver y se lo llevaron. Llegaron a un lugar donde había una fosa cavada como si fuera un subterráneo. Cogiendo por debajo de los brazos el cadáver, lo bajaron poco a poco a la fosa, donde lo colocaron sentado cruzándole las manos sobre el vientre. Un sirviente llevó cañas verdes para tapar la fosa con ellas, cubriéndola de tierra y colocando una piedra en la cabecera de la tumba. Tras apisonar bien la tierra, se sentaron todos ante la tumba y permanecieron en silencio durante mucho tiempo.

—¡Alá! ¡Alá! ¡Alá! —exclamaron por fin mientras se levantaban.

El tártaro de la barba roja repartió dinero entre los ancianos y, tras coger un látigo, se dio tres latigazos en la frente y se marchó a su casa.

A la mañana siguiente Jilin observó cómo el tártaro de la barba roja se marchaba con una yegua y, seguido de otros tres tártaros. Nada más salir de la aldea, el de la barba roja se quitó el casacón, se remangó la camisa dejando sus robustos brazos al aire y sacó un cuchillo, que afiló en una piedra de amolar. Los tártaros levantaron la cabeza a la yegua, el de la barba roja la degolló y, tras echarla al suelo, comenzó a desollarla y descuartizarla. Acudieron las mujeres y las niñas para lavar los intestinos y el vientre del animal. Después se llevaron la yegua ya descuartizada a la choza del tártaro de la barba roja, donde se reunieron todos los habitantes de la aldea para poder honrar la memoria del difunto.

Comieron la carne de la yegua y bebieron cerveza durante tres días. Ningún tártaro salió de la casa. Al cuarto día Jilin observó que se disponían a salir a la hora de comer. Ensillaron sus caballos, y una vez que todos ya estuvieron vestidos, unos diez hombres incluyendo al de la barba roja, emprendieron la marcha. El único que se quedó en la aldea fue Abdul. La luna estaba en cuarto creciente y las noches continuaban siendo oscuras.

«Necesito huir hoy», pensó Jim. Se lo dijo a su compañero.

Pero este tuvo miedo.

—¿Cómo podremos huir si no conocemos el camino?

—Lo conozco.

—Además, no lograremos llegar en una noche.

—Si no llegamos, acamparemos en el bosque. He reunido unos cuantos panes. ¿Qué lograrás quedándote? Si te mandan el dinero, perfecto. Pero, ¿y si no lo pueden reunir? Los tártaros están rabiosos porque los rusos han matado a uno de ellos. Se están poniendo de acuerdo entre todos para matarnos.

Tras reflexionar unos instantes, Kostylin aceptó.

—¡Vayámonos!

## 5

Jilin se introdujo en el agujero y cavando lo ensanchó un poco más para que Kostylin pudiese pasar. Luego se sentaron a esperar a que los habitantes de la aldea se fueran a dormir. En cuanto reinó el silencio, Jilín salió a la calle atravesando el subterráneo. «Ven ahora», susurró. Al meterse en el túnel Kostylin se tropezó con una piedra e hizo algo de ruido. El amo tenía un perro que vigilaba a los prisioneros. Se llamaba Uliashin y era bastante fiero. Jilín se había preocupado de darle comida antes. Al oír el ruido avanzó hacia la cuadra ladrando, seguido por otros perros. Jilín lanzó un leve sonido y le arrojó un pedazo de pan, movió el rabo y dejó de ladrar en cuanto lo reconoció.

El amo oyó cómo ladraba el perro y le gritó desde su choza:

—¡Calla, Uliashin, calla!

Mientras tanto, Jilin le rascaba detrás de las orejas. El can se calló y mientras se frotaba contra las piernas de Jilin siguió meneando el rabo.

Ambos amigos permanecieron sentados detrás de la cuadra durante un rato. Se hizo el silencio; solo se oían los balidos de los carneros y los arroyos al discurrir entre las piedras. Era una noche oscura. En lo más alto del firmamento se veían las estrellas. Por encima de la montaña remontaba una luna nueva, rojiza, con los cuernos hacia arriba. Los valles se encontraban cubiertos de una niebla tan blanca como la leche pura.

—Bien, amigo, *aida* —dijo Jilin a su acompañante mientras se levantaba.

Nada más alejarse unos pasos, oyeron al muecín que invocaba a Alá desde el alminar. Aquello quería decir que los tártaros se encaminaban a la mezquita. Ambos compañeros se sentaron otra vez, ocultos al pie de un muro. Permanecieron allí un buen rato, esperando a que la gente pasara. El silencio volvió a reinar otra vez.

—¡Bien, que Dios nos acompañe! —exclamó Jilin.

Se persignaron y después emprendieron el camino. Atravesaron un corral para poder llegar al río, lo vadearon y continuaron valle adelante. La niebla era densa y permanecía muy baja. El cielo estaba encapotado de estrellas. Jim se guiaba por ellas para tomar la dirección adecuada. Hacía fresquito, era fácil caminar y lo único negativo eran sus incómodas botas, ya desgastadas. Jilin se descalzó, se deshizo de las botas y prosiguió el camino. Saltaba de piedra en piedra sin dejar de observar las estrellas.

—Anda más despacio, estas malditas botas me han destrozado los pies.

—Quítatelas; caminarás más cómodo.

Kostylin comenzó a caminar descalzo, pero fue aún peor. Se lastimó los pies con las piedras y continuó quedándose atrás.

—Si te lastimas los pies, se te curarán. En cambio, si nos alcanzan, nos matarán

—dijo Jilin.

Kostylin no respondió y siguió adelante con muy mal humor. Avanzaron mucho tiempo por el valle. De repente, oyeron unos ladridos a su diestra. Jilin se detuvo. Miró a su alrededor y se subió a un alto ayudándose con las manos.

—¡Oh! Nos hemos equivocado. Hemos girado demasiado a la derecha. Aquí hay una aldea enemiga; la he podido ver desde allá arriba. Debemos retroceder a la izquierda, hasta aquel monte. Allí debe de haber un bosque.

—Espera un poco para que pueda recuperar el aliento. Tengo ensangrentados los pies —contestó Kostylin.

—¡Se te curarán! Salta con más agilidad. ¡Así, mira! Y Jilin echó a correr a su izquierda, en dirección al monte.

Kostylin se quedó atrás y comenzó a quejarse. Jilin le alentaba mientras seguía avanzando. Ya en la cumbre del monte confirmaron que, en efecto, había un bosque. Entrando en aquella espesura se desgarraron la ropa hasta que, al final, encontraron un pequeño sendero y lo siguieron.

De pronto escucharon los ruidos de los cascos de un caballo. Se detuvieron a escucharlo. El ruido cesó. En cuanto intentaron reemprender la marcha lo volvieron a oír. Se pararon por segunda vez y el ruido cesó otra vez. Entonces Jilin se acercó al camino con mucha cautela y pudo distinguir un bulto que se parecía a un caballo y, montado sobre él, una extraña figura que no parecía la de un hombre. Oyó como resoplaba. «¡Qué cosa tan rara!», se dijo y emitió un silbido muy leve. La figura se abalanzó bosque adentro, como un huracán, destrozando a su paso las ramas. Kostylin se desplomó aterrorizado.

—¡Es un ciervo! —exclamó Jilin entre risas—. ¿No oyes cómo destroza las ramas con sus cuernos? Nos asustamos de él y él de nosotros.

Reemprendieron el camino. Ya comenzaba a clarear; amanecería muy pronto, pero desconocían si caminaban por el buen camino. Jilin se figuraba que los tártaros lo habían traído por allí, y que faltaban unas diez verstas para llegar hasta los suyos. Pero no tenía ningún indicio para asegurárselo y, además, no podía orientarse de noche. Llegaron así a un prado.

—Puedes hacer lo que quieras, pero yo no sigo. Mis pies se niegan —dijo Kostylin sentándose.

Jilin intentó convencerlo.

—No; nunca llegaría. No puedo seguir caminando.

—Entonces me iré solo. Adiós —exclamó Jilin, enfadado, y llenó de reproches a su amigo.

Este se levantó y lo siguió. Recorrieron cuatro verstas más. La niebla ahora era más densa; ya no se podía distinguir nada y apenas se podían ver las estrellas en el cielo.

De repente, oyeron los cascos de un caballo que se les aproximaba. Se oía el golpear de las herraduras contra las piedras. Jilin se tiró boca abajo para escuchar la vibración de la tierra.

—En efecto; un jinete se nos acerca.

Abandonaron el camino y esperaron, escondidos tras unos arbustos. Luego Jilin se deslizó hasta el camino y pudo ver a un tártaro a caballo, que seguía a una vaca que tenía delante. Mascullaba algo a media voz. Cuando pasó de largo, Jilin regresó junto a su compañero.

Bueno, ya ha pasado, gracias a Dios. Levántate y marchémonos.

Kostylin lo intentó, pero se desplomó.

—No puedo. Te juro que no puedo. No me quedan fuerzas. Aquel hombre tan corpulento se encontraba completamente desfallecido, cubierto de sudor y con los pies llenos de llagas. Jilin intentó incorporarlo.

—¡Me haces daño! —gritó Kostylin.

Jilin se quedó petrificado.

—¡No grites más! El tártaro está cerca y puede oírte.

Mientras decía aquello pensaba que estaba realmente extenuado. «¿Qué puedo hacer con él? No puedo abandonar a un compañero».

—Levántate y monta en mi espalda. Te llevaré si no puedes andar.

Cargó a Kostylin a la espalda, lo agarró por las piernas y salió al camino.

—¡Pero, no me ahogues, por Dios! ¡No me aprietes tanto el cuello con las manos! Sujétate a mis hombros.

La carga de Jilin era demasiado pesada y también él tenía ensangrentados los pies. De vez en cuando se agachaba y acomodaba a Kostylin para que se mantuviera a mayor altura sobre la espalda, y después continuaba adelante.

Parece ser que el tártaro había oído cómo gritaba Kostylin, porque Jilin de repente oyó que alguien cabalgaba tras ellos, lanzando gritos en tártaro. Se ocultaron entre los arbustos. El tártaro disparó errando el tiro. Entonces gritó y volvió a alejarse.

—Estamos perdidos —exclamó Jilin—. Ese perro llamará y reunirá a los tártaros para que salgan a perseguirnos. Si no somos capaces de avanzar tres verstas más, estaremos perdidos.

Y al mismo tiempo pensó: «¿Para qué demonios habré cargado con este zoquete? Si estuviera solo, habría llegado hace mucho a mi destino».

—Márchate tú solo. No es justo que mueras por mi culpa —dijo Kostylin.

—No, no me voy. No puedo abandonar a un compañero.

Cargó otra vez a Kostylin a la espalda y recorrió una versta más. Avanzaba por el bosque sin poder ver una salida. La niebla comenzó a disiparse y unas pequeñas nubes cubrieron el suelo. Las estrellas ya no se podían ver. Jilin se encontraba extenuado. Llegó hasta un arroyo que estaba rodeado de piedras. Se detuvo y dejó a Kostylin.

Un momento. Voy a descansar un poco y a beber algo de agua. Luego comeremos un poco de pan. Ya debemos estar cerca.

Pero apenas se inclinó para beber, oyeron cómo unos caballos galopaban a sus espaldas. Corrieron de nuevo hacia la derecha y se ocultaron entre los matorrales. Oyeron las voces de los tártaros que se habían detenido junto al arroyo. Tras hablar un rato soltaron a los perros. Ambos compañeros oyeron unos crujidos entre la maleza. Un perro que Jilin no conocía iba directamente hacia ellos. Se detuvo y comenzó a ladrar.

Entonces unos tártaros desconocidos penetraron en la espesura y, agarrando a los fugitivos, los ataron y los subieron a sus caballos.

Tras recorrer unas tres verstas, Abdul les salió al encuentro, acompañado de otros dos tártaros. Habló un instante con los que habían capturado a sus prisioneros, mandó que los pusieran sobre sus monturas y regresaron así a la aldea.

Abdul ya no reía como antes y no intercambió una sola palabra con sus dos compañeros. Llegaron de madrugada a la aldea y dejaron a los prisioneros sentados en la calle. Los chiquillos empezaron a armar un gran alboroto, tirándoles piedras y golpeándolos con sus látigos.

Los tártaros se reunieron formando un círculo. También acudió el viejo que habitaba al pie de la montaña. Comenzaron a deliberar. Jilin se dio cuenta enseguida de que

estaban decidiendo qué harían con él y su compañero. Unos decían que era necesario llevarlos más lejos para internarlos en las montañas, pero el viejo exclamó:

—¡Hay que matarlos a todos!

—He pagado un dinero por ellos y debo cobrar el rescate —le replicó Abdul.

—No te van a pagar nada y solo te supondrán disgustos. Además, es un pecado alimentar a los rusos. Hay que matarlos y asunto concluido —insistió el anciano.

Cuando se dispersaron los tártaros, el amo se acercó a Jilin y le dijo:

—Si no recibo el importe del rescate antes de quince días, os azotaré. Y si se te ocurre intentar volver a huir, te mataré como si fueras un perro. Escribe una carta, pero escribe como es debido.

Le trajeron papel y ambos compañeros escribieron sus cartas. Les pusieron los grilletes y se los llevaron más allá de la mezquita. Allí había un hoyo de casi cuatro metros de profundidad. Metieron a los dos amigos dentro de aquel foso.

## 6

La existencia de los dos prisioneros se volvió muy penosa desde ese momento. Ni les quitaron los grilletes ni les dejaron salir a la luz del día. Les arrojaban la masa sin cocer, como a los perros, y les bajaban jarras de agua. En su interior el ambiente era pestilente, asfixiante y húmedo en extremo. Kostylin se puso enfermo. No paraba de quejarse y se quedaba dormido a ratos. Jilin también se desanimó, percatándose de que su situación era más grave y no era capaz de salir de ella.

Comenzó a cavar un túnel para huir, pero como no tenía dónde arrojar la tierra, el amo se percató y lo amenazó con matarlo.

Cierto día Jilin estaba en el foso sentado de cuclillas, pensando con tristeza en la vida en libertad, cuando de repente cayeron sobre sus rodillas dos tortas y algunas cervezas. Miró hacia arriba y vio a Dinka. Tras mirarlo un ratito, la chica se echó a reír y se marchó corriendo. «Quizá ella me ayude», se dijo Jilin. Limpió una superficie en el suelo, cogió algo de arcilla y modeló unos muñecos, caballos y perros. «Cuando llegue Dinka se los echaré», pensó.

Pero al día siguiente Dinka no fue. En su lugar, Jilin oyó el ruido de los cascos de unos caballos. Los tártaros se habían reunido junto a la mezquita y discutían entre gritos. Discutían acerca de los rusos. Jilin reconoció la voz del viejo. No pudo percatarse bien de lo que hablaban, y se figuró que los rusos habían llegado cerca, que los tártaros temían que entraran en la aldea y que no sabían qué hacer con los prisioneros.

Después de discutir un rato se dispersaron. De repente, Jilin oyó un ruido en la misma boca del hoyo. Vio a Dinka sentada en cuclillas con la cabeza metida entre las rodillas, y tan inclinada que su collar se balanceaba sobre el hoyo. Sus ojos brillaban como luceros. Sacó de su manga dos quesitos que arrojó a Jilin.

—¿Por qué no viniste en tanto tiempo? —le preguntó el prisionero, tras coger los quesos—. Te he hecho unos juguetes. Toma, aquí están —añadió arrojándole las figuras de barro de una en una.

—No los quiero —exclamó Dinka dándose la vuelta sin mirar los juguetes.

Permaneció sentada en silencio unos segundos y luego dijo—: Iván, quieren matarte.

Al pronunciar estas palabras, se llevó las manos al cuello.

—¿Quién quiere matarme?

—Mi padre. Se lo han ordenado los ancianos. Me das lástima.

—Si es verdad que tienes lástima de mí, tráeme un palo muy largo.

La niña sacudió la cabeza para decir que no podía hacerlo. Jilin cruzó sus manos en actitud de súplica.

—¡Dinka, por favor! ¡Dinka, tráeme el palo!

—No puedo, me verían. Todos están en casa.

Dinka se marchó. Una vez anochecido, Jilin se preguntó qué iba a pasar. Y miraba hacia arriba sin cesar. El cielo estaba lleno de estrellas, pero aún no había salido la luna. Se oyó la voz del muecín y todo quedó en silencio. Jilin comenzó a adormilarse y se dijo: «Le dará miedo traerme el palo».

De pronto le cayeron unos trocitos de barro en la cabeza. Miró hacia arriba y vio cómo alguien introducía una pértiga en el agujero. Embargado por una inmensa alegría, la agarró y tiró de ella. Era una pértiga resistente. Jilin la había visto ya sobre el tejado de la choza de su amo.

Miró hacia arriba. Las estrellas brillaban en el firmamento y, en la boca de agujero, los ojos de Dinka brillaron como si fuese un gato. Incliniéndose hacia el borde, murmuró:

—¡Iván! ¡Iván!

Y agitó sus manos delante del rostro para indicarle que hablara más bajo.

—¿Qué hay? —le preguntó Jilin.

—Todos se han marchado; tan solo quedan dos hombres en la aldea.

—Vamos, Kostylin, intentemos huir por última vez. Te llevaré a cuestras —dijo

Jilin.

Pero su amigo no quiso ni hablar de ello.

—No; parece ser que no estoy predestinado a salir de aquí. ¿Dónde quieres que vaya si no tengo fuerzas ni para moverme? —contestó Kostylin.

—Pues entonces, ¡adiós! No me tengas rencor.

Se despidieron con un beso. Jilin cogió la pértiga, pidió a Dinka que la sujetase bien y comenzó a trepar por ella. Se cayó dos veces a causa de los grilletes que tanto le molestaban. Kostylin le ayudó desde abajo y, al final, consiguió llegar a la boca del foso. Dinka tiró de él con todas sus fuerzas, cogiéndole del cuello de la camisa y riendo de alegría.

—Dinka, lleva esa pértiga a su sitio. Si la echan en falta, te podrían matar.

La chica se llevó la pértiga mientras Jilin se encaminaba al pie de la montaña. Bajó a un valle. Cogió una piedra afilada para tratar de abrir el candado de los grilletes. Pero era tan resistente que no había forma de arrancarlo.

Además, le era muy incómodo tratar de hacerlo él mismo. En aquel instante, oyó que alguien bajaba corriendo por la montaña dando unos ligeros saltos. «Puede que sea Dinka», pensó. Cuando llegó, la chica le quitó la piedra de las manos y le dijo:

—Trae aquí, yo te los quitaré.

Se postró en cuclillas y comenzó a golpear el candado. Pero sus pequeños brazos eran muy delgados y no tenía las fuerzas suficientes. Arrojó la piedra y se inundó de lágrimas. Jilin trató otra vez de arrancar el candado con sus propias manos, mientras Dinka, a su lado en cuclillas, lo sostenía por el hombro. Jilin giró la cabeza a la izquierda, al otro lado de la montaña. El cielo estaba iluminado con tonos rojizos. La luna empezaba a remontar. «Debo atravesar el valle y alcanzar el bosque antes de que la luna esté en lo alto», pensó. Se levantó y arrojó la piedra. Era preciso comenzar la marcha a cualquier precio, incluso llevando los grilletes.

—Adiós, Dinushka, no te olvidaré mientras viva —le dijo.

Dinka palpó los bolsillos de Jilin para echar en ellos unas cuantas tortas. Jilin las cogió.

—Gracias, mi querida niña. ¿Quién te regalará muñecos cuando yo no esté?  
—añadió mientras le acariciaba la cabeza.

Dinka comenzó a llorar desconsolada y, tapándose el rostro con las manos, corrió hasta el monte, saltando como una pequeña cabra. En medio de la oscuridad solo se podía oír el ruido que producía su collar de monedas.

Jilin se persignó y, cogiendo con la mano el candado de los grilletes para evitar que hiciera ruido, continuó su camino arrastrando los pies. Miraba sin parar el resplandor del cielo por el lugar donde iba a salir la luna. Reconoció el camino. Si lo seguía todo derecho, debería recorrer ocho verstas, Debía llegar al bosque antes que la luna saliese. Al vadear el río ya empezaba a clarear por el otro lado del monte. Siguió por el valle. La luna aún no había aparecido. Había clareado ya del todo por el levante, y una parte del valle cada vez se ponía más clara. La niebla descendía de la montaña y, por momentos, era muy densa.

Jilin avanzaba siguiendo la sombra. Aunque se apresuraba, la luna se iba remontando con rapidez. Las copas de los árboles ya empezaban a iluminarse por el lado derecho. Cuando se acercaba al bosque, la luna surgió entre las montañas, iluminándolo todo con una blanca y clara luz, como si fuese de día. Las hojas de los árboles podían verse a la perfección. Los montes se erguían en silencio, como si todo estuviese muerto. Tan solo se podía oír el murmullo del arroyo de lo más profundo del valle.

Jilin alcanzó el bosque sin toparse con nadie. Eligió el sitio más oscuro para sentarse un rato a descansar. Al poco tiempo se comió una torta. Una vez más intentó quitarse el candado con una piedra, pero tan solo consiguió lastimarse las manos. Así reemprendió la marcha y, tras recorrer una versta, cayó totalmente extenuado. Las piernas le dolían y, a cada diez pasos, tenía que pararse. «No tengo más remedio que continuar mientras me queden fuerzas. Si me siento, no me levantaré más. Seguro que no llegaré esta noche a la fortaleza. Así que al amanecer me acostaré en medio del bosque a pasar el día, para reanudar mi camino cuando anochezca», se dijo.

Caminó toda la noche. Solamente se encontró con dos tártaros a caballo, pero los pudo oír de lejos y se ocultó detrás de un árbol.

La luna comenzó a palidecer y faltaba poco para que se hiciese de día, pero Jilin aún no había llegado al final del bosque. «Recorreré treinta pasos más y me internaré en el bosque para poder descansar», pensó. Pero cuando intentó recorrer esos treinta pasos se percató de que había llegado al extremo del bosque. Cuando salió de él ya era totalmente de día. Y ante sí pudo ver, como en la palma de su mano, la estepa y la fortaleza. A su izquierda, al pie de las montañas, vio también unas llamas que se encendían y se apagaban, columnas de humo y hombres trabajando en torno a las hogueras.

Observó con mayor atención y vio los relucientes fusiles de los cosacos y de los soldados rusos. Presa de una enorme alegría, reunió sus últimas fuerzas y comenzó a bajar la montaña mientras se decía: «Líbreme Dios de que me encuentre aquí, en este campo llano, un tártaro a caballo. Pese a estar ya tan cerca, no lograría escaparme».

Y en ese preciso momento divisó a tres tártaros que se hallaban en uno de los cerros de la izquierda, a unas dos *desiatinas* de distancia. Al ver a Jilin se abalanzaron sobre él. Este sintió que su corazón desfallecía. Agitó los brazos y, entre gritos, pidió socorro:

—¡Hermanos! ¡Salvadme, hermanos!

Los rusos oyeron los gritos de Jilin. Varios cosacos salieron a cortar el paso de los



tártaros a galope tendido. Pero estaban muy lejos aún y los tártaros se acercaban a Jilin. Haciendo un postrero esfuerzo, Jilin recogió los grilletes y empezó a correr hacia los cosacos.

Corría persignándose y gritando como un loco:

—¡Hermanos! ¡Hermanos!

Los cosacos eran unos quince. Los tártaros, atemorizados, se pararon antes de llegar a Jilin, que pudo reunirse con los cosacos. Todos lo rodearon y le preguntaron quién era y de dónde venía. Jilín lloraba fuera de sí, repitiendo:

—¡Hermanos! ¡Hermanos!

Acudieron algunos soldados que traían pan, gachas y vodka. Lo cubrieron con un capote y le quitaron los grilletes.

Los oficiales lo reconocieron y lo llevaron a su fortaleza. Los soldados se alegraron de verlo y se juntaron todos a su alrededor. Jilin les contó lo que le había pasado resumiéndolo con estas palabras:

—¡De esta manera es como he marchado a mi casa para casarme! Mi destino, sin duda, no es ese.

Jilin se quedó sirviendo en el Cáucaso.

Al cabo de un mes rescataron a Kostylin por cinco mil rublos.

Cuando llegó se encontraba medio muerto.

## KARMA

*El karma es una creencia budista sustentada en la convicción de que tanto la naturaleza como el carácter de cada individuo, así como también su destino en esta vida, son la consecuencia de sus actos en una vida anterior, y de que lo bueno y lo malo de nuestra vida venidera depende, de la misma manera, de los esfuerzos que realicemos en esta por dar al mal de lado y abrazar al bien.*

Nota del autor

Un acaudalado joyero de la casta de los brahmanes llamado Pandu viajaba a Benarés con su sirviente. Cuando alcanzó en el camino a un monje de apariencia venerable que caminaba en su misma dirección, pensó: «Este monje tiene un porte noble y santo. El trato con buenas personas proporciona la felicidad; si también se dirige a Benarés, lo invitaré a que me acompañe en el viaje en mi carroza». Inclínándose ante el monje le preguntó a dónde se dirigía y al saber que Narada, como el monje se llamaba, también iba a Benarés, decidió invitarlo a subir en su carroza.

—Agradezco su amabilidad —le dijo el monje al brahmán—, pues un viaje tan largo me tiene realmente agotado. Como no tengo propiedades, no puedo corresponderle con dinero, pero tal vez pueda ofrecerle cierto tesoro espiritual que pertenece al dios de la sabiduría que adquiriré al seguir las enseñanzas de Sakia Muni, el gran y venerado Buda, el maestro de la humanidad.

Continuaron el viaje juntos en la carroza de manera que Pandu, durante el trayecto a Benarés, fue escuchando con gusto las instructivas sentencias que Narada le dio. Pasada una hora llegaron a un lugar donde el agua había arrasado los dos márgenes del camino y el paso estaba obstruido por la carreta de un labrador, a la que se le había roto una de las ruedas.

El dueño de la carreta, Devala, iba camino a Benarés para vender su arroz y tenía prisa por llegar allí antes de que amaneciera.

Si llegaba más tarde, los compradores de arroz ya habrían abandonado la ciudad después de proveerse de todo el arroz que necesitaban.

Cuando el joyero se percató de que no podrían continuar su ruta sin apartar la carreta del labrador, se enfadó y ordenó a su esclavo, Magaduta, que la echara a un lado del camino para que dejase pasar a la carroza. El labrador se opuso, ya que su carro se encontraba muy cerca de un precipicio y podía despeñarse si intentaban moverlo de allí; pero el brahmán no quiso escuchar al labrador y ordenó a su esclavo que empujara la carreta con todo el arroz que llevaba. Cuando Pandu arrancó para continuar su ruta, el monje se bajó de su carroza y le dijo:

—Perdone, señor, que lo abandone. Le debo agradecer que, honrando su bondad, me invitase a viajar durante una hora en su carroza. Me encontraba agotado cuando me ofreció el asiento, pero ahora, gracias a su amabilidad, ya me siento descansado por completo. Reconociendo a este labrador como la reencarnación de uno de sus antepasados, no se me ocurre mejor manera de corresponderle por su amabilidad que ayudándole ahora a él en su adversidad.

El brahmán miró sorprendido al monje.

—Y dice usted que este labrador es la reencarnación de uno de mis antepasados.

¡No puede ser!

—Comprendo que desconozca las complicadas y trascendentes conexiones que le unen al destino de este labrador —le respondió el monje—. No podemos esperar que un ciego pueda ver y, por eso, lamento mucho que se lastime a sí mismo; voy a protegerlo de las heridas que está dispuesto a infligirse a sí mismo.

Nuestro rico comerciante no estaba acostumbrado a que le reprocharan nada. Al sentir que las palabras del monje, pese a que las pronunció con una bondad enorme, en realidad encerraban una gran recriminación, ordenó a su criado que continuara adelante de inmediato.

El monje saludó a Devala, el labrador, y le ayudó a reparar su carreta y a recoger el arroz que se había esparcido. Todo fue muy rápido y Devala pensó: «Este monje debe ser un hombre santo, pues creo que le asisten espíritus invisibles. Le preguntaré si sabe lo que yo he hecho para merecer ese trato tan cruel del orgulloso brahmán». Y le dijo:

—Honorable señor, ¿podría explicarme el motivo por el que he tenido que sufrir las injusticias de un hombre al que no he hecho nunca nada malo?

Y el monje le contestó:

—Mi querido amigo, usted no ha sufrido injusticia alguna. Tan solo ha sufrido en su presente existencia las consecuencias de cuanto usted hizo pasar a ese brahmán en una anterior existencia. Y no creo que me equivoque al decir que, aun ahora, usted le habría hecho al brahmán lo mismo exactamente que él le habría hecho a usted si estuviese en su situación y tuviese a su servicio un sirviente tan robusto.

El labrador terminó por reconocer que si hubiese tenido el poder suficiente, no habría sentido ningún resquemor actuando con un hombre que le hubiese obstruido su camino de la misma manera que el brahmán había actuado con él.

Colocaron el arroz en el carromato y cuando ambos ya estaban cerca de Benarés, el caballo se encabritó y brincó hacia un lado.

—¡Una serpiente! ¡Una serpiente! —gritó el labrador.

Pero el monje, tras contemplar con detenimiento lo que había asustado al caballo, bajó de la carreta y vio que se trataba de una bolsa llena de oro. «Nadie ha podido perder esta bolsa más que aquel acaudalado joyero», pensó y, agarrando la bolsa, se le entregó al labrador diciéndole:

—Coja esta bolsa y, cuando llegue a Benarés, acérquese a la hospedería que le indicaré, pregunte por el brahmán Pandu y entréguésela. Él seguramente se disculpará ante usted por la brusquedad de su comportamiento y usted debe contestarle que le perdona y deséale éxito en todas sus empresas. Pues, créame, cuanto mayores sean sus éxitos, mejor para usted. Su destino depende sobremanera de él. Si Pandu pretende reclamarle una explicación, mándelo al monasterio, donde me encontrará siempre dispuesto a echarle una mano con mis consejos, si es eso lo que necesita.

Mientras tanto, Pandu ya había llegado a Benarés y se había reunido con Malmeka, un rico banquero con el que solía hacer negocios.

—Estoy perdido —le dijo Malmeka—, y tendré serios problemas si no compro de inmediato un cargamento del mejor arroz para la cocina del palacio. Un banquero de Benarés que es competencia mía, al saber que yo había firmado un trato con la corte de palacio mediante el cual me comprometía a abastecerlo hoy por la mañana con un suministro de arroz, y deseoso como está de arruinarme, ha acaparado toda la producción de arroz de Benarés. La corte imperial no me libera de mis obligaciones y mañana será el día de mi ruina, a no ser que Krisna me envíe un ángel del cielo.

Al mismo tiempo que Malmeka se quejaba de su mala suerte, Pandú se percató de que le faltaba su bolsa. Tras revisar su carroza y no encontrarla, sospechó de su esclavo, Magaduta, por lo que decidió avisar a las autoridades para acusarlo. Tras dar orden de que lo ataran, lo torturó con crueldad para arrancarle una confesión. El esclavo sufría y gritaba:

—¡Yo no soy el culpable! ¡Liberadme! ¡No soporto más estas torturas! ¡No soy para nada culpable de este crimen y me hacéis sufrir por los delitos de otros! ¡Oh, si pudiese lograr el perdón de aquel labrador al que, por culpa de mi amo, tanto mal ocasioné! ¡Estas torturas, sin duda alguna, serán una penitencia por mi crueldad!

Y mientras los soldados seguían golpeando al esclavo, el labrador llegó a la hospedería y, ante el asombro de todo el mundo, entregó la bolsa de oro. De inmediato pusieron en libertad de las manos de sus torturadores al esclavo, pero este, enfadado como estaba con su amo, huyó y decidió unirse a una cuadrilla de bandidos que vivía en las montañas.

Cuando Malmeka se enteró que el labrador podía venderle arroz de primera calidad, digno manjar de un rey, le compró todo el cargamento sin dudarlo por el triple de su precio de mercado, mientras Pandu, lleno de satisfacción por haber recuperado su dinero, partió enseguida hacia el monasterio para conseguir del monje las aclaraciones que en su momento le había prometido.

—Yo podría darle una explicación, pero sabiendo que usted no está en condiciones de entender la verdadera naturaleza del espíritu, prefiero guardar silencio. Aun así, le daré un consejo de carácter universal: Trate a todas las personas con las que se encuentre como se trataría a sí mismo; sívalas tal y como le gustaría que le sirvan a usted. Así sembrará la semilla de las buenas acciones y su rica cosecha nunca le dará de lado.

—Oh, monje, deme esa explicación —le suplicó Pandu— y así me será más fácil seguir sus consejos.

Y el monje dijo:

—Escúcheme entonces, le voy a dar la llave del misterio; aunque no sea capaz de asimilarlo, crea todo lo que le voy a decir.

»Es un error considerarse un ser aislado, y todo hombre que conduce su espíritu para saciar la voluntad de ese ser aislado lo que está haciendo es perseguir una falsa luz que acabará por arrastrarlo al abismo del pecado. Y nos consideramos seres aislados porque Maya se encarga de cegar nuestros ojos con su velo y nos impide ver esa conexión indisoluble con todos nuestros semejantes, nos impide apreciar nuestra unión con las almas de otros seres. Muy pocos conocen esta realidad. Que las siguientes palabras se conviertan en su talismán:

*Todo aquel que hiere al prójimo, se hace mal a sí mismo.*

*Todo aquel que ayuda a los demás, se hace el bien a sí mismo.*

*Deje de considerarse un ser aislado y encontrará el camino de la verdad.*

*A aquel al que Maya haya ensombrecido con su velo, la humanidad le parecerá dividida en infinitos sujetos, y no podrá comprender el significado del amor desinteresado hacia todo ser vivo.*

Pandu le respondió:

—Honorable señor, sus palabras encierran un profundo significado y siempre las recordaré. Me porté bien con un humilde monje en mi viaje a Benarés, lo que no me supuso ningún esfuerzo, y aquí están sus benéficas consecuencias. Así es que me siento en deuda con usted porque, en caso contrario, no habría perdido solo mi bolsa de oro, sino que no habría podido llevar en Benarés a buen puerto ciertos negocios que han fortalecido

considerablemente mis riquezas. Además, sus cuidados y la llegada del cargamento de arroz contribuyeron también a la prosperidad de mi amigo Malmeka. ¡Si todo el mundo conociera la verdadera naturaleza de sus preceptos, el mundo iría mucho mejor, retrocedería el mal y el bienestar reinaría entre los hombres! Me gustaría que la palabra de Buda fuese comprendida por todo el mundo y por ello pretendo fundar un monasterio en mi tierra, Kolshambi, y le invito a usted a visitarme para que pueda consagrar ese espacio a la hermandad de discípulos de Buda.

Transcurrieron los años y el monasterio de Kolshambi que fundó Pandu se convirtió en un lugar de reunión de los monjes más sabios y empezó a tener renombre como centro de iluminación para el pueblo. Mientras tanto, el rey vecino, que se había informado de la belleza de las joyas que Pandu elaboraba, envió a su tesorero para encargarle una corona de oro puro elaborada con las piedras preciosas más impresionantes de la India. Cuando Pandu concluyó el trabajo, hizo un viaje a la capital de aquel rey, con una buena cantidad de oro, pues tenía la esperanza de cerrar allí algunos buenos negocios.

La caravana que transportaba sus posesiones se encontraba protegida por hombres bien armados pero, al internarse en las montañas sufrió el ataque de unos forajidos conducidos por Magaduta, al que habían nombrado su comandante; asesinaron a los guardias y se apoderaron del oro y de todas las piedras preciosas. Casi ni el propio Pandu llegó a contarlos. Aquel revés le supuso un duro golpe para su bienestar y su fortuna disminuyó considerablemente.

A pesar de que Pandu era bastante orgulloso, padeció en silencio aquel revés. Pensaba: «He sufrido este daño por todos los pecados que cometí en mi vida anterior. En mi juventud fui cruel con mi pueblo y ahora, que recojo los frutos de mis malos actos, no tengo ningún derecho a lamentarme».

Ahora las desdichas le servían como medio de purificar su corazón, pues había llegado a ser mucho más bondadoso con el prójimo.

Volvieron a pasar los años y aconteció que Pantaka, un monje joven, discípulo de Narada que viajaba por las montañas de Kolshambi, cayó en manos de los bandidos. Como no tenía ninguna posesión, el jefe de los bandidos le golpeó con gran brutalidad y le dejó marchar. A la mañana siguiente, cuando atravesaba el bosque, Pantaka escuchó unos ruidos de pelea y al aproximarse al lugar de donde venía el alboroto, pudo ver cómo una multitud de bandidos atacaba furiosamente a su comandante, Magaduta.

Como un león acorralado por los perros, Magaduta se intentaba salvar de ellos, dando muerte a muchos de sus atacantes. Pero sus enemigos eran demasiados y al final resultó derrotado cayendo a tierra medio muerto y lleno de heridas.

Una vez que los bandidos se marcharon, el joven monje se aproximó a los que yacían en el suelo con la intención de ayudar a los heridos. Pero todos los bandidos estaban ya muertos menos el jefe, en el que se observaban indicios de vida. El monje fue enseguida al riachuelo que corría por allí cerca, trajo agua fresca en una jarra y se la ofreció a beber al moribundo. Magaduta abrió los ojos y, rechinando los dientes, dijo:

—¿Dónde están esos perros desagradecidos a los que conduje a la victoria y el éxito en tantas ocasiones? Sin mi ayuda morirían enseguida como chacales acosados por un cazador.

Pantaka le dijo:

—No piense en los compañeros y camaradas de su pecadora vida, piense solo en su alma y aproveche la última oportunidad de salvación que se presenta ante usted. Tome un poco de agua para beber. Permítame que le vende las heridas y tal vez consiga salvar su

vida.

—Es inútil —le replicó Magaduta—, ya estoy condenado. Esos miserables me han herido de muerte. ¡Infames desagradecidos! Me han golpeado con los mismos golpes que yo les enseñé.

—Ha recogido usted aquello que sembró —continuó el monje—. Si hubiese enseñado a sus compañeros buenas obras, habría recibido también de ellos buenas obras. Pero, por el contrario, los educó en el asesinato, y por ello, y resultado de sus propias enseñanzas, ha encontrado la muerte a manos de sus compañeros.

—Tiene usted razón —respondió el jefe de los bandidos—, me merezco mi destino, pero ¡qué dura resulta mi suerte! Así deberé recoger el fruto de mi mal comportamiento en mis existencias futuras. Enséñame, santo padre, qué debo hacer para redimirme de mis pecados en esta vida, que me pesan como una roca apoyada sobre mi pecho.

Y Pantaka le dijo:

—Olvídese de sus deseos pecaminosos, acabe con sus bajas pasiones, y llene su alma de bondad para todos los seres vivos.

El jefe de los bandidos le respondió:

—He ocasionado mucho mal y nunca he cultivado el bien. ¿Cómo podría deshacerme de ese entramado de penurias que yo mismo he tejido con los terribles deseos de mi corazón? Mi karma me ha arrastrado al infierno y no estaré nunca en condiciones de seguir el camino de la salvación.

El monje le dijo entonces:

—Sí, su karma va a recoger en las reencarnaciones futuras los frutos de esas semillas que ha sembrado usted. Aquel que actúa con maldad carece de posibilidades de librarse de las consecuencias de sus malas acciones. Pero no desespere, cualquier ser que elimine de su alma la idea de la individualidad puede salvarse. Como buen ejemplo de ello le voy a contar la historia del famoso bandido Kandata, que murió sin conocer arrepentimiento alguno y renació en el infierno como un diablo, sufriendo los martirios más espantosos a consecuencia de sus malas obras. Ya llevaba muchos años en el infierno sin poder liberarse de su penosa situación cuando Buda hizo su aparición sobre la Tierra para alcanzar el bendito grado de la iluminación. En aquel tiempo memorable, en el infierno cayó un rayo de luz que despertó la vida y la esperanza en el corazón de todos los demonios, y nuestro bandido Kandata comenzó a gritar con todas sus fuerzas: «¡Oh, bendito Buda, ten piedad de mí! Estoy sufriendo terriblemente, y aunque es cierto que obré con maldad, ahora deseo caminar por la senda de la justicia. Yo solo no soy capaz de desembarazarme de esta cadena de penurias, ¡ayúdame, señor, ten piedad de mí!».

»Así es la ley del karma; las malas obras nos llevan a la perdición.

»Cuando Buda oyó las suplicas de aquel demonio que sufría en el infierno, le envió a una araña con su tela que le dijo: «Agárrate bien a mi tela y trepa por ella hasta que salgas del infierno». Cuando la araña se perdió de su vista, Kandata se agarró a la telaraña y empezó a trepar por ella. Esta era muy resistente y no se rompía, así que subía por ella cada vez más alto. Pero de pronto notó cómo aquel hilo empezaba a temblar y a oscilar, pues otros mártires también habían empezado a escalar tras él. Se asustó. Observaba la finura de la telaraña y veía cómo daba de sí poco a poco ante el aumento de su carga. Aun así, la telaraña seguía sosteniéndolo. Kandata continuó su ascenso mirando hacia arriba en todo momento hasta que, por un momento, bajó su mirada y pudo comprobar que tras él una multitud innumerable de huéspedes del infierno trepaba por la telaraña. “¿Cómo es capaz este hilo tan fino de resistir el peso de tantas personas?”, pensó, y, muerto de miedo,

empezó a gritar: “¡Soltad la telaraña, es solo mía!” Entonces, de repente la telaraña se desgarró y Kandata cayó al infierno de nuevo».

»En Kandata aún persistía la idea de la individualidad. No conocía la milagrosa fuerza del verdadero deseo de la ascensión en busca del camino de la justicia. Se trata de un anhelo sutil, como la tela de una araña, pero que sostiene a millones de personas, y cuanto más gente asciende por la telaraña, más fácil le resulta hacerlo a todos y a cada uno de ellos. Pero en el instante en que se apodera del corazón del hombre la idea de que es el dueño de la telaraña, que el bien de la justicia le pertenece solo a él y que nadie podrá apartarle de él, el hilo se rompe y el hombre se precipita hacia su anterior estado de persona aislada. La individualidad en las personas es una verdadera maldición y, por el contrario, su asociación es una verdadera bendición. ¿Qué es el infierno? No es más que el egoísmo, mientras el nirvana es la vida en común...

—Permítame que me aferre a esta telaraña —dijo Magaduta, el moribundo jefe de los bandidos, cuando el monje concluyó su relato— para lograr escapar de la ciénaga del infierno.

Magaduta permaneció unos instantes sin decir palabra, reorganizando sus pensamientos, para proseguir:

—Atiéndame un momento, voy a confesarme ante usted. Yo fui uno de los sirvientes de Pandu, el joyero de Kolshambi. Después de aquello, y como él me había torturado de una manera tan injusta, me escapé de su casa y me convertí en el jefe de los bandidos. Hace unos días, supe por mis informadores que él iba a atravesar las montañas y, entonces, decidí asaltarlo y quitarle la mayor parte de sus riquezas. Vaya a verlo ahora y dígame que le perdono de todo corazón las humillaciones a las que me sometió tan injustamente y que le suplico su perdón por haberle robado. Mientras viví a su lado, su corazón era tan duro como una piedra, y de él aprendí a ser egoísta. He oído comentar que ahora se ha vuelto bondadoso y que es reconocido como un modelo de bondad y equidad. No quiero seguir en deuda con él. Por ello, escúcheme: Yo me apropié de la corona de oro que elaboró para aquel rey, así como del resto de tesoros, y los escondí dentro de una cueva. Tan solo dos de mis hombres conocían el lugar y ambos acaban de morir. Que Pandu coja unos cuantos hombres armados y vaya allí para recuperar los objetos que yo le robé.

Magaduta le explicó dónde estaba situada la cueva y, entonces, murió en los brazos de Pantaka. En cuanto el joven monje Pantaka regresó a Kolshambi, le hizo una visita al joyero para contarle todo lo que le había pasado en el bosque.

Pandu se encaminó a la cueva acompañado de hombres armados y recuperó todos los tesoros que el jefe de los bandidos había escondido allí. Después enterraron debidamente al jefe y a sus hombres muertos mientras Pantaka, delante de su tumba, inspirado por las palabras de Buda, dijo:

*La persona hace el mal y la persona sufre por ello.*

*La persona se aleja del mal y la persona se purifica.*

*La pureza y la impureza pertenecen a la persona: nadie puede purificar a otro.*

*Tan solo el hombre es dueño de su propio esfuerzo; los budas solo son predicadores.*

Y añadió también el monje:

*Nuestro karma no es obra de Shiva, ni de Brahma, ni de Indra, ni de ningún otro dios; nuestro karma es siempre la consecuencia de nuestras propias obras.*

*Mi conducta es el vientre que me contiene, es la herencia que me ha tocado, es la*

*maldición por mis malas acciones y la bendición por mi equidad. Mi proceder es el único medio para lograr mi salvación.*

Pandu llevó a Kolshambi de vuelta todos sus tesoros y empleó prudentemente todas sus riquezas, recuperadas tan inesperadamente, y vivió tranquilo y feliz el resto de su vida. Cuando, ya anciano, estaba al borde de la muerte, reunió a todos sus hijos, hijas y nietos a su alrededor y les dijo:

—Queridos hijos, no debéis juzgar a los demás por vuestras desdichas. Buscad la causa de todas vuestras desgracias en vosotros mismos. Y si no habéis sido cegados por la soberbia, vais a encontrar esa causa y, cuando la encontréis, sabréis libraros del mal. El antídoto contra vuestras adversidades está en vosotros mismos. Que los ojos de vuestro espíritu no resulten nunca velados por el manto de Maya... Recordad estas palabras que han sido un talismán a lo largo de toda mi vida:

*Aquel que hace sufrir al prójimo, se hace mal a sí mismo.*

*Aquel que ayuda al prójimo, se ayuda a sí mismo.*

*Abandonad la idea de la individualidad y caminad por la senda de la justicia.*



## LAS TRES PREGUNTAS

En cierta ocasión un zar pensó que si siempre supiese en qué momento debía comenzar cada tarea, a qué personas hay que consultar y a cuáles no y, sobre todo, si supiera siempre cuál de todas las tareas era la más importante, nunca se equivocaría al tomar decisiones.

En vista de ello, anunció a lo largo y ancho de su reino que otorgaría una gran recompensa a aquel que fuese capaz de responderle a estas tres preguntas:

*¿Cuál es el momento adecuado para cada tarea?*

*¿Cuáles son las personas más necesarias?*

*¿Cómo decidir sin equivocarse qué tarea es la más importante de todas?*

Entonces, el zar recibió la visita de muchos sabios que dieron cada uno respuestas diferentes a sus preguntas.

A la primera de ellas algunos respondieron que, para conocer el momento más adecuado para cada tarea, se debía elaborar a priori un programa para ese día, ese mes y ese año, y actuar ajustándose de la manera más estricta a lo que se había fijado. Afirmaban que solo así se podía hacer cada tarea en el momento adecuado.

Otros aseguraban que es imposible decidir por anticipado qué tarea se debe hacer en cada momento y que no era aconsejable distraerse en entretenimientos sin importancia, sino que se debe estar siempre atento a lo que ocurre y hacer aquello que sea necesario.

Por otro lado, unos dijeron que aunque se esté atento a lo que sucede, es imposible que una sola persona sea capaz de decidir siempre con seguridad qué se debe hacer y en qué momento, y por ello era aconsejable contar con un consejo de hombres sabios y decidir con su apoyo qué hacer en cada momento.

Otros, por último, expresaron que existen ciertas tareas para las que no se dispone de tiempo para consultar a consejeros y se debe decidir inmediatamente si es el momento preciso de iniciar la tarea o no. Pero esto solo lo saben los adivinos. Por ello, para conocer cuál es el momento adecuado para cada tarea, hay que preguntar a un adivino.

A la segunda de las preguntas también contestaron de distintas formas. Unos aseguraron que las personas más necesarias para un zar eran sus ministros; otros dijeron que las más necesarias para un zar eran los sacerdotes; otros, por el contrario, afirmaron que las personas más necesarias para un zar eran los médicos; y otros diferentes expresaron su convicción de que las personas más necesarias de todas para un zar eran sus guerreros.

A la tercera pregunta: *¿Qué tarea es la más importante?*, también respondieron de manera diferente.

Unos afirmaron que la tarea más importante del mundo eran las ciencias; otros dijeron que la tarea más importante era el arte de la guerra; y los últimos aseguraron que el culto a Dios era la tarea más importante de todas. Las respuestas eran todas diferentes, pero el zar no se mostró de acuerdo con ninguna de ellas y por ello no le dio a nadie la recompensa.

Para lograr encontrar unas respuestas más fiables a sus preguntas tomó la decisión de consultar a un famoso ermitaño conocido por su sabiduría.

Este ermitaño vivía en el bosque, no salía nunca de allí y tan solo recibía a gente humilde. El zar se vistió con ropas sencillas y, antes de llegar con su séquito a la casa del ermitaño, se apeó del caballo y se encaminó solo hacia la casa.

Cuando el zar se presentó ante él, el ermitaño se encontraba cavando en el huerto que estaba delante de su pequeña choza. Al ver al zar, lo saludó y se puso de inmediato a cavar de nuevo. Era un ermitaño flaco y débil, y cuando hundía la pala en la tierra y arrancaba pequeños terrones, respiraba con dificultad. El zar se le acercó y le dijo:

Sabio ermitaño, he venido hasta aquí para pedirte que me des la respuesta a estas tres preguntas:

*¿Qué momento se debe recordar y no dejar pasar para no tener que lamentarlo después?*

*¿Cuáles son las personas más necesarias, es decir, a cuáles se debe prestar más atención y a cuáles menos?*

*¿Qué tareas son las más importantes y, por tanto, qué tareas se deben llevar a cabo antes que las demás?*

El ermitaño escuchó todo lo que el zar le dijo, pero no respondió nada. Se escupió en las manos y se puso a cavar de nuevo la tierra.

—Te veo muy fatigado —exclamó el zar—, déjame tu pala, trabajaré durante un rato en tu lugar.

—Gracias —respondió el ermitaño, y tras dejarle la pala, se sentó en el suelo.

Cuando había cavado dos hileras, el zar se detuvo y repitió sus tres preguntas. El ermitaño tampoco respondió nada, sino que se levantó alargando la mano hacia la pala, y dijo:

—Ahora descansa tú. Yo trabajaré.

Pero el zar no le dio la pala y siguió cavando. Pasó una hora, otra más; el sol comenzaba a ponerse tras la arboleda. El zar clavó la pala en el suelo y dijo:

—He venido aquí a verte, hombre sabio, para obtener respuestas a mis preguntas. Si no puedes responderme, dímelo para que pueda regresar a mi casa.

—Mira, alguien viene corriendo hacia aquí —dijo el ermitaño. Veamos de quién se trata.

El zar se volvió para ver a un hombre con barba que venía corriendo del bosque. Se sujetaba con las manos el vientre y de detrás de las manos le brotaba sangre. Cuando llegó hasta el zar se cayó al suelo, puso los ojos en blanco y dejó de moverse mientras gemía con debilidad. El zar, con la ayuda del ermitaño, le desabrochó las ropas. En el vientre tenía una gran herida. El zar la lavó como pudo y la vendó con su pañuelo y un trapo del ermitaño. Pero la sangre no paraba de manar. El zar le quitó en varias ocasiones el vendaje empapado de sangre caliente y le lavó y le vendó de nuevo la herida.

Cuando la sangre dejó de salir, el herido se recuperó y pidió que le dieran de beber.

El zar trajo agua fresca y le dio de beber. El sol se había puesto mientras tanto y comenzó a refrescar.

El zar, ayudado por el ermitaño, trasladó al herido a la casa y lo tendió sobre la cama. Allí, el herido cerró los ojos y permaneció inmóvil. El zar se encontraba tan agotado del viaje y el trabajo realizado que se acurrucó en el umbral y, vencido por el sueño, se quedó dormido el resto de aquella corta noche veraniega. Al despertar por la mañana tardó mucho tiempo en comprender dónde estaba y quién era aquel extraño hombre barbudo tumbado en la cama que lo miraba con los ojos encendidos.

—Perdóname —dijo aquel hombre con una débil voz cuando vio que el zar se había despertado.

—No te conozco y no tengo nada que perdonarte —respondió el zar.

—Tú a mí no me conoces, pero yo a ti sí. Soy el enemigo que juró vengarse de ti

por ajusticiar a mi hermano y arrebatarme mis bienes. Supe que habías ido solo a visitar al ermitaño y decidí matarte a tu regreso. Pero transcurrió todo un día y no aparecías por ningún sitio. Entonces tuve que salir de mi escondite para averiguar dónde estabas y me encontré con tu guardia. Me reconocieron, se echaron sobre mí y me hirieron. Huí, pero perdía mucha sangre y habría muerto si no llegas a vendarme la herida. Yo pretendía matarte, y tú me has salvado la vida. Ahora, si vivo y tú lo deseas, te serviré como el más fiel de tus esclavos y ordenaré a mis hijos que hagan lo mismo. Perdóname.

El zar se alegró considerablemente de que le hubiese resultado tan fácil reconciliarse con su enemigo, y no solo le perdonó, sino que le prometió que le devolvería sus bienes y que le enviaría también a sus sirvientes y a su médico.

Después de despedirse del herido, el zar salió y buscó con la mirada al ermitaño. Antes de irse, quería pedirle por última vez que le contestara a las tres preguntas que le había planteado.

El ermitaño se encontraba en el patio plantando semillas, arrastrándose de rodillas junto a los surcos que habían cavado la víspera.

El zar se le acercó y le dijo:

—Por última vez, hombre sabio, te pido que me respondas a mis tres preguntas.

—Pero si ya se te ha contestado —dijo el ermitaño sentándose sobre sus delgadas pantorrillas y mirando desde abajo al zar, que estaba de pie ante él.

—¿Cómo se me ha contestado? —preguntó el zar.

—¿Que cómo? Si ayer no te hubieses compadecido de mi debilidad —contestó el ermitaño—, no habrías cavado por mí esos surcos y habrías regresado tú solo. Este joven te habría atacado y te habrías lamentado de no haberte quedado aquí conmigo. Dicho de otra manera: el momento más adecuado para cavar era ese mismo momento; yo era la persona más importante y la tarea más importante consistía en hacer el bien conmigo.

»Después, al llegar aquel hombre, el momento más apropiado para atenderlo fue cuando te dirigiste a él, porque si no le hubieses vendado la herida, habría muerto sin reconciliarse contigo. Dicho de otra manera, la persona más importante era él, y la tarea más importante era lo que hiciste por él.

»Así que recuerda siempre que el momento más adecuado es solo uno, ahora, y que también es el más importante, porque solo entonces somos dueños de nosotros mismos.

»La persona más importante es aquella con quien te encuentras ahora, porque nadie es capaz de saber si podrá relacionarse con alguna otra persona.

»Y la tarea más importante consiste en hacer el bien, porque solo para eso el hombre ha sido enviado a este mundo.

## DESPUÉS DEL BAILE

—Sostiene usted que un hombre no es capaz de comprender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, que todo es un resultado del ambiente y que este último absorbe a los seres humanos. En cambio, yo pienso que todo depende de las circunstancias. Me estoy refiriendo a mí mismo.

Eso dijo el respetable Iván Vasílievich, tras una conversación en que habíamos sostenido que, para poder perfeccionarse, es ante todo necesario cambiar los condicionantes del ambiente en que se vive. En verdad, no se había dicho que uno mismo no puede entender lo que está bien o lo que está mal, pero Iván Vasílievich tenía la costumbre de contestar a las ideas que le venían a la mente y, con tal motivo, narrar algunos episodios de su propia existencia. Con frecuencia se apasionaba tanto que llegaba a olvidarse del motivo por el que había comenzado el relato. Hablaba siempre con una gran velocidad y así lo hizo también en aquella ocasión.

—Hablaré sobre mí mismo. Si mi vida ha seguido ese rumbo no es por el ambiente, sino por algo muy diferente.

—¿Por qué? —preguntamos.

—Se trata de una historia muy larga. Para comprenderla debería contar muchas cosas.

—Pues cuéntalas.

Iván Vasílievich movió la cabeza y se quedó sumido en sus propias reflexiones.

—Toda mi vida cambió por una sola noche o, mejor dicho, por un solo amanecer.

—¿Qué ocurrió?

—Yo estaba muy enamorado. Ya lo había estado antes muchas veces, pero aquel fue mi gran amor. Todo esto pertenece al pasado. Ella tiene ahora hijas casadas. Estoy hablando de B. Sí, de Várenka B. (Iván Vasílievich nos confesó su apellido). A los quince años ya poseía una notable belleza, y a los dieciocho era encantadora, esbelta, llena de donaire y majestad, sobre todo de majestad. Se mantenía totalmente erguida, como si no pudiese adoptar otra actitud. Llevaba la cabeza alta, lo que unido a su hermosura y a su estatura, pese a su extremada delgadez, le otorgaba un aire regio que hubiera infundido respeto, de no ser por una sonrisa alegre y afectuosa, por sus labios y por sus brillantes y encantadores ojos. Toda ella emanaba dulzura y juventud.

—¡Qué bien la está describiendo, Iván Vasílievich!

—Por mucho que me lo proponga jamás podré hacerlo de manera que comprendan ustedes cómo era de verdad. Lo que ahora voy a contarles sucedió entre los años mil ochocientos cuarenta y mil ochocientos cincuenta. En aquellos tiempos yo era estudiante de una universidad de provincias. No sé si aquello estaba bien o mal, pero la cosa es que, en aquella época, los estudiantes no formaban círculos ni tenían teoría política alguna. Tan solo éramos jóvenes y vivíamos como lo suele hacer la juventud: estudiábamos y nos divertíamos. Yo era un chico alegre y vivaz y, además, tenía dinero. Era dueño de un magnífico caballo y paseaba en trineo con las chicas (no estaba aún de moda el patinaje), me divertía con mis amigos y bebía *champagne*. Si no teníamos dinero, no bebíamos nada; no como ahora, que se bebe vodka. Las veladas y los bailes. Bailaba estupendamente y era bien parecido.

—No se haga el modesto —interrumpió una señora que se encontraba entre

nosotros—. Hemos visto su foto de aquella época. No solo estaba bastante bien; era un hombre muy guapo.

—Bien, como quiera, pero se trata de nada de eso. Entonces estaba muy enamorado de Várenka. El último día de Carnaval asistí a un baile en casa de un mariscal de la nobleza de la provincia, un anciano chambelán de la corte, con una gran fortuna, generoso y muy hospitalario. Su esposa, igual de amable que él, recibió a sus invitados luciendo una diadema de diamantes y un vestido de terciopelo que dejaba ver su pecho y sus hombros, blanquecinos y gruesos, que recordaba los cuadros de la emperatriz Isabel Petrovna. Fue un excelente baile. En la magnífica sala había un coro, una célebre orquesta formada por los sirvientes de un propietario muy aficionado a la música, un exquisito *buffet* y un montón de *champagne*. Yo no bebí, pese a ser aficionado al *champagne*, porque me encontraba ebrio de amor. En cambio, bailé vals y polcas hasta extenuarme; y, como es natural, con Várenka siempre que me era posible. Lucía un vestido blanco con cinturón rosa y guantes blancos de cabritilla que le llegaban hasta los codos, y zapatillas de satín blanco. Un ingeniero muy antipático llamado Anísimov me impidió bailar con ella la mazurca —aún no se lo he perdonado— invitando en cuanto entró en el salón a Várenka; yo me había distraído en la peluquería y comprando un par de guantes. Bailé aquella mazurca con una chica alemana a la que antaño había intentado cortejar en una ocasión. Imagino que aquella noche fui bastante descortés con ella; no le hablé ni la miré mientras seguía sin descanso la esbelta figura de Várenka, vestida toda de blanco, y su resplandeciente y encendido rostro, con sus hoyuelos en las mejillas y sus bellos y cariñosos ojos. Y yo no era el único. Todos la admiraban, tanto hombres como mujeres, pese a que las eclipsaba. Era imposible no admirarla.

Siguiendo las normas, no bailé con Várenka aquella mazurca, pero, en verdad, bailamos juntos casi todo el tiempo. Atravesaba la sala sin turbarse y se dirigía hacia mí, y yo me levantaba de un salto antes de que me invitase. Ella me agradecía con una sonrisa mi perspicacia. Cuando no adivinaba mi lema, se encogía de hombros mientras cogía a otro de la mano y me sonreía con compasión, como consolándome.

Cuando bailábamos un vals, Várenka sonreía diciéndome con la respiración cortada: *Encore*. Y yo continuaba dando vueltas y más vueltas sin poder sentir mi propio cuerpo.

—¿Cómo no iba a sentirlo? Supongo que, al rodear el talle de Várenka, sentía hasta el cuerpo de ella —dijo uno de los allí presentes.

De repente Iván Vasílievich se sonrojó y exclamó casi con un grito:

—¡Así son ustedes, los jóvenes de hoy en día! No aprecian nada más que el cuerpo. En nuestros tiempos era diferente. Cuanto más enamorado estaba, su cuerpo aún era más inmaterial para mí. Ustedes solo son capaces de ver los tobillos, las piernas y más cosas; tienen la costumbre de desnudar a las mujeres de las que se enamoran. En cambio, para mí, como afirmaba Alphonse Karr (¡menudo buen escritor!), el objeto de mi amor se me aparecía con vestiduras de bronce. En vez de desnudar a la mujer, intentábamos cubrir su desnudez, al igual que el buen hijo de Noé. Ustedes no logran comprender eso...

—No le haga caso; continúe —intervino uno de los que le rodeaban.

Bailé casi toda la noche, sin percatarme de cómo pasaba el tiempo. Los músicos repetían ya una y otra vez el mismo tema de una mazurca, como suele suceder al finalizar un baile. Los padres y las madres, que jugaban a los naipes en los salones, ya se habían levantado, esperando la cena; y los sirvientes pasaban, cada vez más frecuentemente, transportando cosas. Ya eran más de las dos de la madrugada. Era preciso aprovechar los últimos momentos. Volví a invitar a Várenka y bailamos una vez más.

—¿Bailaría conmigo la primera cuadrilla después de la cena? —le pregunté acompañándola a su sitio.

—Desde luego, si mis padres no quieren irse enseguida —me contestó con una sonrisa.

—No lo permitiré —exclamé.

—Devuélvame mi abanico —me pidió Várenka.

—Me produce pena dárselo —contesté ofreciéndole su abanico blanco, de escaso valor.

—Tenga, para que no le dé pena —dijo Várenka arrancando y entregándome una pluma de él.

La cogí, pero solo pude expresarle mi agradecimiento y entusiasmo con una mirada. No solo estaba alegre y satisfecho, además me sentía muy feliz y experimentaba una extraña sensación de beatitud. En aquel momento yo no era yo, sino que era un ser que no pertenecía a esta tierra, desconocedor del mal y que solo estaba capacitado para hacer el bien.

Guardé la pluma dentro de un guante y me quedé junto a Várenka sin fuerza para alejarme de ella.

—Fíjese; pretenden que papá baile —me dijo mientras señalaba la alta figura de su padre, un coronel con charreteras plateadas que se encontraba en las puertas del salón con la propietaria de la casa y otras damas.

—Várenka, ven —oímos decir a la propietaria.

Várenka se acercó hasta la puerta y yo la seguí.

—*Ma chère*, convence a tu padre de que baile contigo. Haga el favor, Piotr Vladislávich —añadió la dueña de la casa dirigiéndose al coronel.

El padre de Várenka era un hombre firme, bien conservado, alto y guapo, con las mejillas sonrosadas. Lucía un canoso bigote a lo Nicolás I, y tenía blancas las patillas y el cabello de las sienes peinado hacia delante. Una sonrisa alegre, como la de su hija, iluminaba su boca y sus ojos. Estaba bastante bien formado; su pecho, donde se apreciaban algunas condecoraciones, y sus hombros eran anchos, y sus piernas, largas y delgadas. Representaba a ese tipo de militar que ha reproducido la disciplina del emperador Nicolás.

Cuando nos íbamos acercando a la puerta, el coronel se estaba negando aduciendo que ya había perdido la costumbre de bailar. Sin embargo, pasando la mano al costado izquierdo, desenvainó su espada, se la entregó a un joven servicial y, poniéndose el guante en la mano derecha (en ese momento dijo sonriendo: «Todo debe hacerse según las reglas»), tomó la mano de su hija, se puso de medio lado y esperó para hacer su entrada al compás.

Con las primeras notas de la mazurca, golpeó con un pie, avanzó el otro y su alta silueta giró alrededor del salón, bien despacio y en silencio, bien ruidosa e impetuosamente. Várenka también giraba, tanto acertando como alargando sus pasos, para poder adaptarlos a los de su progenitor. Todos los asistentes observaban los movimientos de la pareja. Yo, no solo los admiraba, sino que además sentía cierto enternecimiento lleno de entusiasmo. Sobre todo me gustaron las botas del coronel, que no eran puntiagudas, como las que estaban de moda, sino antiguas, con la punta cuadrada y sin tacones. Por lo visto, las había fabricado el zapatero del batallón. «Para poder vestir bien a su hija y permitir que alternara, él se conformaba con unas botas de fabricación casera y evitaba comprarse las que estaban de moda», pensé, enternecido en particular por aquellas puntas cuadradas. El coronel, sin duda, había bailado muy bien en su época; pero ahora era pesado y carecía de habilidad en

las piernas para los bellos y rápidos pasos que pretendía realizar. Sin embargo, dio dos vueltas al salón. Al final, separó las piernas, volvió a juntarlas y, con cierta dificultad, puso una rodilla en tierra y Várenka pasó junto a él graciosamente con una sonrisa mientras se arreglaba el vestido que se le acababa de enganchar. Todos aplaudieron entonces con entusiasmo. Haciendo un esfuerzo, el coronel se puso en pie y, cogiendo con delicadeza a su hija por las orejas, la besó en la frente y la acercó a mí, creyendo que me tocaba bailar con ella. Le comenté que yo no era su pareja.

—Es lo mismo, baile con Várenka —respondió con una sonrisa llena de afecto mientras colocaba su espada en la vaina.

Al igual que el contenido de un frasco sale a borbotones tras haber caído la primera gota, mi amor por Várenka parecía que había desencadenado la capacidad de amar que tenía oculta en mi alma. En aquellos momentos, mi amor abarcaba al mundo entero. Quería a la propietaria de la casa con su diadema y su busto semejante al de la emperatriz Isabel, a su marido, a todos los invitados, a los sirvientes e incluso al ingeniero Anísimov, que se encontraba molesto conmigo. Y el padre de Várenka, con sus botas y su afectuosa sonrisa, tan parecida a la de ella, me inspiraba un sentimiento que rebosaba ternura y entusiasmo.

La mazurca terminó. Los dueños de la casa invitaron a cenar a todos los presentes, pero el coronel B. no aceptó, aduciendo que debía madrugar al día siguiente. Yo me asusté, creyendo que se llevaría con él a Várenka, pero ella se quedó allí con su madre.

Tras la cena, bailamos la cuadrilla que me había prometido. Me sentía plenamente feliz y, sin embargo, mi dicha aumentaba sin parar. No hablábamos de amor, no le pregunté a Várenka ni me pregunté a mí mismo si ella me amaba. Me bastaba con quererla. Tan solo temía que algo echara a perder mi felicidad.

Al regresar a mi casa, pensé en acostarme, pero comprendí que me sería imposible. En la mano tenía la pluma de su abanico y uno de sus guantes, que ella me había dado al marcharse, cuando la ayudé a subir al coche tras su madre. Contemplaba aquellos objetos y, sin cerrar los ojos, podía ver a Várenka ante mí. Me la estaba representando justo en el momento en que, eligiéndome entre el resto de los hombres, adivinó mi lema, diciendo con una agradable voz: «Orgullo. ¿No es así?», mientras me ofrecía la mano con una alegre expresión, o bien mientras se llevaba la copa de champagne a los labios y me miraba de reojo con cariño. Pero, sobre todo, la podía ver bailando con su padre, con sus graciosos movimientos, mirando con orgullo y satisfacción a los espectadores que estaban admirándolos. Y los unía de manera involuntaria en aquel sentimiento tierno y cariñoso que me embargaba.

Yo vivía solo con mi difunto hermano. A él no le gustaba la sociedad y nunca asistía a los bailes; además, en aquellos tiempos, estaba preparando su licenciatura y llevaba una vida muy metódica. Estaba durmiendo. Observé su cabeza, hundida en la almohada, cubierta casi toda por una manta de franela, y sentí pena porque no conociese ni compartiese mi felicidad. Nuestro sirviente Petrushka, un criado, me salió al encuentro con una vela y pretendió ayudarme con los preparativos de esa noche, pero lo despedí. Su adormilado rostro y sus revueltos cabellos llegaron a emocionarme. Intentando no hacer ningún ruido, me encaminé a mi habitación de puntillas, y me senté en mi cama. No era capaz de dormir; era demasiado feliz. Además sentía calor en una habitación tan bien caldeada. Sin pensármelo más, fui en silencio a la antesala, me puse mi abrigo y salí a la calle.

El baile había finalizado después de las cuatro de la madrugada. Ya habían pasado dos horas, y era de día. El tiempo era el típico de Carnaval; había niebla, la nieve se estaba

derritiendo por todas partes, y caían multitud de goterones de los tejados. Los B. vivían entonces en las afueras de la ciudad, cerca de una plaza muy grande, en la que a un lado había zonas de paseo y al otro un instituto de chicas. Atravesé nuestra calle, que estaba completamente desierta, y desemboqué en una gran calle, donde encontré a varios peatones y algunos trineos transportando leña. Los caballos, que trotaban con paso regular, balanceando sus mojadadas cabezas bajo los brillantes arcos, así como los cocheros cubiertos con arpilleras que chapoteaban con sus enormes botas sobre la nieve deshelada, y las casas, que entre la niebla, daban la impresión de ser muy altas, me parecieron todos importantes y agradables.

Al llegar a la plaza, al otro lado, en dirección a los paseos, pude distinguir una gran masa negruzca y oí los sonos de una flauta y un tambor. En mi interior no paraba de oír el tema de la mazurca sin descanso. Pero estos eran unas notas diferentes; se trataba de una música simple y desagradable.

«¿Qué es eso?», pensé dirigiéndome por el resbaladizo camino hasta aquellos sonos. Tras recorrer unos cien pasos, pude ver a través de la niebla una multitud de siluetas oscuras. Parecían soldados. «Están probablemente haciendo la instrucción», pensé acercándome a ellos, tras un herrero con pelliza y mandil mugrientos que llevaba algún objeto en la mano. Los soldados, con sus negros uniformes, estaban formando en dos filas, una frente a la otra, con sus fusiles en posición de descanso. Detrás de estos, el tambor y la flauta repetían sin parar una melodía estridente y desagradable.

—¿Qué es lo que hacen? —le pregunté al herrero que estaba a mi lado.

—Están castigando a un tártaro por haber desertado —me contestó con una expresión de enfado mientras fijaba la mirada en uno de los extremos de las filas.

Miré en esa dirección y vi algo terrible que se acercaba entre ambas filas de soldados. Se trataba de un hombre con el torso desnudo, atado a los fusiles de dos soldados que lo estaban conduciendo. A su lado avanzaba un militar alto, con gorro y capa, que no me resultó desconocido. Luchando con todo su cuerpo y chapoteando entre la nieve deshelada, la víctima venía en mi dirección bajo una lluvia de golpes que le caían encima por ambos lados. De repente se echaba hacia atrás y entonces los soldados lo empujaban; otras veces se echaba hacia delante y, entonces, los soldados tiraban de él. El alto militar continuaba con firmes andares, sin retrasarse. Era el padre de Várenka, con sus rojizas mejillas y sus blanquecinos bigotes.

Con cada golpe, el tártaro se volvía con una expresión de dolor y de asombro hacia el lado de donde procedía, a la vez que repetía unas palabras mostrando sus blancos dientes. Cuando estuvo ya más cerca pude entenderlas. Exclamaba entre sollozos: «¡Hermanos, tened compasión de mí! ¡Hermanos, tened compasión de mí!». Pero sus hermanos no se apiadaban. Cuando la comitiva llegó donde yo me encontraba, el soldado que se encontraba frente a mí dio un paso muy decidido y, blandiendo con energía la vara, que silbó, la dejó caer sobre la espalda del tártaro. Este se echó hacia delante, pero fue retenido por los soldados y recibió otro golpe igual desde el otro lado. De nuevo cayeron las varas, desde derecha e izquierda... El coronel continuaba andando, unas veces miraba a la víctima, otras veces miraba abajo, a sus pies. Aspiraba y expelía el aire, despacio, sobre su labio inferior. Cuando ya habían pasado, pude ver la espalda de la víctima entre las filas de soldados. Estaba magullada, húmeda y tan colorada que me impedía creer que se trataba de la espalda de un hombre.

—¡Oh, Dios mío! —dijo el herrero.

La comitiva se alejaba poco a poco. Los golpes no paraban de caer por ambos lados



sobre aquel hombre, que se encogía tropezando. El tambor continuaba redoblando y se continuaba oyendo el son de la flauta. Y al igual que antes, la apuesta figura del coronel avanzaba junto a la víctima. Pero, de repente, se detuvo, y acercándose con prisas a uno de sus soldados, exclamó:

—¡Ya te enseñaré! ¿Es que no sabes azotar como es debido?

Vi cómo abofeteaba a aquel soldado atemorizado, delgado y bajito, con su mano enguantada, porque no había dejado caer la vara con la bastante fuerza sobre la enrojecida espalda del tártaro.

—¡Qué traigan unas varas nuevas! —ordenó.

Cuando se volvía se fijó en mí y, fingiendo que no me había reconocido, frunció el ceño con una severa e iracunda expresión y me dio la espalda. Me sentí tan avergonzado como si me hubiesen sorprendido haciendo algo malo. Sin saber a dónde debía mirar, bajé la mirada y me encaminé a mi casa. Durante el camino, no paré de escuchar el redoble de aquel tambor, el son de la flauta, las palabras de la víctima «¡Hermanos, tened compasión de mí!», y la voz irritada y firme del coronel mientras gritaba «¿Es que no sabes azotar como es debido?». Una angustia que rozaba lo físico, que hasta me provocó náuseas, me obligó a pararme en varias ocasiones. Creía que iba a devolver todo el horror que aquel espectáculo me había producido. No recuerdo cómo llegué a mi casa ni cómo me acosté. Pero nada más empezar a conciliar el sueño, volví a oír y a ver todo aquello y me vi obligado a levantarme.

«El coronel debe saber algo que yo ignoro —pensé—. Si yo supiera lo que él sabe, podría comprenderlo todo y no sufriría tanto por lo que acabo de presenciar». Pero, por más que pensé, no pude descifrar aquello que sabía el coronel. Al fin me quedé dormido, y solo después de haber acudido a casa de un amigo y beber hasta emborracharme.

¿Creen que entonces pude llegar a la conclusión de que había presenciado un acto abominable? ¡Nada de eso! «Si se hace con tanta seguridad, y todos admiten su necesidad, es que deben saber algo que yo ignoro», me repetía, intentando averiguar de qué se trataba. Pero nunca lo conseguí. Por ello, no pude ser militar como había sido mi deseo. Tampoco fui capaz de desempeñar ningún cargo público, ni he servido para nada, como todos ustedes saben.

—¡Conocemos bien su inutilidad! —exclamó uno de los que le rodeaban—. Mejor que nos diga cuántos seres inútiles existirían si no fuese por usted.

—¡Qué bobada! —respondió Iván Vasílievich con un sincero enfado.

—¿Y qué sucedió con su amor? —le preguntamos.

—¿Con mi amor? Desde aquel día comenzó a menguar. Cuando Várenka y yo paseábamos por las calles y se quedaba pensativa, con una sonrisa, lo que ocurría muy a menudo, recordaba de inmediato al coronel en la plaza, y me comenzaba a sentir violento y a disgusto. La comencé a visitar con una menor frecuencia. Y así se fue extinguiendo el amor. Ya pueden ver ustedes cómo las circunstancias pueden cambiar el rumbo de la vida de un hombre. Y dice usted... —concluyó.

## LAS FRESAS

Era el mes de junio. Los días eran calurosos y despejados. El follaje del bosque afluaba denso, verduzco y húmedo. Tan solo se desprendían algunas hojas, ligeramente amarillentas, de los tilos o los álamos. Los rosales se encontraban en flor y los prados del bosque se cubrían de un trébol espeso; el centeno, alto y denso, se oscurecía mientras sus espigas se granaban; los rascones lanzaban sus gritos desde los valles y las codornices revoloteaban entre los campos sembrados; de cuando en cuando, se oían los trinos de los ruiseñores en el bosque; hacía un calor seco y sofocante. Los caminos aparecían cubiertos por una tupida capa de polvo, que ascendía en una densa columna, unas veces a derecha y otras a izquierda, al menor soplo de aire.

Los campesinos terminaban de construir sus chozas y acarreaban el estiércol. Los animales, hambrientos, deambulaban por los resecos campos en barbecho. Vacas y terneras mugían, mientras se escapaban de sus pastores, con sus colas en alto. Los muchachos vigilaban los caballos por los caminos, al tiempo que las mujeres traían del bosque sacos de hierba, y las mozas y las niñas recogían bayas para vendérselas luego a los veraneantes.

Estos vivían en casitas de atractiva construcción y lucían impecables trajes, muy ligeros y caros. Protegidos mediante sombrillas, se paseaban por los senderos de arena de los jardines o, agotados de tanto calor, permanecían sentados a la sombra de los árboles o en los cenadores, ante mesitas de colores variados, tomando el té u otras bebidas refrescantes.

Al lado de la espléndida residencia de verano de Nikolái Semiónovich —una casa provista de terraza, balcones y galería, donde todo era nuevo y limpio— se encontraba un coche de tres caballos que acababa de llegar de San Petersburgo.

Pertenecía a un conocido hombre de acción, liberal, y miembro de diferentes comités y comisiones. Procedía de la ciudad, donde solía estar siempre muy ocupado e iba a pasar tan solo un día en casa de su amigo y compañero de la infancia, un hombre con ideas casi idénticas a las suyas.

Tan solo discrepaban en los métodos para aplicar los principios constitucionales. El señor de San Petersburgo, de ideas más europeas y hasta con cierta inclinación hacia el socialismo, percibía importantes sueldos en los cargos que ocupaba. Nikolái Semiónovich, ruso al cien por cien, ortodoxo y con cierto matiz eslavófilo, era el propietario de muchos millares de *desiatinas*[9] de tierra.

Comieron en el jardín; les sirvieron cinco platos diferentes, pero apenas los probaron a causa del calor, de manera que los esfuerzos del cocinero (que cobraba cuarenta rublos mensuales) y de sus ayudantes (que desplegaron un especial celo en honor del visitante) resultaron casi inútiles. Solo consintieron en probar un poco de sopa de pescado blanco y un helado multicolor que estaba espléndidamente presentado con unos barquillos. Entre los comensales estaban el invitado, el médico (un liberal), el profesor de los niños (estudiante socialdemócrata y revolucionario audaz, a quien Nikolái Semiónovich sabía mantener bien en su sitio), María, la esposa de este último, y sus tres hijos, de los que tan solo el más pequeño acudió a los postres.

La comida resultó algo violenta porque María, que era un manojito de nervios femenino, estaba preocupada por Goga (como llamaban al pequeño Nikolái, según es común en la gente acomodada), que tenía el estómago descompuesto, y porque además, en

cuanto el anfitrión y el invitado comenzaban a hablar de temas políticos, el estudiante les exponía sus ideas deseando demostrarles que no se echaba atrás ante nadie, pero en cuanto intervenía en la conversación, el invitado se sumía en un absoluto mutismo, mientras Nikolái Semiónovich intentaba calmar al revolucionario estudiante.

Acabaron la comida a las siete. Luego los amigos se instalaron en un balcón, donde charlaron a la vez que tomaban agua mineral fría con vino blanco.

Discutían entre ellos acaloradamente si las elecciones deberían celebrarse en una o en dos vueltas, cuando fueron invitados a pasar al comedor (cuyas ventanas se encontraban cubiertas de tela metálica para prevenir las moscas) para tomar el té. Allí se generalizó una conversación en la que intervino María pese a que no le interesaba en absoluto, ya que se encontraba preocupada por la indisposición de Goga. Hablaron de pintura, y María intentó demostrar que la pintura decadente tiene un «no sé qué» que era imposible negar. Ni pensaba en lo que estaba diciendo; solo se limitaba a repetir lo que ya había afirmado en muchas ocasiones. El tema le tenía sin cuidado al huésped, pero había escuchado lo que se afirmaba en contra de la decadencia, y lo repetía con una exactitud tal que nadie hubiese podido figurarse que la cuestión en concreto le fuera indiferente.

Cada vez que observaba a su esposa, Nikolái Semiónovich se percataba de que estaba de mal humor y que tendría un disgusto; por otro lado, sus palabras le aburrían mortalmente, pues le parecía haberlas oído cientos de veces.

Se encendieron en el comedor unas valiosas lámparas de bronce y en el jardín unos farolitos. Acostaron a los críos y sometieron a Goga, el enfermo, a una serie de curas.

El invitado, Nikolái Semiónovich y el doctor salieron al balcón.

Un criado llevó unas velas con pantallitas y les sirvió más agua mineral. Sobre las doce de la noche comenzaron una charla muy animada sobre las medidas que el Gobierno debería adoptar en unos días tan críticos para Rusia como los que estaban viviendo. Mientras conversaban, fumaban un cigarrillo tras otro.

Fuera, al lado de la verja, los hambrientos caballos (no se ocuparon de echarles pienso alguno) hacían sonar sus cascabeles. El cochero, un viejecito que servía al mismo amo desde hacía más de veinte años y enviaba todo su sueldo, salvo unos cinco rublos para gastos en bebida, a un hermano suyo, no había comido nada tampoco y bostezaba dando cabezadas.

Cuando los gallos comenzaron a cantar en las casas de alrededor, el cochero se preguntó si se habían olvidado de él y, tras apearse del coche, entró en la casa. Vio sentado en el balcón al señor de San Petersburgo hablando entre gritos. Sintió miedo y se fue a buscar al criado. Este, con librea, dormitaba en el vestíbulo. Había sido siervo. Actualmente mantenía con su trabajo (un buen trabajo en el que ganaba quince rublos y sacaba unos cientos en propinas al año) a su familia: cinco hembras y dos varones. Cuando el viejecito lo despertó, se puso en pie al momento y, una vez recobrado, fue a comunicar a los señores que el cochero se encontraba inquieto y solicitaba que le permitieran marcharse.

Al entrar en el balcón, la discusión se encontraba en su apogeo.

—No puedo admitir que el pueblo ruso deba seguir otros caminos diferentes de evolución. Ante todo, la libertad es necesaria, la libertad política, esa total libertad... que, como saben todos, respeta los derechos de las personas...

El invitado se dio cuenta que se había embrollado; no era aquello lo que pretendía decir. Pero, en el calor de la discusión, no fue capaz de recordar su idea.

—Así es —replicó Nikolái Semiónovich sin prestar atención a su interlocutor y deseando solamente expresar su opinión, que le gustaba en especial, pero eso se consigue

por medios diferentes... No se consigue con una mayoría de votos, sino por un acuerdo común. Fíjese en los tratados de paz.

—¡Oh, no me hable a mí de la paz!

—No puede negarse —intervino el galeno— que los pueblos eslavos tienen sus propias opiniones. Por ejemplo, el derecho de veto de los polacos. No afirmo que esto sea mejor.

—Déjeme que acabe de exponer mi idea —exclamó Nikolái Semiónovich—. El pueblo ruso tiene algunas peculiaridades. Estas son...

Entonces Iván, el lacayo con librea, con los ojos aún adormilados, lo interrumpió:

—El cochero dice...

—Dígale (el invitado de San Petersburgo hablaba a los criados de «usted», de lo que se sentía orgulloso) que no tardaré en marcharme y que se lo pagaré con creces.

—Bien, señor.

Iván se retiró y Nikolái Semiónovich acabó de exponer su idea. Pero, tanto el doctor como el invitado lo oían por vigésima vez (al menos eso les parecía) e intentaron refutarla con ejemplos históricos. El invitado, sobre todo, conocía bien la Historia.

El doctor estaba de parte de este último, pues admiraba su erudición y le alegraba haber tenido la ocasión de conocerlo. La conversación fue animándose hasta tal punto que, aunque ya empezaba a clarear por encima del bosque y ya se habían despertado los ruiseñores, los amigos continuaban charlando mientras encendían un cigarrillo tras otro, y habrían continuado así, de no ser porque entró la doncella.

Era huérfana y se había visto obligada a colocarse de sirvienta para poder ganarse la vida. Primero estuvo en la casa de un comerciante, cuyo administrador la había seducido, y tuvo un hijo de la relación. La pobre criatura murió y volvió entonces a colocarse en la casa de un funcionario. El hijo de este, un estudiante de bachillerato, la persiguió con sus galanteos. Y cuando al fin logró entrar de segunda doncella en la casa de Nikolái Semiónovich se sintió feliz porque su señor no la asediaba y percibía su salario con toda regularidad. El aquel momento acudió para anunciar que la señora llamaba al doctor y a Nikolái Semiónovich.

«Algo le debe pasar a Goga», pensó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nicolái Semiónovich se encuentra indispuerto —respondió la segunda doncella. Nikolái Semiónovich era el niño, Goga, que padecía una indigestión.

—¡Es hora de que me marche! ¡Miren! Ya está clareando. ¡Cómo ha pasado el tiempo!... —exclamó sonriendo el invitado, como si alabara a sus interlocutores y se mostrase orgulloso de sí mismo por haber hablado durante tanto tiempo. Y, acto seguido, se despidió.

Iván correteó de un lado para otro, arrastrando con problemas sus cansados pies, para buscar el bastón y el sombrero del invitado, que había dejado en el sitio menos sospechado. Se esperaba recibir alguna propina, pero el huésped, que era generoso y no hubiese lamentado desprenderse de un rublo, obnubilado por la conversación recordó su omisión solo cuando ya estaba de camino.

«Bueno, qué le vamos a hacer», pensó.

Tras subir al pescante, el cochero agarró las riendas y achuchó a los caballos. Los cascabeles resonaron. En un ligero vaivén, por las llantas de goma, el hombre de San Petersburgo pensaba en las limitadas ideas de su amigo.

Nicolái Semiónovich, que no acudió a ver enseguida a su mujer, pensaba igual. «Es

terrorífica esa limitada mentalidad de los de San Petersburgo. No son capaces de librarse de ella», se dijo.

Tardaba en reunirse con su esposa porque no podía esperar nada positivo de esa entrevista. Todo era por las fresas. Los chiquillos de la aldea habían traído fresas la víspera. Y Nikolái Semiónovich les compró dos platos sin ni siquiera regatear su precio. Los niños se abalanzaron a comerlas, aunque no estaban aún maduras. María no había salido todavía de sus aposentos. Cuando acudió y vio que Goga había comido también, se enfadó sobremanera, ya que tenía la tripa descompuesta. Se lo reprochó a su marido y este le pagó con la misma moneda. Intercambiaron unas palabras muy desagradables, casi una pelea. Esa noche, Goga se puso malito. Nikolái Semiónovich pensaba que aquello carecía de importancia, pero el hecho de que María llamase ahora al médico significaba que la dolencia había empeorado.

Al entrar en la habitación de los niños, su mujer, ataviada con una bata de seda que le encantaba —en ese momento, como es natural, le tenía sin cuidado—, alumbraba al doctor con una vela mientras este examinaba las deposiciones de Gaga.

—Sí —declaró significativamente.

—Y todo por esas malditas fresas.

—¿Por las fresas? ¿Por qué? —replicó Nikolái Semiónovich con timidez.

—¡Claro que sí! ¿Por qué, si no? Tú se las diste y yo soy la que pasa las noches en blanco. Se nos puede morir.

—No, no. No se morirá —dijo el doctor sonriendo—. Debemos administrarle una pequeña dosis de bismuto y tener cuidado con la alimentación. Se la daremos ahora mismo.

—Es que se ha dormido... objetó María.

—Bien; entonces lo mejor es no molestarlo. Mañana volveré.

—Sí, vuelva por favor.

El galeno se retiró y Nikolái Semiónovich tardó bastante en calmar a su esposa. Logró conciliar el sueño cuando ya amanecía.

A esa misma hora a la aldea vecina regresaba un grupo de hombres y chicos que se habían pasado toda la noche vigilando caballos. Algunos lo hacían montando y otros cogiéndolos por las bridas. Detrás de ellos, venían los potros.

Taraska Rezunov, un chico de doce años que iba descalzo y se cubría con una chaqueta, montaba sobre una yegua mansa y llevaba de las riendas a un potro de parecido pelaje. Dejó la caravana atrás y se adelantó al pueblo. Un perro negro corría alegremente ante los caballos, volviendo la cabeza sin cesar. El potro manso, de patas blancas, se desviaba tanto a la derecha como a la izquierda del camino. En cuanto llegó al pie de una choza, Taraska se apeó, ató a los caballos junto a la verja y entró en el portal.

—¡Levantaos, dormilones! —gritó a sus dos hermanas y a su hermano, que dormía sobre una esterilla en el suelo.

La madre, que había dormido junto a ellos, ya se había levantado para ordeñar la vaca. Ólgushka se levantó con precipitación y arreglándose con ambas manos sus largos cabellos rubios, muy revueltos. Fedka, por el contrario, siguió echado, con la cabeza dentro de la chaqueta, y se limitó a rascarse uno de los piecitos infantiles, que asomaba bajo la bata, con el endurecido talón del otro.

La víspera los niños se habían puesto de acuerdo para ir a recoger bayas. Taraska les había prometido despertarlos al volver del campo. Y así lo hizo. De noche, sentado bajo un arbusto, se moría de sueño. Pero en aquel instante se había despabilado y estaba dispuesto a marchar con las niñas. Su madre le dio una taza de leche. Él se cortó una rebanada de pan y

se puso a comer sentado ante la mesa.

Cuando Taraska, que llevaba mangas de camisa, emprendió el camino con rápidos pasos dejando en el polvo marcadas las huellas de sus pies, junto a unas más grandes y otras más pequeñas, divisó a las chiquillas en la lejanía. Sus trajes formaban manchas rojas y blancas sobre el oscuro fondo verde del bosque. La noche anterior habían dejado preparadas las vasijas para recoger las bayas y, sin siquiera haber desayunado, salieron muy temprano, después de persignarse ante los iconos. Taraska las logró alcanzar más allá del bosque grande, cuando abandonaron la carretera.

El rocío cubría la hierba, los arbustos y hasta las ramas bajas de los árboles. Los descalzos piecitos de las niñas se mojaron enseguida. En un principio, se les enfriaron, pero después comenzaron a arder, según avanzaban por la blanda hierba y por la desigual tierra seca. Las chiquillas primero se dirigieron a un bosque que habían talado el año anterior. Al pie de los jóvenes árboles y de los matorrales, se veían medio ocultas, por todos lados, bayas rojas, rosadas y blancas.

Las niñas las recogían sin parar con sus manitas curtidas, echando las mejores en las vasijas y comiéndose las peores.

—¡Ólgunshka! ¡Ven! ¡No veas las que hay aquí!

—¡Mientes! ¿Dónde estás?

Aunque no se alejaban mucho la una de la otra, en cuanto se adentraban en los matorrales y se perdían de vista, se llamaban a gritos.

Taraska se alejó y fue más allá del barranco. Había allí un bosque cubierto de vegetación, poblado sobre todo de avellanos y arces que sobrepasaban la altura de un hombre. La hierba era densa y húmeda, y en los lugares con fresas, estas eran más grandes al estar resguardadas por la vegetación.

—¡Grushka!

—¿Qué?

—Viene un lobo por ahí.

—¡Sí! ¡Un lobo! ¿Crees que así me asustas? No tengo miedo —gritó Grushka. Pero se distrajo tanto al pensar en el lobo que en vez de echar las mejores bayas en la vasija y comerse las peores lo hizo al revés.

—¡Taraska ha ido más allá del barranco! ¡Taraska! ¡Taraska!

—¡Eh! ¡Eh! ¡Venid aquí! —contestó el chico.

—Vamos, que hay más allí...

Bajaron el barranco agarrándose a los matorrales y treparon al otro lado. Una vez allí, se encontraron enseguida con una praderita de hierba fina cubierta completamente de bayas. Las dos callaban mientras sus manos y bocas trabajaban sin parar. De repente, se movió algo en medio del silencio, haciendo crujir terriblemente —según su parecer— las ramas de los arbustos. Grushka se cayó del susto, y dejó resbalar la mitad de las bayas.

—¡Mamaíta! ¡Mamaíta! —gritó con una penetrante voz, y se puso a llorar.

—¡Es una liebre! ¡Taraska! ¡Una liebre! ¡Mírala ahí! —gritó Ólgunshka, mientras señalaba al animal, de lomo gris y orejas largas, que aparecía y desaparecía entre los matorrales—. Pero, ¿qué te sucede? —le preguntó a Grushka, una vez que la liebre se perdió de vista.

—Creí que se trataba de un lobo —exclamó Grushka, lanzando una carcajada.

—¡Qué tonta!

—¡Qué susto me he llevado! —dijo Grushka, presa de una sonora risa que producía el efecto de unos cascabeles.

Tras recoger las bayas desparramadas, las chicas siguieron su camino. El sol ya había salido. La vegetación estaba cubierta de luz y sombras, y resplandecían las gotas de rocío.

Empapadas hasta la cintura de rocío, las niñas llegaron casi al final del bosque, con el deseo de encontrar aún más fresas, cuando resonaron, por un lado y otro, voces de chicas y mujeres que habían salido también a recoger bayas. A la hora del almuerzo, las niñas se toparon con su tía Akúlina cuando ya tenían sus vasijas medio llenas. Tras esta iba un chiquillo regordete, de piernas gruesas y torcidas, que llevaba por toda vestimenta una camiseta.

—Ha querido venir conmigo —explicó la tía—. La verdad es que tampoco tengo con quién dejarlo —añadió mientras lo cogía en brazos.

—¡Espantamos una liebre preciosa! Dio un brinco y desapareció en un santiamén...

—¡No puedo contigo! —exclamó Akúlina dejando al niño en el suelo.

Tras intercambiar estas palabras, las chiquillas se separaron de Akúlina para continuar su trabajo.

—¡Sentémonos un rato! ¡Estoy rendida! —exclamó Ólgushka, pasado un rato, sentándose a la sombra de un avellano—. ¡Qué pena no haber cogido algo de pan! ¡Tengo hambre!

—Yo también —asintió Grushka.

—¿Qué le sucede a la tía Akúlina? ¿No oyes cómo grita? ¡Huy! ¡Huy! ¡Tía Akúlina!

—Tía... ¿qué pasa?

—¿Está el pequeño con vosotras? —preguntó Akúlina entre gritos.

—No.

Unos momentos después los matorrales se agitaron y apareció Akúlina con una bolsita bajo el brazo y con la falda recogida por encima de las rodillas.

—¿Habéis visto al pequeño?

—No.

—¡Condenado! ¡Mishka! ¡Mishka...!

Pero no respondió nadie.

—¡Ay, menuda desgracia! Se me ha perdido. Si se adentra en el bosque grande, no volveremos a verlo.

Ólgushka se levantó de un salto y fue a buscar al pequeño, junto a su hermana, mientras Akúlina se internaba por otro lado en el bosque. Pero, por más que llamaban a Mishka con sus voces sonoras, no obtenían contestación.

—¡Ya no puedo más! —dijo Grushka quedándose atrás.

En cambio, Ólgushka continuó la búsqueda. Unas veces iba hacia la derecha, otras hacia la izquierda, voceando sin descanso. La voz desesperada de Akúlina llegaba desde el gran bosque. Ólgushka se disponía a abandonar la búsqueda y a volver a su casa, cuando oyó un ave lanzando estridentes gritos llamando a su cría. Estaba como asustada o enojada por algo. Ólgushka volvió la cabeza hacia un matorral cubierto de flores blancas. Al pie del matorral divisó algo azul que no se parecía a ninguna planta del bosque. Era Mishka. El ave se había asustado de él y le mostraba su enfado.

El pequeño dormía boca abajo, con sus manitas debajo de la cabeza y sus piernecitas torcidas, estiradas.

Ólgushka llamó a Akúlina. Después despertaron al niño para ofrecerle fresas. Mucho tiempo después, Ólgushka continuaba contando a todo el mundo cómo había

encontrado al chico de Akúlina.

\* \* \*

El sol remontó por encima del bosque, abrasando la tierra y todo lo que había sobre ella.

—Olgushka, ven a bañarte —gritaron las chicas.

Y cogidas de la mano se encaminaron al río, mientras entonaban canciones. Entretenidas en sus zambullidas y sus juegos en el aire, no se percataron de que llegaba una negra nube y de que el sol se ocultaba; que el aire se llenaba de perfumes de flores, ni de que, de cuando en cuando, retumbaban los truenos. Antes de que tuvieran tiempo de vestirse, cayó un chaparrón, que le caló toda la ropa.

Con las camisas pegadas al cuerpo, las chiquillas corrieron hasta sus casas y, después de comer, fueron al campo para llevar un plato de patatas a su padre, que se encontraba arando.

Cuando volvieron del campo las camisas ya se les habían secado. Después de comer, escogieron las fresas para llevarlas a casa de Nikolái Semiónovich, donde solían pagarlas bien. Pero en esta ocasión no quisieron comprárselas.

Acomodada en una gran butaca y protegida por una sombrilla, María estaba agotada por el calor. Al ver a las niñas, les hizo señales con el abanico, y exclamó:

—¡No las quiero! ¡No las quiero!

Pero Valia, el hijo mayor, un chico de doce años que descansaba de los duros deberes que le imponía el bachillerato y que en ese momento se hallaba jugando al *cricket* con sus vecinos, se precipitó en dirección a Ólgushka.

—¿Cuánto pides? —preguntó.

—Treinta kopeks.

—Es mucho —contestó Valia. Dijo esto solo porque lo decían los mayores—. Pero espera ahí, en la esquina... —añadió mientras corría en busca de la *niania*.

Mientras tanto, las dos chiquillas, embelesadas, contemplaron un globo de cristal dentro del que se veían casitas, bosques y jardines. Pero aquel globo no las sorprendía, así como otros objetos que vieron, porque se esperaban cosas maravillosas, misteriosas e incomprensibles del mundo de los mayores.

Valia le pidió treinta kopeks a la *niania*. Ella dijo que era suficiente con veinte y los sacó de su cofrecito. El chico pasó junto a su padre —este acababa de levantarse tras pasar una mala noche, y leía el periódico fumando un cigarrillo— procurando que no lo viera. Y, tras pagar a las niñas, echó las fresas a un plato y se puso a comerlas.

Ya en su casa, Ólgushka desató el nudo del pañuelo en el que había puesto los veinte kopeks con los dientes, y se los dio a su madre. Esta guardó el dinero y se marchó a lavar en el río.

Mientras tanto, tras ayudar a su padre a sembrar patatas, Taraska se echaba la siesta a la sombra de un frondoso roble. Su padre, sentado a su lado, se encontraba al cuidado de un caballo desenganchado, que en cualquier momento podía meterse en el sembrado de avena o en los prados más lejanos.

Ese día todo se desarrollaba como era habitual en casa de Nikolái Semiónovich. Todo en su orden. La comida, que consistía en tres platos, estaba servida, pero para pasto de las moscas porque nadie llegaba a comer. Todos se encontraban inapetentes.



Nicolái Semiónovich se encontraba satisfecho de la rectitud de sus opiniones, lo que le habían corroborado los periódicos del día.

María se sentía más tranquila, pues Goga se encontraba mejor.

El doctor se alegraba de que las medicinas que había prescrito hubiesen resultado tan beneficiosas. Y Valia estaba contento, porque se había zampado un plato entero de fresas.

## ILIÁS

En la provincia de Ufim vivía un bashkirio de nombre Iliás. Apenas hacía un año que su padre lo había casado, cuando falleció sin poder dejarle una suculenta herencia. Sus bienes se reducían a siete yeguas, dos vacas y veinte ovejas. Pero Iliás era un buen administrador y no tardó mucho en mejorar su patrimonio. Trabajaba sin parar desde la mañana hasta la noche, ayudado por su esposa. Era el primero en levantarse y el último en acostarse. Así su fortuna iba creciendo de año en año.

Iliás vivió de esa manera durante treinta y cinco años y consiguió reunir así grandes riquezas.

Era dueño de doscientas cabezas de ganado caballar, ciento cincuenta de ganado vacuno y unas mil doscientas ovejas. Sus rebaños eran apacentados por numerosos pastores, las mozas ordeñaban sus yeguas y vacas, preparaban el *kumys*[10] y elaboraban mantequilla y quesos. En casa de Iliás todo era abundancia. Por ello los otros habitantes de la región sentían envidia y solían comentar:

—¡Qué suerte tiene ese Iliás! Posee de todo en abundancia. Ciertamente no necesita morir para residir en el paraíso.

Las buenas gentes trataban de cultivar su amistad. Venían a visitarlo desde muy lejos. Iliás acogía bien a todo el mundo y a todos agasajaba, dándoles comida y bebida. Viniera quien viniese, tenía para ellos *kumys*, té y carne. En cuanto llegaba un visitante a su casa, sacrificaba una o dos ovejas y, si eran más, incluso se sacrificaba una yegua.

Iliás tenía dos hijos y una hija. Ya había casado a los tres. Mientras era pobre, sus hijos le ayudaban en el trabajo y le guardaban los rebaños, pero cuando se hizo rico, no pensaron nada más que en divertirse y hasta uno de ellos se aficionó a la bebida. El mayor de ellos murió en una pelea; el otro se casó con una mujer orgullosa, dejó de obedecer a su padre y este se vio obligado a separarlo de la familia.

Cuando se separó de su hijo, Iliás le regaló una casa y algo de ganado, con lo que sus bienes disminuyeron. Un tiempo después, se declaró una epidemia entre las ovejas y muchas de ellas murieron. Luego llegó un año de hambruna; los prados no produjeron hierba y, durante ese invierno, gran parte del ganado falleció. Y por último, los kirguises se apoderaron de bastantes de los rebaños de Iliás y su fortuna disminuyó sobremanera. Cada vez las cosas le iban peor. Le fallaron también las fuerzas. Cuando llegó a los setenta años, se vio obligado a vender sus pieles, sus tapices, sus sillas de montar, sus coches y hasta las últimas cabezas del ganado que aún conservaba. Y poco tiempo después se quedó sin nada. De esa manera, en los últimos años de su vida, se vio necesitado de servir a los demás para poder sobrevivir. De todos sus bienes tan solo le quedaba una chaqueta, un gorro, un par de botas y su esposa, de nombre Sham Shemagui, que era tan vieja como él. Su hijo se había marchado a un país muy lejano y su hija había fallecido. Nadie podía acudir en ayuda de los ancianos.

Su vecino, Mujamedshaj terminó por compadecerse de ambos. No era ni pobre ni rico, y llevaba la vida monótona de un buen hombre. Se acordó de la hospitalidad de Iliás y le dijo:

—Vente a mi casa. Vivirás allí con tu mujer. Durante el verano trabajarás en los melonares en la medida de tus posibilidades, y durante el invierno apacentarás al ganado. Sham Shemagui se encargará de ordeñar a las yeguas y preparará el *kumys*. Os mantendré y

vestiré a los dos y os daré todo lo que me pidáis.

Iliás se lo agradeció a su vecino y se fue a vivir a su casa, en compañía de Sham Shemagui. En un principio, se les hizo muy penoso estar al servicio de Mujamedshaj, pero con el tiempo se acostumbraron y hasta llegaron a soportar el trabajo sin que les fatigase demasiado.

Mujamedshaj estaba muy contento con sus nuevos sirvientes porque, como antes habían sido amos, sabían bien cómo se debe gobernar un hogar y no escatimaban esfuerzos. Pero, a un mismo tiempo, le daba lástima que hubiesen caído tan bajo personas acostumbradas a vivir tan bien en otro tiempo.

Unos parientes que residían muy lejos vinieron cierto día a visitar a Mujamedshaj. Entre ellos se encontraba un muecín. Mudjamedshaj le dio orden a Iliás de que sacrificara una de sus ovejas. El anciano obedeció y, tras asarla, se la hizo llevar a sus amos y a los huéspedes. Comieron, bebieron té y después, sentados sobre cojines y tapices, empezaron a conversar con sus anfitriones ante unas tazas de *kumys*. En ese momento, Iliás, que había acabado de hacer su trabajo, pasó ante la puerta. Al verlo, su amo le dijo a uno de los huéspedes:

—¿Has visto a ese anciano que acaba de pasar ante la puerta?

—Sí, lo he visto. ¿Tiene algo de particular? —replicó el huésped.

—Pues era el hombre más rico de toda esta región. Se llama Iliás. Puede que hayas oído nombrarle.

—Claro que he oído hablar de él. Personalmente no lo conocía, pero su fama sí llegaba muy lejos.

—Ya no le queda nada de sus bienes. Vive en mi casa en calidad de sirviente y su mujer se encarga de ordeñar a mis yeguas.

Muy sorprendido, nuestro invitado chascó la lengua y, meneando la cabeza, dijo:

—Está claro que la fortuna gira como una rueda, mientras eleva a unos y baja a otros. Me figuro que el anciano se encuentra muy triste, ¿no es cierto?

—¿Quién puede saberlo? Vive con tranquilidad y trabaja bien.

—¿Puedo hablar con él? —le preguntó el invitado.

—Pues claro que sí. ¡No faltaba más! —exclamó Mujamedshaj y, tras asomarse a la puerta, llamó:

—*Babai*[11], ven aquí a tomar una taza de *kumys*, y tráete también a tu esposa.

Iliás entró en la estancia, acompañado de Sham Shemagui. Saludó a todos los invitados y al amo de la casa, recitó una oración y se sentó de cuclillas junto a la puerta. Sham Shemagui se pasó al otro lado de la cortina para instalarse junto a la mujer del amo.

Le sirvieron una taza de *kumys* a Iliás. Tras hacer una reverencia a Mujamedshaj y a sus invitados, bebió un trago, y apartó la taza a un lado.

—Creo que debe apenarte vernos y comparar tu suerte de otras épocas con la vida que hoy llevas. ¿No es verdad, abuelo? —le preguntó el invitado.

—Si te hablara de la dicha y la desdicha, seguramente no me creerías. Será mejor que le preguntes a mi mujer. Es una mujer, y en la lengua tiene lo mismo que en el corazón. Ella te contará la verdad sobre ello.

—Abuelita, ¿qué piensas de tu pasada suerte y de tu actual desgracia? —le preguntó el invitado a través de la cortina que separaba a las mujeres.

Sham Shemagui desde el otro lado de la cortina respondió de la siguiente manera:

—Les diré lo que pienso. Mi marido y yo hemos vivido cincuenta años buscando la felicidad sin lograr encontrarla. Tan solo desde hace un par de años, ahora que carecemos

de bienes y servimos a otros, hemos logrado la verdadera felicidad y no aspiramos a nada más.

Los invitados y el dueño de la casa se quedaron muy sorprendidos. El dueño se levantó y apartó la cortina para ver a la anciana. Sham Shemagui se encontraba de pie, con los brazos cruzados. Sonreía a su esposo, que también la miraba con una sonrisa.

—He dicho la verdad. No crean que bromeo —prosiguió—. Hemos buscado la felicidad durante medio siglo. Mientras fuimos ricos no la encontramos. Ahora ya no tenemos nada, servimos a otros y es cuando hemos encontrado una felicidad tan grande que no queremos nada más.

—¿En qué consiste esa dicha de la que disfrutáis actualmente?

—Pues verás. Cuando éramos ricos ni mi marido ni yo disfrutábamos de un momento de sosiego. No podíamos disfrutar de una tranquila conversación, pensar en la salvación de nuestra alma ni rezarle a Dios. ¡Teníamos tantas preocupaciones! Si llegaban invitados, era necesario desvivirse para obsequiarles o hacerles regalos para que nunca nos censuraran; debíamos vigilar a los criados, inclinados a descansar en todo momento y a comer bien, mientras nosotros teníamos que estar pendientes de que no despilfarrasen nuestro patrimonio; otras veces era la preocupación de que los lobos se llevasen a un pollino o a una ternera, o de que los ladrones se apoderasen de algún rebaño. Tras acostarnos, casi no podíamos dormir, temiendo que nuestras ovejas aplastasen a nuestros corderos. Nos solíamos levantar a echar un vistazo a los rediles, pero en cuanto volvíamos a la cama, nos asaltaba la preocupación de que era necesario proveerse de pastos para el invierno. Y por si eso fuese poco, mi marido y yo no nos llevábamos bien. Él quería hacer una cosa y yo otra. Y comenzábamos a pelearnos y pecábamos. Y así es cómo vivíamos, de preocupación en preocupación, de pecado en pecado. Sin conocer la felicidad.

—¿Y ahora? —le preguntaron.

—Ahora siempre estamos de acuerdo él y yo. No tenemos de qué discutir. Solo nos preocupamos de servir a nuestro amo. Trabajamos de acuerdo a nuestras energías, y lo hacemos con gusto para que el amo no tenga pérdidas, sino beneficios. Cuando volvemos del trabajo nos encontramos con la comida servida y que el *kumys* no nos falta. Si hace frío disponemos de un buen fuego y abrigos. Y disponemos de tiempo para conversar, para poder pensar en nuestras almas y poder rezar a Dios. Buscamos la felicidad durante cincuenta años y tan solo ahora la hemos encontrado.

Todos los invitados se echaron a reír.

—¡No os riáis, hermanos míos! —exclamó Iliás—. No es ninguna broma, se trata de la vida humana. ¡Qué necios fuimos mi mujer y yo al llorar la pérdida de nuestra fortuna! Ahora Dios nos ha revelado la verdad y, si os la decimos, no es por gusto nuestro, sino por vuestro bien.

Entonces el muecín dijo:

—Estas son unas palabras llenas de sabiduría. Iliás os ha dicho la verdad. Y así está escrito en las Sagradas Escrituras.

Los huéspedes cesaron de reír y se quedaron muy pensativos.

## EL JUEZ HÁBIL

Bauakas, el emir de Argel, quiso comprobar que no se exageraba al afirmar que en cierto lugar de la provincia había un juez extraordinariamente hábil y justo, que siempre descubría la verdad hasta el punto de que nadie había logrado engañarlo hasta el momento.

Bauakas se disfrazó de comerciante y se presentó en la ciudad donde el juez ejercía.

Justo a la entrada del pueblo se encontró con un mendigo que le pidió limosna.

Bauakas le dio unas monedas, y cuando iba a continuar su camino el mendigo lo agarró por el traje.

—¿Qué quieres? —le preguntó el emir—. ¿Es que no te he dado ya limosna?

—Me la has dado —respondió el mendigo—. Pero quiero que me hagas el favor de llevarme en tu caballo hasta la plaza, pues el resto de los caballos podrían pisotearme si intentase llegar allí por mis medios.

Bauakas subió al mendigo a la grupa y le llevó hasta la plaza.

Allí detuvo su caballo, pero el mendigo no bajaba.

—¿Por qué no te mueves? —le preguntó el emir—. Baja, ya hemos llegado.

—¿Por qué iba a bajarme? —le replicó el mendigo—. Este caballo es de mi propiedad. Si no me lo cedes por las buenas, el juez decidirá.

Había multitud de personas rodeándolos y escuchando la conversación.

—Id a la casa del juez —les gritaron—. Él os pondrá de acuerdo.

Bauakas y el mendigo fueron a buscar al juez.

En la sala había mucha gente y el juez llamaba a los que debían comparecer ante él por turnos.

Antes de que le llegara el turno al emir, el juez llamó a su presencia a un sabio y a un mujik. Discutían por una mujer.

El mujik aseguraba que era la suya; el sabio sostenía lo contrario y la reclamaba porque sostenía que le pertenecía.

El juez, después de oír a ambos, guardó un minuto de silencio. Después dijo:

—Dejad a la mujer en mi casa y volved mañana.

Cuando partieron los contendientes, entraron un carnicero y un vendedor de aceite. El carnicero estaba cubierto de manchas de sangre y el aceitero estaba lleno de manchas de aceite.

El carnicero llevaba dinero en la mano, y mientras, el aceitero estrechaba la mano del carnicero.

Este decía:

—Le he comprado aceite a este hombre y mientras sacaba mi bolsa para pagarle me cogió la mano para robarme el dinero. Ante ti hemos venido, yo con la bolsa y él sujetándome la mano. ¡Este dinero me pertenece y él es un ladrón!

—¡No es verdad! —replicó el aceitero—. El carnicero pretendía comprarme aceite y me pidió que le cambiase una moneda de oro; tomé el dinero y lo coloqué sobre el mostrador. Entonces él se apoderó de la bolsa y pretendió huir, pero yo lo agarré de la mano y aquí estamos.

El juez, tras una pausa, respondió:

—Dejad el dinero en mi casa y volved mañana.

Cuando llegó el turno de Bauakas y el mendigo, el emir contó cómo había sucedido

todo. El juez lo oyó y al terminar le pidió al mendigo que contase su versión.

—Nada de lo que ha contado es cierto —replicó—. Yo atravesaba el lugar montado en mi caballo, cuando él me pidió que lo llevase hasta la plaza de la ciudad. Le hice subir a la grupa del animal y lo llevé hasta su destino, pero una vez que llegamos no se quiso bajar, alegando que el caballo era suyo, lo cual no es verdad.

El juez, después de una pausa, dijo:

—Dejad el caballo en mi casa y venid mañana aquí.

Al día siguiente una gran muchedumbre se congregó para oír las sentencias del juez.

Llegaron el sabio y el mujik.

—Llévate a tu mujer —le dijo el juez al sabio—, y que le den cincuenta azotes al mujik.

Entonces el juez llamó al carnicero.

—La bolsa es tuya —le dijo.

Y señalando al vendedor de aceite:

—Que le den cincuenta azotes —añadió.

Así llegó el turno de Bauakas y el mendigo.

—¿Reconocerás a tu caballo entre otros veinte más? —preguntó al emir el juez.

—Sí, lo reconocería.

—¿Y tú?

—También —respondió el mendigo.

—Sígueme —le pidió el juez a Bauakas.

Fueron hasta el establo; el emir señaló a su caballo escondido entre otros veinte.

El juez llamó a continuación al mendigo y le pidió que señalase cuál era su animal.

El mendigo reconoció al caballo y lo señaló. Volvieron a la sala todos y el juez le dijo a Bauakas

—El caballo es tuyo. Ve a por él.

Y mandó dar cincuenta azotes al mendigo.

Después de todo aquello el juez regresó a su casa. Bauakas le siguió.

—¿Qué quieres? —le preguntó el juez—. ¿Acaso te desagrada mi sentencia.

—Estoy muy satisfecho de ella —dijo el emir—. Solamente me gustaría saber cómo te has enterado de que esa mujer era del sabio y no del mujik, de que la bolsa era del carnicero y no del mercader, y de que el caballo era mío.

—Te diré primero cómo supe que la mujer era del sabio. Por la mañana la llamé y le dije: «Echa tinta en mi tintero». Ella lo cogió, lo limpió con premura y lo llenó de tinta. Lo cual quiere decir que estaba acostumbrada a hacerlo. Si hubiese sido la mujer de un mujik no habría sabido arreglárselas. Por ello deduje que el sabio tenía la razón.

En lo que respecta al dinero, supe la verdad de la siguiente manera: anoche coloqué la bolsa en un cubo de agua y por la noche acudí a ver si en el agua flotaba aceite. Si ese dinero hubiese sido del aceitero, el continuo roce de sus aceitosas manos habría manchado la bolsa y algo de aceite hubiese quedado en la bolsa. Como el agua era clara, el dinero pertenecía al carnicero.

En lo que respecta al caballo, era más difícil de resolver. El mendigo pudo reconocerlo tan rápidamente como tú. Pero yo no os sometí a la misma prueba. Os obligué a ir al establo para ver a cuál de los dos reconocía el caballo. Cuando tú te acercaste el caballo volvió la cabeza hacia ti, mientras que cuando el mendigo se acercó tan solo movió algo la cabeza y levantó su pata. Así comprendí que tú eras el dueño del caballo.

Entonces Bauakas le dijo:

—Yo no soy un mercader, soy el emir Bauakas y solo he venido para saber si era verdad lo que se hablaba de ti. Ahora puedo ver que eres un sabio y un hábil juez. Pídeme lo que quieras y te lo concederé.

—No necesito ninguna recompensa —le respondió el juez—. Me basta con oír tus alabanzas.

## EL MONO SALTARÍN

Un barco regresó a puerto tras dar la vuelta al mundo. El tiempo era estupendo y todos los pasajeros se encontraban en el puente.

Mientras, un mono iba corriendo entre los pasajeros del barco, haciendo gestos y dando saltos, para regocijo de todos.

El simio, percatándose de que todos lo miraban, cada vez hacía más gestos y daba mayores saltos, burlándose e imitando a las personas.

De repente, saltó sobre un chico de unos doce años, el hijo del capitán del barco, le quitó el sombrero, se lo puso y comenzó a trepar por un mástil.

Todo el mundo se reía, menos el muchacho que, con la cabeza descubierta, no sabía qué hacer, si ponerse a reír o llorar.

El mono se subió hasta la cofa, se sentó allí y empezó a destrozar el sombrero con dientes y uñas.

Parecía que pretendía hacer rabiar al niño, que le estaba haciendo gestos mientras le mostraba el sombrero roto.

El chico lo amenazaba y le insultaba, pero el mono seguía en lo suyo.

Los marineros reían.

De repente el muchacho se puso colorado de rabia y, tras despojarse del abrigo, se lanzó a perseguir al mono.

Se puso a su lado de un solo salto, pero el animal, más ágil y diestro, se le escapó.

—¡No te escaparás! —gritó el chico, trepando hacia el mono.

El mono le obligaba a subir y subir, pero él no renunciaba por ello a su persecución.

En la cima del mástil, el mono, colgándose de un cabo, colgó con la otra mano el sombrero de la cofa más elevada, y se puso a reír mostrando todos sus dientes.

Había más de dos metros hasta el mástil de donde colgaba la gorra, que no se podía coger sin correr un gran peligro.

Todo el mundo se reía al ver la pelea del pequeño y el animal; pero al ver que el chico dejaba la cuerda y se ponía sobre la cofa, los marineros se paralizaron de terror.

Un movimiento en falso y se caería al puente. Aun cogiendo la gorra, no podría bajar.

Todos esperaban el resultado de aquello con ansiedad. De pronto se escuchó un grito de espanto.

El muchacho miró abajo y vaciló.

En aquel instante, el capitán del barco y padre del niño, salió de su camarote con una escopeta para matar gaviotas en las manos. Vio a su hijo en el mástil y apuntándole enseguida le gritó:

—¡Al agua...! ¡Al agua o te mato!

El muchacho vaciló sin comprender.

—¡Salta o te mato! ¡Un, dos...!

Y en el mismo momento que el capitán gritaba ¡tres!, el niño se dejó caer al mar.

Su cuerpo penetró en el agua como una bala, pero apenas lo habían cubierto las olas, ya lo seguían veinte valientes marineros. En unos cuarenta segundos, que a los espectadores se les antojaron un siglo, el cuerpo del chico reapareció en la superficie. Los marineros que se habían arrojado al mar lo llevaron al barco y unos minutos más tarde



empezó a echar agua por la boca y fue capaz de respirar.

Cuando su padre vio que se salvaba, lanzó un grito como si algo le hubiese impedido hacerlo hasta ese momento, y se marchó corriendo de alegría a su camarote.

## EL MUJIK Y LOS GANSOS

Un humilde mujik carecía de comida, así que tomó la decisión de pedirle algo a su amo.

Para no presentarse con las manos vacías ante él, cazó un ganso, lo asó y se lo llevó. El amo aceptó el ganso y le dijo al mujik:

—Te doy las gracias por este ganso, pero no sé cómo repartirlo. Tengo una esposa, dos hijos y dos hijas.

El mujik le dijo:

—Yo mismo lo partiré.

Tomó un buen cuchillo, le cortó la cabeza al ganso y le dijo a su amo:

—Tú que eres el cabeza de familia te quedarás con la cabeza.

Luego, cortando la parte posterior del ganso, y dándosele a la mujer del amo, le dijo:

—Tú debes sentarte y permanecer en tu casa. Este trozo es tuyo.

Después cortó las dos patas y se las dio a las niñas diciendo:

—Vosotras sois los pies. Debéis seguir las huellas de vuestros padres.

Cortando después las alas, se dirigió a los hijos:

—Las alas son para vosotros, puesto que enseguida volaréis fuera de casa.

Y señalando lo que aún quedaba del ganso, dijo:

—Esto para mí.

Aquella partición le gustó mucho a su amo que, sonriendo, le dio algo de pan y dinero.

Pasó el tiempo.

Un mujik acaudalado que sabía que el amo había dado a otro mujik pan y dinero por un ganso, ordenó que le asaran cinco gansos y se los llevó al amo.

—Gracias por los gansos, pero me veré muy apurado para repartirlos, pues con mi mujer y mis hijos somos seis. ¿Cómo podré dividir estas cinco aves entre nosotros seis?

El mujik acaudalado reflexionó, pero no encontró solución alguna.

Entonces el amo mandó que llamaran al mujik pobre y le pidió que repartiera aquellos gansos.

El mujik pobre tomó uno de ellos y, dirigiéndose al amo y a su esposa, dijo:

—Los dos más este ganso ya seréis tres.

Dio otro ganso a los hijos, añadiendo:

—Con este ganso seréis tres.

Y dando otro ganso a las hijas les dijo:

—Vosotras con ese ganso también sois tres. Por fin cogió los otros dos gansos que quedaban, uno en cada mano, para concluir:

—Estos dos gansos y yo también somos tres.

El amo volvió a sonreír, dio más pan y más dinero al mujik pobre y despidió al mujik rico.

## LOS DOS HERMANOS

Éranse dos hermanos que viajaban juntos; al mediodía decidieron tumbarse bajo unos árboles del bosque para descansar.

Cuando se despertaron, vieron cerca de ellos una piedra sobre la que se podía leer esta inscripción:

*Que quien se encuentre esta piedra camine por el bosque en dirección al Oriente; en el camino encontrará un río que deberá atravesar; a la otra orilla del río verá a una osa con sus ositos; deberá coger a esos ositos y subir a la montaña sin volverse. Allí encontrará una casa en la que encontrará la felicidad.*

El hermano menor le dijo entonces al mayor:

—Vayamos juntos; tal vez podamos atravesar el río, coger los oseznos, llevarlos a la casa y encontrar la felicidad los dos.

El mayor le respondió:

—Yo no iré en busca de los osos y te aconsejo que tú no lo hagas. En primer lugar porque no puede saberse de dónde procede esta inscripción, que puede ser una trampa para los viajeros. En segundo lugar porque es muy probable que la hayamos leído mal y, en tercer lugar porque, aun admitiendo que todo sea verdad, pasaremos la noche en el bosque, no seremos capaces de hallar el río y nos perderemos. Y aun cuando lo hallásemos, ¿podríamos atravesarlo? Quizá sea demasiado ancho y la corriente muy rápida. Pero imagina que logremos pasarlo, ¿crees que será sencillo apoderarse de los ositos? La madre nos devorará. Por otra parte, aunque fuésemos capaces de apoderarnos de los oseznos, no nos sería posible escapar sin un descanso para escalar después la montaña. Por último, aquí no se especifica qué clase de dicha es la que podemos encontrar en aquella casa; puede ser una dicha inútil.

El otro hermano replicó:

—No soy de tu misma opinión. Eso no se escribió en la piedra sin un objeto, y el sentido de esa inscripción está muy claro y preciso. Y no correremos un gran peligro. Si no vamos nosotros, otro descubrirá la piedra y encontrará la felicidad que se nos brinda a nosotros ahora. Por otra parte, lo fácil no es agradable. Y yo no quiero pasar por un cobarde.

Entonces habló el hermano mayor:

—Conoces el proverbio —le dijo—, aquel que advierte: *Quien todo lo quiere, todo lo pierde*. O el otro que dice: *Más vale pájaro en mano que ciento volando*.

El menor le replicó:

—Y yo he oído decir: *Quien teme a la hoja, no tendrá madera*. Y aún más claro: *Bajo la piedra inmóvil, no corre el agua*. Pero ya es tarde y debo partir.

El hermano menor se marchó y el mayor no quiso seguirlo.

Un poco más lejos, en medio del bosque, el menor encontró el río, lo atravesó y junto a la orilla del otro lado vio a una osa que dormía; cogió a sus oseznos y echó a correr enseguida, sin detenerse, en dirección a la montaña.

Nada más llegar a la cima, una multitud de personas salió a su encuentro, y lo llevó a la ciudad, donde fue proclamado zar.

Reinó durante cinco años. Al sexto, otro soberano más fuerte que él le declaró la guerra, conquistó su ciudad y lo expulsó de allí.

Entonces el hermano menor anduvo por los caminos de nuevo hasta llegar a la casa de su hermano mayor.

Este vivía pacíficamente en el campo, sin ninguna riqueza, pero sin que nada le faltara.

Ambos fueron muy dichosos mientras se contaban sus vidas.

—Ya ves —dijo el mayor— que estaba en lo cierto. Por mi parte, vivo y he vivido siempre sin preocupaciones. Tú, aunque fuiste zar, mira lo que te ha ocurrido.

El menor le respondió:

No lamento mis aventuras en el bosque, ni haber sido zar, ni siquiera haber sido destronado. Es cierto que ahora estoy mal, pero para embellecer mi vejez tengo un corazón lleno de recuerdos hermosos, mientras que tú no cuentas con nada.

## NOTAS

[1] Medida de superficie rusa utilizada en la época, que equivalía a algo más de una hectárea.

[2] Campesinos rusos que no poseían propiedades.

[3] Autoridad militar local.

[4] Antigua unidad de longitud rusa que equivalía a 1066,8 metros.

[5] Unidad monetaria rusa.

[6] Bebida fermentada de leche de yegua.

[7] Prenda plisada ceñida a la cintura.

[8] Nombre genérico de los mongoles del Cáucaso.

[9] Una antigua medida rusa de superficie. Equivale a algo más de una hectárea.

[10] Bebida fermentada de leche de yegua.

[11] Abuelito, en lengua bashkiria.

